



BIENVENIDOS  
A  
SODOMA

RICARDO  
LORENZO

Diseño de portada: Daniel Ruiz Zurita

Moléculas Malucas, Buenos Aires, 2020

**Ricardo Lorenzo**

# **Bienvenidos a Sodoma**

Novela

**Edición y prólogo de Jorge Luis Peralta**

a Federico Hernández y Héctor Anabitarte  
a Manolito Trillo, *in memoriam*

## Prólogo

El título de una memorable película filmada por el grupo amateur catalán *Els 5 QK's* en 1980, *También encontré mariquitas felices*, expresa un aspecto de la vida gay cuya representación ha sido entre nula y minoritaria, sobre todo antes de la eclosión de los movimientos liberacionistas de los años 70. Una frase también memorable, de la obra teatral -luego llevada al cine- *Los chicos de la banda* (1970) de Mart Crowley, ilustra exactamente la visión opuesta: “Muéstrame un gay feliz y te mostraré un cadáver sonriente”. Serían incontables, de hecho, los cadáveres gais que durante décadas prodigaron las ficciones literarias y cinematográficas. Cuando el desenlace no llegaba al extremo de la muerte, como mínimo se dejaba en claro que el homosexual estaba destinado al sufrimiento y a la soledad. Podrían traerse a colación excepciones, claro. Películas *underground* casi desconocidas, como *A Very Natural Thing* (1974) de Christopher Larkin, o la mítica novela *Maurice* de E. M. Forster, escrita entre 1913 y 1914, pero que no se publicó hasta 1971, un año después de la muerte del autor, precisamente porque “terminaba bien”. Hasta en Argentina, el mismo año de las revueltas de Stonewall, un díscolo sacerdote español poco afecto a la ortodoxia, Pedro Badanelli, publicó una obra teatral, *El alba sobre Sodoma*, en la que imaginaba un mundo donde los gais serían felices y se crearían cátedras especiales para educar a las mentes más resistentes a un cambio que él consideraba indispensable e inminente (y no se equivocaba tanto...).

Resulta evidente, en todo caso, que aunque en las últimas décadas la representación de gais y de otras minorías sexuales se haya diversificado -e incluso “normalizado” (¿qué serie que se pretenda inclusiva no tiene, hoy en día, algún personaje LGBTQ?)- el humor sigue siendo un terreno menos frecuente para la “homosexualidad”, especialmente en literatura. De allí la grata sorpresa de que el Pulitzer de 2018 le haya sido otorgado a la novela cómica *Less*, de Andrew Sean Greer. En la narrativa hispánica, la apuesta por el humor a la hora de dar cuenta de la vida “gay” tiene varios antecedentes de peso: se podría pensar en el ejemplo pionero de *Las “locas” de postín* (1919) de Álvaro Retana, y más adelante, en novelas como *L'anarquista nu* (1979) de Lluís Fernández, o en las obras de Copi y Eduardo Mendicutti, referentes insoslayables de una tradición *camp* cuya pluma desobediente ha contribuido a desarticular la solemnidad y el patetismo

dominantes en buena parte de la ficción escrita por o sobre “gais”.

A esa tradición se suma ahora la flamante novela de Ricardo Lorenzo *Bienvenidos a Sodoma*. El autor, nacido en Buenos Aires en 1949, reside en España desde 1977. En su país natal estudió Derecho y fue miembro del Frente de Liberación Homosexual. El advenimiento de la dictadura militar en 1976 lo empujó al exilio, al igual que a su compañero Héctor Anabitarte y a otros tantos/as disidentes, políticos y/o sexuales. En España, Lorenzo se dedicó principalmente al periodismo y a la literatura. Junto con Anabitarte, escribió dos ensayos, *Homosexualidad, el asunto está caliente* (1979) y *Sida: el asunto está que arde* (1987), así como biografías, reportajes, guiones y obras de teatro. Su debut en la novela data de 1999, cuando dio a conocer, en Argentina, *Ituzaingo-Ituzaingó*, una evocación de la infancia vivida en el pueblo homónimo.

Ya en esa primera obra se puede apreciar el uso de una lengua desenfadada y maliciosa: la de Zulema, una amiga de la infancia que, en la segunda parte del libro, envía al protagonista -que se ha ido de Ituzaingó- una serie de misivas en las que lo pone al tanto de la suerte de los personajes que se habían dado a conocer en la primera parte de la novela. La nostalgia de esos retratos deja paso, en la voz de Zulema, a la sátira y a un humor corrosivo y punzante, sobre todo cuando adquiere protagonismo un obispo *non sancto* que se vuelve víctima, y también victimario, de la narradora. Escrita, como *Bienvenidos a Sodoma*, a lo largo de muchos años, *Ituzaingo-Ituzaingó* revela la capacidad del autor para construir, a partir de un espacio concreto, todo un universo. Como señala Eduardo Gudiño Kieffer en la contraportada, la novela “provoca lo mismo que la fugacidad de un perfume olvidado: esa presencia sutil de un recuerdo inasible que se nos escapa como se nos escapa el tiempo”.

Podría pensarse, en un principio, que *Bienvenidos a Sodoma* (redactada entre 1999 y 2015), poco tiene que ver con la evocación melancólica que atraviesa la opera prima del escritor. Y si bien se trata de propuestas muy diferentes, la reconstrucción del Madrid de los años 90 que acomete *Bienvenidos* se asemeja a la de la ciudad de la infancia: esa Ituzaingo, o Ituzaingó, con y sin acento, a medias recordada y a medias inventada. Aunque más cerca en el tiempo, también Madrid es (re)creada, recuperada a través de calles y espacios “reales”, pero vuelta mito vía una vertiginosa inventiva que inserta la sociabilidad gay característica de esos años

en una desopilante trama detectivesca donde se cruzan las intrigas delictivas y sexuales.

Se puede intuir por dónde “irán los tiros” con solo leer los epígrafes que preceden a la novela, una serie de citas procedentes de muy heterogéneos autores: el hoy olvidado pero otrora prócer francés de la novela “gay” de los años 50 y 60, Roger Peyrefitte; los poetas españoles, tan distintos y distantes entre sí, Jaime Gil de Biedma, Antonio Machado, Leopoldo María Panero y Eduardo Haro Ibars; y Héctor Anabitarte. Otras tantas citas se desgranarán a lo largo de la narración, dando cuenta de la vasta biblioteca de Lorenzo, pero estas que ofician de pórtico a la novela ponen sobre la pista de las tradiciones de las que participa *Bienvenidos a Sodoma*. Por un lado, y tal como lo expresa el elocuente título, una tradición de escritura “marica” transgresora y reacia a las asimilaciones que trajo aparejadas la normalización de lo gay. Los personajes de Lorenzo, como el “yo” del poema de Gil de Biedma, disfrutaban de los placeres de carne y no reciben por ello un castigo horripilante. Si Sodoma ha sido, históricamente, símbolo de la perdición y excusa para la persecución de “sodomitas”, “invertidos”, “homosexuales” o “maricones”, aquí se resignifica como un lugar de celebración de la disidencia, un lúdico universo donde la pluma es ama y señora. Pero el mariconeo no quita lo romántico: de ahí que la otra tradición que se despliega en *Bienvenidos* sea la de un romanticismo clásico en esencia -el “sujeto amoroso”, como mostró Barthes, cae en las mismas figuras sea cual sea el objeto de su arrobamiento- pero heterodoxo en sus formas: se puede buscar, esperar al Amado mientras el cuerpo recibe, aquí y allá, sus merecidas alegrías. La hipérbole amorosa que sugieren varios de los epígrafes no está reñida con la hipérbole sexual: hay que ejercitarse en el “vicio”, siguiendo el consejo de Peyrefitte, mientras se aguarda al Elegido, como Anabitarte. La inclusión de una cita de este último permite vislumbrar una tercera tradición en la que se incluye la novela de Lorenzo. Figura medular del activismo gay argentino y español, Anabitarte ha contribuido a preservar la memoria “marica” de unos años oscuros, en los que apartarse de la norma suponía exponerse a no pocos peligros (detenciones, extorsiones, golpizas, incluso la muerte). *Bienvenidos a Sodoma* ejercita otro tipo de memoria, más feliz, pero no deja de ser un rescate -vía los artilugios de la ficción- de unos modos de vida hoy transformados o directamente extinguidos. Lorenzo proporciona al archivo de la memoria gay española el mapa

de un Madrid que ya no es, el equivalente para los años 90 de lo que fue *Madrid ha muerto* (1999) de Luis Antonio de Villena para los 80.

No conviene adelantar demasiado sobre los pormenores de la trama -que incluye desde tráfico de drogas y apariciones de la Virgen hasta sexo en saunas y cuartos oscuros- aunque se puede apuntar que el despliegue narrativo hace pensar en Copi, mientras que la lengua de las numerosas “locas” que pueblan la novela evoca, cómo no, a Mendicutti. La obra de Lorenzo se aleja, sin embargo, tanto de su par argentino como del autor de *Una mala noche la tiene cualquiera*. En la línea de *Sergio*, la injustamente olvidada picaresca marica que Manuel Mujica Lainez publicó en 1976, *Bienvenidos a Sodoma* se propone como un divertimento, un juego para “entendidas”. El escenario puede ser realista -como lo era en Mujica Lainez- pero las peripecias coquetean lúdicamente con la exageración y la parodia, como cuando entra en escena un desopilante grupo de maricas católicas denominado Gays Crist. La novela busca y espera la complicidad de una “lectora” que identifique las múltiples referencias que van apareciendo: desde próceres gais argentinos como Paco Jaumandreu y Manuel Puig, a folclóricas españolas reverenciadas por multitudes maricas, como “la Pantoja”. No faltan, tampoco, las referencias a figuras reales que el propio Lorenzo conoció -según me comenta en un correo electrónico- y de las cuales fue introduciendo viñetas a lo largo de los muchos años de redacción de la novela. En ese sentido, el libro es también un homenaje entrañable al mundo del periodismo anterior a Internet, que Lorenzo conoció de cerca y que evoca con humor teñido de nostalgia.

Deliberadamente ligera, orgullosamente feliz, *Bienvenidos a Sodoma* depara una lectura del disfrute, tanto por la vía del humor como por la vía del erotismo. Se ríe con sus personajes -no de ellos, como en la infausta tradición homofóbica- y los conduce a un merecido final feliz. La sombra del VIH/sida planea aquí y allá -como cuando el protagonista, mientras espera la llegada de su amado en Barajas, ve una noticia sobre la enfermedad en un programa de TV- pero el foco está en la alegría de vivir que mueve a sus criaturas. Frente a tantísimas narrativas del sufrimiento y de la pérdida, *Bienvenidos* elige defender el placer y la felicidad. Sodoma, antaño territorio de la abyección y el estigma, se convierte aquí en espacio de gozo y celebración. Solo cabe agradecer, por tanto, el generoso regalo que Lorenzo nos ofrece a sus lectorxs: una novela efervescente, deliciosamente camp, libre y

liberadora y, por eso mismo, oportuna y necesaria.<sup>1</sup>

Jorge Luis Peralta  
Palma de Mallorca, septiembre de 2020

---

<sup>1</sup> La edición y el prólogo de esta novela forman parte del proyecto “Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica (PID2019-106083GB-I00) del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Hay grados para la virtud, no debería haberlos para el vicio; éste solo encuentra excusa en el cumplimiento despiadado de su destino. Nos hace aspirar cimas o abismos, salvar o perder todo, abdicar o triunfar. Sus verdaderos triunfos son raros.

Roger Peyrefitte (*Los amores singulares*)

“Y es necesario en cuatrocientas noches  
-con cuatrocientos cuerpos diferentes-  
haber hecho el amor. Que sus misterios,  
como dijo el poeta, son del alma,  
pero un cuerpo es el libro en que se leen”

Jaime Gil de Biedma (“Pandémica y celeste”)

“Huye del triste amor, amor pacato,  
sin peligro, sin venda ni aventura,  
que espera del amor prenda segura,  
porque en amor locura es lo sensato”

Antonio Machado (“Hacia tierra baja”)

“Pasé una noche a ti pegado como a un árbol de vida  
porque eras suave como el peligro  
como el peligro de vivir de nuevo”

Leopoldo María Panero (“A Francisco”)

“Hoy te invento  
(y siempre es hoy cuando te invento)  
porque no estamos juntos  
La elegía se dice en planicies dilatadas  
tiene esa razón viva: que no hay cuerpo presente  
sino ausencia de cuerpo y de cadáver”

Eduardo Haro Ibars (“Llora el héroe”)

“Trataré de convencerme de que mañana vendrá, y si no lo hiciera, pondré una rosa roja en el buzón de su correspondencia y me compraré todos los diarios”

Héctor Anabitarte (*Estrechamente vigilados por la locura*)

## CAPÍTULO I

Paco Espinosa, “La Vetusta” como lo bautizaron los amigos, estaba en el Figueroa, haciendo tiempo. Escribía en una enorme agenda que sacaba de un macuto que siempre terminaba olvidando en los bares: “...el macuto de La Vetusta, otra vez se lo dejó”, solían comentar los camareros y lo guardaban tras la barra. En un comienzo, Espinosa encajó mal el mote (no era viejo, no estaba del todo mal, tenía, eso sí, un toque antiguo y un proverbial desaliño indumentario), pero finalmente, no solo lo aceptó, sino que terminó firmando como Paco Lavetusta sus artículos en *Conmoción*, un semanario con fracaso anunciado: “... éste escribe en *Aberración*”, decía Pepe el Cojo, cuando le presentaba alguno de los chulos que patrocinaba.

Si estaba furioso o enamorado (en su caso era casi lo mismo) se arrojaba sobre la gigantesca agenda y escribía febril mientras los camareros le renovaban las cervezas. Paco Lavetusta escribía, por ejemplo: “De pronto me dice: ‘tócame el alma con tu polla’. Lo que más me gusta de él son las cosas que me dice mientras follamos. No es cierto: también está el sabor de su espalda en mi lengua”. Y entonces, llegaba Emilio la Teóloga y preguntaba, como siempre, lo obvio: “¿Estás escribiendo?”.

Emilio la Teóloga lee: “tócame el alma con tu polla” y dice: “Lo que yo te digo, aunque lo niegues, eres un místico, un San Juan de las Saunas, una Teresa de Chueca, verás como, finalmente, tu también serás salvo, los caminos del Altísimo son insondables, como, según parece, el culo de tu amado”. Emilio era funcionario de Hacienda, católico militante, estudiante de teología en el vaticanito de las Vistillas, promiscuo precoz, ansioso-depresivo, y un especialista en dar malas noticias: “Por cierto ¿sabes que metieron preso a Rody Bolívar Anchorena, el amigo no-novio de Pepe el Cojo? Creo que por un asunto de drogas. Según me contaron, lo pillaron en Barajas cuando iba a coger el puente aéreo para, dicen, hacer un trapicheo en Barcelona. Ahora está en Carabanchel y Pepe el Cojo te anda buscando para ver si se puede hacer algo. Me dijo que si te veía te dijera que a las doce te espera en la Bubú”.

La Peyrefitte (apodada así por su devoción hacia el autor de *Los amores singulares*), modisto servidor de “la Casa” (Real) , chillaba, cointreau en mano (cubierta de anillos), reflejada en los espejos de La Bubú, horrenda y multiplicada

hasta el infinito, aparentemente superficial a la enésima potencia y, sin embargo, adalid de la causa gay desde antes de que se llamase así: “Entre nos decíamos *better*, del inglés, algo así como ‘lo mejor’ o ‘lo preferible’”, comentaba, y Pepe el Cojo y Paco Lavetusta le prestaban una desmedida atención interesada. Era el precio que había que pagar. La Peyrefitte era hermano de un afamado penalista, también loca (“En casa, salvo mamá y el perro, todos entendemos”) que debía interesarse por la suerte de Rody Bolívar Anchorena, cliente-amante-no-novio de Pepe el Cojo.

La Peyreffite, además, era uno de los sponsors de la revista *Bésame imbécil*, en cuyo consejo de redacción participaban Pepe el Cojo y Paco Lavetusta. La atención hacia la anciana dama era, por tanto, obediencia debida. La Peyrefitte procedió a leerles su última (y única) colaboración para el medio que pretendía sacudir los cimientos del gueto: “Jaumandreu, mártir despeinado”, homenaje a un modisto argentino-catalán que vistió (“la fabricó y transformó en ícono *better* del que, ya sé, ya sé, se ha abusado en demasía”, decía) a Eva Perón. La Peyreffite sentía pasión por Jaumandreu y en su extenso artículo contaba la siguiente anécdota:

*Un día, una afamada actriz, muy afecta al régimen -tan afecta que se la chupaba a un ministro del Opus-, en el transcurso de una cena de gala, se permitió dirigir sus dardos contra una pobre loca española que triunfaba con sus trapos en París, hija de republicanos para más inri. La afamada felatrix comenzó su diatriba homófoba, pero fue interrumpida por Jaumandreu: ‘usted, mi querida, antes de tartamudear esas sandeces, tendría que saber que si no hubiera maricones como usted les llama, no existiría buen cine, ni ballet, ni música, ni siquiera grandes guerreros... Deliciosa criatura perfumada ¿escuchó hablar alguna vez de Whitman, Gide, Chejov, Lorca, la divina Tennessee y hasta su admirado Benavente al que tanto le gusta destrozar en escena?; ¿alguien le comunicó, tesoro, que hubo un sublime maricón llamado Miguel Ángel y apellidado Bounarotti? ¿Qué le contaron de los griegos? ¿le hablaron de Carlomagno? ¿Tiene una remota idea sobre quién es Pasolini? ¿Le suena Visconti? ¿Ha oído algo de un tal Cicerón?... ¿Sabe usted, mi amor, que todo lo que usted compra (o le compran) en París está creado por egregias mariconas? Perfumes y sedas,*

*zapatos y abrigos, estampados, complementos y cremas camuflaje como los que utiliza con exceso, darling... Si usted fuera coherente, cielo, no debería usar nada que saliera de sus manos. Y, entonces, usted, mi querida, no se podría vestir nada más que en el SEPU. Y eso, quien sabe.*

Paco Lavetusta y Pepe el Cojo elevaron a la categoría de “documento histórico” la colaboración de La Peyreffite, que sonrió complacida ante los halagos y el reconocimiento de la nueva generación gay. Los responsables editoriales de *Bésame imbécil* prometieron destacar en portada “Jaumandreu, mártir despeinado”. La Peyreffite, con el ego satisfecho, se aprestó a la escucha.

Pepe el Cojo sintetizó la historia de Rody Bolívar Anchorena: “Es un cliente. Buena gente. Familia importante en Sudamérica. Muchas pelás. Es pintor, pero no vive de eso. Le gustan los chulos y los trata como un caballero. Lo pillaron con poco en Barajas y hoy lo han trasladado a Carabanchel. No tiene permiso de residencia, así que lo más probable es que lo expulsen. Por eso, para que le ayude, pensé en tu hermano”. La Peyreffite replica: “¿En cuál de ellos, Pepillo? Recuerda que somos cuatro: el penalista, el coronel, el obispo y una servidora sin ir más lejos, modistilla de profesión y devota de San Antonio sin suerte”.

Pepe el Cojo frunce el ceño y desarma a la Peyreffite con su sonrisa especial entre pícara y sardónica: “Ay, Pepillo, en que líos me metes, y no me vas a decir que esta vez es por la causa, por muy maricón que sea tu amigo Rody o como se llame, no está preso por better, sino por tráfico de drogas, guapo, delito común, común donde los haya, chico, pero en fin... ¿Mi hermano, Juan Manuel, Lola Penales como le llaman sus colegas? Qué voy a contarte, padra perdida, su santa esposa, una bruja escalofriante que va de beata, su prole, tres ‘monstruos cuelllicuertos’, como decía Santa Liz en *La gata...* y, por otra parte, como justa compensación: chulos caros. Lo sabe todo el mundo, mujer e hijos incluidos, pura armonía de antigua alcurnia y poderío económico... En fin, cada cual elige su vida. Nos frecuentamos poco, pero seguimos en contacto. Ve a verlo, Pepillo, y explícale el caso de esa delincuente drogota y traficante. De paso, mira por dónde, puedes enseñarle el book de tus pupilos y ganar un cliente para tu agencia... Y, a propósito ¿quieres enviarle un recadito al bello Ibrahim que me tiene abandonada?...”.

Paco Lavetusta y Pepe el Cojo dejaron La Bubú y se sentaron en un banco en Recoletos. Fue entonces cuando a Pepe se le ocurrió la idea de anticiparse a la policía registrando el aparta-hotel de Rody Bolívar Anchorena, su cliente-no-novio-amigo. Como tocado por el rayo de la revelación razonó acertadamente e involucró al periodista que era fácilmente involucrable: “Tengo las llaves y está cerca. Aquí no más. En los apartamentos Colón. Vamos”. Esquivaron una tropa de patinadores que avanzaba por Recoletos hacia Cibeles. Alegraron el ojo puntuando los bellos culos enfundados en pantaloncitos fosforescentes y entraron en el vestíbulo de los Apartamentos Colón, en hora punta, con un enjambre de turistas recién desembarcados de los buses en doble fila que habían originado un más que oportuno atasco con cláxones al viento, gente furiosa, niños llorando, madres aullando, maletas rodando... Bendito caos que permitió llegar a Paco y Pepe, inadvertidos, hasta el ascensor.

Apartamento de Rody Bolívar Anchorena. Impersonal y triste. Y una nota disonante : Rody había colgado un poster enmarcado: “Muchacho con cerezas”, de Manet, una lámina comprada en el museo Gulbenkian de Lisboa. Paco Lavetusta se quedó mirando el cuadro mientras Pepe el Cojo investigaba en los cajones. Finalmente abrió la mini-nevera. Sacó dos cervezas, pasó una al periodista y dijo: “Si tuvieras que esconder algo ¿dónde lo esconderías?”. “Desde ‘La Carta’, de Poe, el buen escondedor sabe que lo escondible para pasar desapercibido debe estar a la vista”. “Exacto”, ratificó Pepe el Cojo.

Descolgaron el cuadro. Tras el papel marrón de enmarcar: tabletas compactas de perico, cocaína finísima, sin cortar. Y dos sobres con cartas, fotos, documentos. Y varias libretas diminutas cubiertas por una escritura torturada. “Qué fuerte”, Pepillo. “Qué fuerte, Paco”. “Y ahora ¿qué hacemos?”.

Enrollaron “Muchacho con cerezas”, acomodaron el tesoro en el macuto de Lavetusta, dieron una última ojeada al apartamento y se dispusieron a salir. Pepe el Cojo decidió llevarse las cervezas: “cuantas menos huellas encuentren, mejor”, dijo en plan experimentado.

Abandonaron los Apartamentos Colón en medio de un tumulto de turistas cabreados y señoritas con uniformes de tour-operadoras intentando en vano encontrar un atractor de orden para este caos no previsto en la famosa ley que

últimamente hace furor entre los amantes de las mariposas japonesas y los terremotos bursátiles.

Un taxi los llevó dirección Goya. Bajaron doscientos metros antes de llegar al domicilio de Lavetusta. Entraron en el VIPS de O'Donnell , compraron cervezas y patatas fritas y en silencio, caminaron hacia Fernán González, donde vivía (mejor escribir dormía) el periodista. La “cueva” era un cubil de reducidas dimensiones lleno de libros y ropa amontonada en los rincones. Quitaron una pila de diarios que cubría la mesa y sacaron del macuto las tabletas de perico. Pepe el Cojo dijo: “UN PASTÓN”. Lavetusta agregó: “Y UN PROBLEMÓN”.

A continuación Pepe el Cojo expuso el plan: se quedarían con la coca, por supuesto, faltaría más. Además -argumentó sabiendo lo que decía- de haber llegado antes los maderos se la hubiesen quedado ellos y al juez le entregarían apenas nada, a lo sumo para su consumo personal mientras tramita la causa. Por otra parte, hacer desaparecer la principal prueba incriminatoria contra Rody le libraría de ser acusado de tráfico organizado...Todo decidido. Venderían la coca y conseguirían una buena defensa para Rody y quién mejor para eso que Lola Penales, el hermano de la Peyreffite.

Tranquilizadas las conciencias decidieron que había que festejar el golpe de suerte. Escondieron el botín en una caja (previamente sacaron una abundante y doble muestra prudentemente catada), la cubrieron con libros y partieron hacia Chueca. “Yo, como las gitanas del Albaicín, cuando canto a gusto la boca me sabe a sangre”, comenta en Black and White el tenor Iordache (más conocido como Ródica la rumana) acercándose a la oreja de Hibraim, el regalo de Kenitra, lo más bonito del Magreb anclado en Chueca. Pepe hace una seña a Ibrahim que abandona al tenor y va a su encuentro desplazándose gatuno entre sus adoradores de mediana edad.

Ibrahim y Pepe hablan cabeza a cabeza, boca a boca, oreja a oreja. Intercambian información y, de paso, se magrean un rato y enfurecen a Ródica la rumana, que observa la escena boquiabierto. Instantes más tarde Ibrahim triplicará su tarifa habitual y el tenor huído de Ceaușescu reflexionará: “Es lo que tiene de malo el mundo capitalista, la ley de la oferta y la demanda...”

El periodista que ha contemplado el espectáculo comenta a Pepe el Cojo que vuelve a su lado: “Qué niño más precioso el Hibraim”. “El mejor, lástima que piensa

retirarse pronto. Se quiere volver a Kenitra para poner un negocio de arreglos de coches que en el fondo es una tapadera para el trapicheo de modelos de alta gama que se levantan en Marbella algunos primos... Pues bien, como ves, un negocio familiar muy bien armado y con futuro. El cerebro de la operación es su hermano Said ¿lo recuerdas?, ese sí que era una verdadera joya, me lo quitaban de las manos, tenía uno de los mejores rabos que he visto en mi vida y duraba todo lo que el cliente quisiera y más, un verdadero profesional, pero, en fin, volvió a Kenitra, se casó con una prima y ya tiene tres moritos que, quién te dice, tal vez sean un regalo que Alá nos reserva como alivio para la vejez.”

En el Black and White había llegado la hora de la subasta. En la parte superior varios pupilos de Pepe el Cojo se aseguraban la noche negociando con los potenciales clientes que les invitan a copas y solicitan compañía y farlopa, doble servicio: chulo y camello de toda confianza en domicilio u hotel. En la planta inferior cientos de cuerpos se retorcían haciendo los coros a Nina Hagen y a Ródica la rumana pasada de vodka y Verdi: “Va pensiero sull ali dorateeeeeeeeeee”...

Paco Lavetusta se despidió de Pepe el Cojo y remontó Gravina hacia Hortaleza. Al pasar por la plaza observó a un chico que se metía en la boca del metro y recordó a quien no quería recordar y, sin embargo...: “va pensiero...”

## **CAPÍTULO II**

Llegando a Pelayo giró a la derecha y se metió en el Leather. Charló un rato con el camarero, Marcelo, un ángel rubio importado del Río de la Plata, que le anunció que pronto partiría hacia el sol de medianoche donde un novio sami lo esperaba para iniciarlo en la trashumancia de los renos por Escandinavia. Lavetusta pidió una cerveza y compró un frasquito de poppers.

A punto de entrar en el pasillo que llevaba a las cabinas, apareció la Zorro Gris (llamada así por el prematuro plateado de su pelo), lo arrinconó contra la pared y empezó a contarle todas las novedades editoriales de ambos lados del océano. La Zorro Gris era un amigo cubano del periodista. Crítico de teatro y erudito autodidacta que por maricón tuvo que hacerse a sí mismo intelectualmente hablando: después de pasar por una de las UMAP reeducadoras que se sacó de la

manga la Revolución para poner en vereda a los incorregibles “pájaros” agentes del imperialismo, la Zorro Gris fue expulsada de la Universidad por loca y condenada a la ignorancia en nombre del Hombre Nuevo hecho a la medida de los barbudos de Sierra Maestra. Buenísima gente, la Zorro Gris logró escapar de la isla, mezclándose entre los bailarines de Alicia Alonso que iniciaban su tradicional gira europea y al llegar a Barajas se abrazó a un guardia civil y pidió refugio político en España.

La pasión por la Cultura de la Zorro Gris solía sacar de quicio a Lavetusta que, sin embargo, disfrutaba de la compañía de la loca cubana. Podían pasarse horas hablando sobre literatura, teatro, cine, artes plásticas, ópera, ballet... Les unía también compartir filias literarias (ambos veneraban a Lezama Lima, se divertían con los juegos de palabras de Cabrera Infante y sus Tres Tristes Tigres, se compadecían de las humillaciones sufridas por Virgilio Piñera y deseaban de todo corazón que Reinaldo Arenas pudiera escapar finalmente del paraíso de Fifo) y fobias político-religiosas (detestaban a Fifo y a su hermano, la Raula Castro casado para disimular con un tortón como Vilma Espín; despreciaban profundamente a Alfonso Guevara, la hermano loca del homófobo Che, y también sentían un profundo odio hacia la Polaca Wojtyla y todo el curerío, incluidos en el lote, los de la Teología de la Liberación).

Lo cierto es que en esta ocasión la Zorro Gris no lograba captar la atención de Lavetusta. El periodista estaba más por “una aproximación al sexo” y así se lo hizo saber al erudito. Este, comprensivo, con una sonrisa ladeada le dijo: “Vale, hombre, le cuento lo de Lezama-Virgilio y le dejo partir de cacería, caballero. Lo cuenta Arenas, muchacho, una maravilla. Resulta que Lezama Lima, ya sabes como era, frágil y proustiana, una ‘loca de argolla’, como la define Reinaldo, en la puerta de un burdel de la Habana vieja. Lezama Lima pregunta a Virgilio Piñera: ‘Así que vienes tras la caza del jabalí’. Y Virgilio contesta: ‘No, he venido, simplemente, a singar con un negro’” Y, hablando de singar (dijo la Zorro Gris indicando el pasillo al periodista), ya sabes, todo el coto de caza para ti...”

Lavetusta se metió en el pasillo que llevaba a las cabinas. Dos hileras de tíos, botella de cerveza o copa en mano, miraban enfrentados la elevada pantalla donde un rubito se introducía, en la golosa boca adolescente, una enorme polla negra.

Las cabinas estaban todas ocupadas. Afortunadamente la del centro derecha quedó libre y el periodista se apresuró a entrar en ella. Era su preferida, por la

doble oportunidad de observación: se podía contemplar lo que ocurría en los cubiles vecinos gracias a los agujeros, abiertos sabiamente en los tabiques divisorios a la altura indicada (era también su cabina preferida, pues aquí se lo hizo por primera vez con el chico al que no quiere recordar).

Paco Lavetusta entraba a las cabinas como otros entran a las catedrales. Le parecían lugares estupendos para la reflexión personal. Por otra parte las cabinas, en Leather, eran el único sitio en el que se podía armar canutos sin tener problemas con encargados y camareros. El periodista, dispuesto a tomarse todo el tiempo del mundo, insolidario total con los potenciales usuarios del pasillo, empezó a liar un canuto (no pudo dejar de recordar el día en que el chico ausente le regaló un librito de papel Smocking y al abrirlo leyó: “pásame la lengua por la solapa y fúmame”; guardaba aún ese librito de papel y siempre que lo veía terminaba asociándolo con otra nota dejada por un macarrita “de paso” bajo un imán en la puerta de la nevera: “Prepara el culo, porque esta noche, cuando vuelva, te vas a enterar. P.D: compra birras. Besos”). El periodista hizo un filtro con un billete de Metro, lo enrolló y colocó tras la oreja izquierda, encendió el mechero para calentar la china y pudo admirar dos hermosas pollas que lo saludaban desde los agujeros. Sin querer ser descortés postergó el saludo manual y bucal hasta terminar el porro. La polla de la derecha fue la primera en retirarse, tal vez ofendida por la falta de atención; la polla izquierda se mantuvo firme en su sitio, de vez en cuando efectuaba movimientos rotatorios y otras veces saludaba a la usanza china inclinando el glande como una señal reverencial.

Dio una calada profunda y comenzó a premiar la constancia de la polla izquierda acariciándola -desde el nacimiento del tronco al glande- con la yema de los dedos. Después se arrodilló y le practicó una aplicada, generosa y profunda mamada. Lavetusta solo interrumpía la succión para fumar; la polla succionada brillaba bajo el resplandor tenue de la brasa del canuto. Recogió la botella de cerveza que había colocado en un estante-techo que coronaba el cubil y bebió.

Con la boca helada de cerveza se tragó la polla que sintió el hielo inesperado y contestó con un chorro de leche que el periodista pudo admirar al apartarse a tiempo. Un instante más tarde la polla izquierda desapareció por el agujero. Lavetusta estuvo tentado de espiar para enterarse de quién era el propietario de la

maravilla que se había comido. Pero, después, sabio, se lo pensó mejor y sin venir a cuento (o sí) se echó a reír a carcajadas.

(Motivo para la risa: un amigo de Lavetusta, la Última Fila -aludiendo a la última fila de butacas del Cine Carretas en la que se encontraban “Las Mamonas” que ofrecían su arte a la hilera de espectadores agolpados de pie, bragueta abierta, en el pasillo posterior. La Última Fila era una famosa felatrix -algunos aseguraban que también era una virgen impenetrada- que reinaba desde las 11 de la mañana a las 12 de la noche en la sesión continua del puterío. Famosa por su paciencia, era capaz de mamar la misma polla durante horas, pero hasta ella tenía sus límites. Cierta día, en plena proyección, los espectadores escucharon -y vieron- a la Última Fila increpando al dueño de la polla: “Campesino de mierda, termina de una vez, no voy a estar ordeñándote todo el puto día. Yo, la Última Fila, he tragado esperma de caballo y de cochino, conozco más de semen que de vino. He vaciado más testículos que botellas y directamente sin proceso de pasteurización ni hervido... Así que date prisa que hay gente esperando”. El denostado hizo lo que se le pedía y la Última Fila, satisfecha y relamiéndose concluyó: “Con estos, chicas, hay que ser así de dura, es la única manera de recibir lo que se busca: la ducha tibia en el paladar, no en la garganta y así una no se ahoga y aprovecha a fondo el sabor a lejía”).

Cuando Lavetusta abandonó la cabina fue fulminado por la mirada recriminatoria de una doble hilera de hombres soldados a una botella de cerveza o a una copa. (El rubito del vídeo continuaba mamando la gran polla negra).

Lavetusta se sintió como si hubiera entrado en la dimensión desconocida, como si el tiempo se hubiera detenido y deseó con fuerza un grado más de irrealidad. Entró en el servicio y meó a conciencia, litros de orina como una catarata sobre el cristal azogado del meadero-espejo. Lavetusta mea con placer sabiendo que en el pequeño cuarto oscuro contiguo muchos ojos le están viendo mear. Extrañamente pleno y satisfecho el periodista la sacude como diciendo, taurino: “Va por vosotros”.

Y entra en el cuarto oscuro. Solo tres sombras. Contra la pared contemplando el urinario espejo como si estuvieran en una rueda de reconocimiento en comisaría a punto de ver aparecer a los sospechosos. Lavetusta los imita. Esperando a quien habrá de llegar al final del banquete. Y vaya si llega: un negro poderoso se desabrocha, la saca y muy black power la enseña antes de lanzar

el chorro que difumina el paisaje a los espectadores. El negro deja de mear y entra pisando fuerte en el cuarto oscuro. Dos sombras se le ofrecen sumisas, lastimeras. Avanzan la mano, sacan la polla portentosa y, de rodillas, la comparten: mientras una sopesa los cojones, la otra traga. La tercera sombra levanta la camiseta del gigante y se prende a un pezón. El negro alarga el brazo, atrae la cabeza del periodista y le pregunta al oído: “¿Tienes poppers?”. El periodista le pasa el frasquito. El negro abre y aspira. La tercera sombra se apunta y esnifa como si fuera la última vez. Lavetusta recupera el frasco y baja hacia el reinado de la sombra una y la sombra dos. Y, allí, pasándose el frasquito, los arrodillados comulgan frente al Dios Falo tragando la hostia solidariamente y en rigurosos turnos.

El negro aparta a los arrodillados y empuja contra el espejo cristal a la tercera sombra que se baja los pantalones y le ofrece el culo. El negro se arrodilla y lengüetea el agujero un tiempo eterno. La tercera sombra se retuerce complacida y busca una polla a la que asirse. Pronto la polla del periodista le llena la boca. “¿Quieres que lo folle?”. “¿Tienes una goma?”. Lavetusta le pasa un condón y abre el frasquito de poppers que comienza a circular por las narices de los congregados. El gigante se enfunda el condón. La tercera sombra se prepara para recibir la embestida. El negro se hunde a fondo y, coincidiendo con el bramido del penetrado a conciencia, se encendieron las luces del Leather, señal de que ya era la hora del cierre.

### **CAPÍTULO III**

Después del luminoso coito-interruptus, Lavetusta abandonó rápidamente el Leather. La calle estaba llena de expulsados de los distintos garitos sometidos a las ordenanzas municipales que imponían el cierre a las tres y media. Como hilera de hormigas el personal se dirigió hacia la Gran Vía Hortaleza arriba. Al llegar a Infantas un grupo torció a la izquierda hacia la discoteca Bachelor y el resto -entre los que se encontraba el periodista- se difuminó al llegar a la avenida. Lavetusta decidió caminar hasta Sol para comprar la prensa (era adicto a la letra impresa, el sexo, el cine y el hachís, en ese orden). Esperó a que se pusiera verde para cruzar Gran Vía y, entonces, creyó ver al chico en la acera contraria, apartado de él por un

mar de coches, doblando la esquina de Montera dirección Sol (o quizás no fuera el chico. Tantas veces le había ocurrido lo mismo. A la salida de un cine, en el supermercado, en los andenes de metro, en los parques, tras la ventanilla de un autobús que pasa, en los telediarios... Siempre creía verlo).

Finalmente el semáforo se puso en verde y cruzó corriendo la Gran Vía. A la disparada entró en Montera: putas, chulos y clientes, pero del chico ni el rastro (deseó ser perro para seguir su huella, su olor, en el aire).

La Vietnam, una puta amiga de Pepe el Cojo, lo saludó y le pidió tabaco. Charlaron un rato sobre lo mal que iban las cosas y de los ataques del Ayuntamiento empeñado en sacar del centro a las putas para revalorizar la zona. Lavetusta prometió hablar del tema en *Conmoción* para denunciar el asunto y le preguntó si ella estaría dispuesta a hacer declaraciones. “Si no estuviera dispuesta, no te lo diría”, fue la respuesta. El periodista le pasó una tarjeta para que lo llamara a la redacción y anotó el número de la Vietnam en el paquete de tabaco.

Dos chulos se acercaron para controlar la situación. La Vietnam los frenó en seco: “Es periodista y amigo de Pepe el Cojo, ya hemos hablado lo que teníamos que hablar”. Uno de los chulos -conocido como el Rufián Melancólico- dijo: “Sería interesante que su medio destacara que las putas están en esta esquina, la antigua Red de San Luis, desde tiempos muy lejanos, por lo menos desde el siglo XVI... Ignoro si el señor alcalde habrá leído *El arte de las putas* de Nicolás Fernández Moratín. Yo considero que en vez de expulsarlas del barrio, habría que declarar la esquina como patrimonio histórico-artístico, con una placa dedicada a ‘La hermosa Venus que el amor preside’. A veces pienso que estos edificios están apuntalados por las putas que se recuestan en ellos y si las quitaran se vendrían abajo. Imagínese usted cuanto padre de familia honorable moriría aplastado y en pecado”.

Lavetusta se despidió de la Vietnam y del Rufián Melancólico y continuó dirección Sol. Compró el periódico y quedó petrificado al leer el titular en la portada de El País: “DROGAS: detenido en Barajas el hijo de un embajador sudamericano y la foto de Rodolfo -Rody- Bolívar Anchorena, cliente-amigo-novio de Pepe el Cojo.

Paco Lavetusta lee apoyado en la barandilla del metro, junto a “Doña Manolita”, la meca de los jugadores de lotería. “Compró suerte en Doña Manolita...”, tararea in mente el periodista recordando la letra de Sabina y evocando también un

ligue delicioso con un pibe de Cádiz al que le encargaron lotería los amigos y aquí lo conoció y fue Lavetusta el que se sacó el premio Gordo.

Lavetusta volvió al kiosco y compró el resto de los periódicos. Pagó y al recibir la vuelta vio llegar a los dos gorilas que emergían desde Arenal. Vestidos de azul reglamentario, modelo chauffer-portero-guardaespalda, conversando. El mayor de los Gorilas -inconfundible acento porteño- dice: “Lo que yo te diga, loco, por algo será que me llaman Pija de Oro. Y es que yo la hago hacer lo que quiero con la punta de mi garcha, es una buena mina, un poco histérica, pero nadie es perfecto ¿no te parece?”.

Pija de Oro compró ABC y EL MUNDO y cómplice señaló las portadas: “Joder, cuando las vea El Viejo” y el segundo Gorila agregó: “Vamos, cuanto antes sepa cómo está el patio, mejor”.

Lavetusta decidió seguirlos. Los gorilas retomaron Arenal hacia Ópera. Pija de Oro seguía hablando del poderoso influjo que una mina ejercía sobre su persona: “La muy yegua, tiene una concha como me gusta a mí, estrecha, como un guante para la pija, te lo juro, loco, de seda, nunca sentí un ajuste tan perfecto, tan largo, tan suave... parece como si recién la hubieran desvirgado, por eso me vuelve loco que se la coja El Viejo, ya sé que ella es puta y ese es su trabajo, pero que querés que te diga, hermano, estoy muy jodido aunque lo disimule y no sé, no sé, un día de estos por ahí me da la viaraza y me amasijo o la amasijo a la muy turra... Pero que voy a decirte a vos lo que es perder los papeles por una mina, a vos justamente que sos tan rarito y no valorás estas cosas del metejón con una jermu y preferís a los pendejos. Parece mentira, che, si te vieran en mi barrio...”.

Al llegar a Joy Eslava se detuvieron a hablar con otro gorila, también vestido de azul reglamentario, que fumaba junto a un Mercedes aparcado a las puertas del local. El Gorila que prefería a los pendejos se quedó junto al Gorila del Mercedes mientras que Pija de Oro con el ABC y EL MUNDO bajo el sobaco entró en la sala de los Trapote seguido por el periodista.

Lavetusta dejó los periódicos en el guardarropa y haciéndose el simpático, preguntó a la encargada: “¿Qué tal la noche?” “Movidita, guapo, movidita, peor que cuando vienen las infantas, hay más guardaespaldas que gente, pero esto pasa siempre que caen peces gordos...” “Ya he visto el cochazo con matrícula diplomática en la puerta”, comentó Lavetusta para tirarle de la lengua, pero la encargada pasó

total de él al ser requerida por un tropel de niños/as pijas/os que irrumpieron rientes cual pitufos y pitufas de La Moraleja: ellos luciendo polos de equipo de beisbol con ribetes rojigualdos en mangas y cuellos; y ellas, todas rubias con mechas agitando.

Lavetusta se alejó del tropel pijo-pitufil y empezó a buscar a Pija de Oro. En la barra pidió una cerveza. Botella en mano subió las escaleras y en un rincón de la segunda planta vio a Pija de Oro, sentado junto al que evidentemente era su jefe y rival en amores, El Viejo, que agitaba con furia El Mundo y ABC mientras una mujer espectacular, melena roja e inconfundible pinta de putón caro, le observaba displicente, profundamente aburrída y atenta solo al espejo que en la lejanía la reflejaba sin juzgarla.

Lavetusta intentó acercarse al inquietante trío, pero se lo impedía el tropel de pitufas/os de La Moraleja que en ese preciso instante tomaba posesión ruidosa de los sillones cercanos a El Viejo, Pija de Oro y Putón Caro. El capo-mafia increpaba furioso al subalterno mientras ella permanecía ajena, distante (o colocada) e insensible al drama.

Pija de Oro, el gorila enamorado, se inclinaba una y otra vez ante las indicaciones que le hacia El Viejo, índice apuntando. Paco Lavetusta logró ubicarse en las cercanías. El chillido del pijerío y la música a toda pastilla le impedían seguir a gusto el monólogo de El Viejo. No obstante, no se le escaparon frases muy significativas: “Esto hay que arreglarlo antes de que a alguien se le ocurra poner en marcha el ventilador y terminemos todos llenos de mierda por las mariconadas del Rody de los cojones... Ya mismo se ponen en movimiento y solucionan este asunto... ¿Qué se sabe de ese tal Pepe el Cojo que se lo follaba? Por si acaso hacedle una visita”.

Paco Lavetusta no necesitó oír más y se esfumó rumbo al teléfono que se encontraba junto a los servicios. Marcó el número de Pepe el Cojo y dejó un mensaje en el contestador: “Pepillo, creo que la hemos cagado. Necesito hablar contigo. En cuanto escuches este mensaje sal de tu casa y no vuelvas. Ya te lo explicaré con más detalles, mañana, mejor dicho hoy, a las 12, donde sabes”. Colgó y justo en ese momento vio entrar en los servicios al Gorila al que le gustaban los pendejos. La tentación era fuerte y Paco Lavetusta jamás dejó de caer en ella siguiendo los consejos de Oscar Wilde. El Gorila al que le gustaban los pendejos

estaba meando. Paco Lavetusta apreció en su justa medida el instrumento, pero en vez de ubicarse a su vera propiciando la aproximación, decidió utilizar otra estrategia: entró en uno de los cuartitos y dejó la puerta abierta. El Gorila al que le gustaban los pendejos no tardó en girarse. Lo acostumbrado: duelo de miradas, pollas que se saludan a distancia y un instante después el periodista y el Gorila al que le gustaban los pendejos estaban trenzados cuerpo a cuerpo en el pequeño espacio. Hicieron lo que pudieron dadas las circunstancias: una mamadita mutua y una rápida paja compartida. “Joder, que bien”, dijo el Gorila al que le gustaban los pendejos. “No hay nada mejor para el stress”, agregó el periodista.

En eso estaban cuando -con modos wagnerianos- golpearon en la puerta del cuartito: “Venga ya, que una también es toxicómana, como dice la Maura, que falta de solidaridad...”, exclamó la almodovariana adicta. “¿Cree que nos estamos metiendo un tirito? “Claro, es la excusa perfecta para chuparse la polla entre amigos sin que nadie piense nada inconveniente” “Pues ahora no vendría nada mal un viaje ¿tienes?” “Aquí hay de todo”.

Lavetusta extrajo del sobre el perico y preparó sobre la porcelana del depósito del váter dos largas rayas. El Gorila al que le gustaban los pendejos enrolló un billete con la efigie del príncipe Felipe y se marcó una esnifada real que casi lo tumba contra los azulejos por el subidón inesperado: “Que buena merca” “La mejor” “¿Quién te la pasa?” “Eso es secreto de Estado” “Me interesa comprar... y en cantidad”

Los golpes en la puerta arreciaron. Esta vez no era la toxicómana cinéfila sino una delegación de pitufos de La Moraleja llevando en la mano billetes enrollados... Y Pija de Oro que al ver a su compañero de fatigas emerger del cuartito abrochándose la bragueta y acompañado se limita a decir: “No se te puede dejar solo”. Y agrega: “Vamos, tenemos laburo”.

En ese momento uno de los pitufos de La Moraleja dice: “Creo que eso es suyo”. El Gorila al que le gustaban los pendejos recoge la pistola caída en el suelo del cuartito durante la batalla con el periodista y muy circunspecto dice: “Muchas gracias”.

## **CAPÍTULO IV**

Paco Lavetusta observó como el Mercedes partía de Joy Eslava llevándose a El Viejo y sus Gorilas, mientras que Putón Caro, abandonada en la acera, esperaba un taxi. El periodista decidió rematar la jornada y enfiló hacia Noviciado. Su propósito no podía ser más casto: ducha, vapor, calor y lectura de los diarios. El paraíso: la sauna Adán.

Mientras caminaba el moco amargo de la cocaína le llegó a la garganta. Tenía razón el Gorila al que le gustaban los pendejos: ¡Que buena merca! Cruzó Gran Vía y empezó la subida de San Bernardo. A lo lejos relampagueaba el neón de la Sauna Adán, frente al Ministerio de Justicia, emitiendo lumínicas señales como un faro.

De nuevo le asaltó el recuerdo de la última noche con el chico. De nuevo lo escuchó diciendo: “Tengo que irme, ya te llamaré”. Caminando hacia la Adán Lavetusta sintió que el corazón se le estrujaba: “Carson McCullers decía que el corazón es un cazador solitario, yo creo, en cambio, que el corazón es una bestia a la que hay que dar de comer aparte”, se dijo apurando el paso.

Al llegar al portal de la sauna se detuvo y sacó la billetera buscando un vale de descuento. No lo encontró, pero un papel amarillento salió volando. Lo recogió y leyó la traducción que el chico hiciera en Marsella de un poema de Elytis. Se lo regaló en la rue Lumière junto al carrusel de *El tercer hombre*, después de una absurda pelea por celos retroactivos. El chico, entre otras virtudes, es políglota y domina el griego en todas las acepciones del término: “... y si la serpiente cantara, la luna estuviera borracha y la noche se meciera como la arena en el viento... huiríamos en un barco a lo lejos, sin los ojos, con los dedos, sin las manos, con los labios... atando un corazón sordo a la piel muda de un beso”.

Guardó el papel en la billetera y experimentó de pronto un profundo rencor hacia el chico que ama, el ausente, el que se fue llevándose consigo la alegría. Será cierto, se preguntó, que aquellos a quienes interesa ser amados, como Narciso, solo ven su cara en el espejo. Será cierto que para ser un amante perfecto, primero hay que experimentar “la profunda sabiduría de ser un tonto de remate”, como asegura Henry Miller.

Lavetusta tocó el timbre de la sauna. Pagó y la Músculo, una loca anabolizada, le pasó la llave de la taquilla: “¡69! buen número; por cierto ¿cuánto calzas?”. Lavetusta dijo “42”. La Músculo le entregó las zapatillas apostillando: “pata

grande, polla corta”. “Si quieres te demuestro como toda regla tiene su excepción”, contestó Lavetusta. “Menos lobo, Caperucita”, remató la Músculo pasándole las toallas.

En el vestuario se encontró con el Ácido que le pegó una paliza sobre la situación del mercado del “Arte” en Madrid y de “las pedorras” que lo administran. El Ácido era un poeta y crítico de arte (“oriundo de Orereta-Rentería-Erretería”, decía para no herir susceptibilidades nacionalistas y tomarle el pelo a sus paisanos) con el que Lavetusta tenía más de un punto de afinidad, tantos que algunos les llamaban “los gemelos sardonius”. Les unía -aparte de compartir un amante en el pasado- su adicción al hachís y consideraban la ironía elevada a la enésima potencia como una de las bellas artes. Cuando Lavetusta y el Ácido estaban en vena podían acabar con más de una reputación. Por supuesto tenían muchos enemigos en común y eso, ya se sabe, une más que compartir amigos.

Mientras se desnudaba y acomodaba la ropa en la taquilla, Lavetusta escuchaba uno de los malintencionados cuentos del Ácido sobre el renacimiento cultural que estaba experimentando la Villa y Corte en los últimos tiempos. Especialmente en todo lo referente a las artes plásticas.

El Ácido estaba en vena: “...todo es mentira, todo, un montaje, el ‘Arte’, en este país en el que nadie lee, parece ser la pasión oculta de todos y todas. Un tema, como el fútbol, sobre el que cualquiera puede opinar y hacerse el experto. Puro marketing e intereses electorales para hacer creer que somos la hostia y no la capital de la añeja caspa hispana... Mira, la payasada de este presunto esplendor cultureta me toca bastante los cojones. Lo cierto es que el mundo del arte está sumamente animado y eso se expresa en las muchedumbres que asisten a cuanta exposición se les eche, de Velázquez a Miró, sin olvidar, por supuesto, a los dinosaurios... y lo más importante, lo que a todo el mundo mantiene en vilo en este reino: ¿se quedará o no se quedará en España la famosa colección? Todo Madrid esperando que se desvele el suspense y rezando para que Tita Cervera se aclare de una putísima vez. Ya sabes que la antigua mujer de Tarzán Baker, la actual baronesa, medita sobre el destino de la codiciada colección de su cónyuge, el fabricante de escaleras mecánicas Thyssen. Un gran momento, sí señor.

Estuve en la presentación de ARCO, increíble. Pocas veces he visto tanta loca junta. Pero todo muy democrático, no creas. Tendrías que ver la colección de chulos

que arrastraron a la inauguración las entendidas. Una anécdota que, porque te conozco, sé que te encantará. ¿Recuerdas a la Loewe, la gordita decoradora?, pues bien, llegó con un chulo adolescente muy Espoz y Mina, de los que hacen la carrera junto al escaparate de “El Miño”, en Sol. Seguro que lo conoces. La Loewe lucía al chiquillo despertando la envidia de las ¿amigas?, tan mamarrachas como ella. Hablaban de texturas, de búsquedas, de tendencias, de antes y después, de cotizaciones, de galerías, de marchantes, de Barceló, Sicilia, Arroyo, Millares, Tapiés, Chillida..., de lo acertado del montaje de la última exposición en lo de Soledad Lorenzo y el renacer del pop art con el Equipo Crónica... Agobiante. De verdad. Ya sabes cómo son las locas cuando están tan locas como tus amigas, que no sé cómo puedes tratarlas por más que me digas, ya sé, que son “fuentes” informativas. Pues bien, la Fontana de Trevi, la gordita Loewe, y las otras locas disimulaban la ignorancia prestándose los clichés y controlaban ansiosas el desfile de famosos. Finalmente se produjo la llegada de los ilustres inauguradores oficiales presididos por Rosina Gómez Baeza, muy rictus de satisfacción a modo de sonrisa protocolario y brillo en los ojillos codiciosos; flanqueada por Mario Conde, banquero y mecenas, muy joseantoniano en su gomina; el alcalde de Madrid, Pelopincho Rodríguez Sahagún, comentando a la directora de ARCO la emoción cuasi-religiosa que experimentó al comprar su primer Saura; y POROPOMPÓN POROPOMPÓN ¿a qué no adivinas? MANOLO ESCOBAR, cantante, actor de “Cine de Barrio” y excelente coleccionista de pintura contemporánea.

Y aquí viene lo bueno, lo que ha provocado el desprestigio definitivo y sin retorno de la gordita Loewe. Resulta que el chulillo de Espoz y Mina reconoce a Manolo Escobar y no puede reprimir -a modo de espontánea saeta- cantar a voz en grito las inolvidables estrofas: “Mi carro me lo robaron, estando yo, etc, etc, etc y ¿dónde estará MI CARRO? Imagínate el estupor de la comitiva y el bochorno de la Loewe. Deberías dar a conocer la simpática anécdota en *Conmoción*, sin revelar tus fuentes, claro”.

Lavetusta se ajustó la toalla a la cintura, cerró la taquilla, se colgó la llave al cuello e inició la huida hacia las duchas perseguido por el discurso disparado de su amigo-clon. Bajaron la escalera coronada por un enorme cuadro de San Sebastián que llamó la atención del periodista. El cuadro, le comunicó el Ácido, era obra de Iñigo Gaintxurrisketa (también conocido como la Donostia, un emulo de Tom de

Finlandia, expulsado de Euskadi por un padre del PNV, supernumerario del OPUS, y una madre gudari de HB de las gestoras pro-amnistía). El prometedor artista vasco había pintado un asaetado y lúbrico San Sebastián de incitante taparrabos a imagen y semejanza de su propia persona, con un brazo tras la nuca como ajustando el moño y unas poderosas piernas de jugador de frontón realzadas por unos borceguíes lederones con los cordones sueltos.

Viendo el interés de Lavetusta, el Ácido comunica: “Este sí que merecería estar en ARCO. Recuérdame que te lo presente. Aunque jamás asistas, debes saber que sigo siendo famoso por mis fiestas. Te aseguro que vale la pena este mártir vasco, tiene una película que ríete tú de *La muerte de Mikel* y, además, está muy bueno. Un poco torturado como a ti te van”.

El ayudante de dirección, Fallera Mayor, desde la ducha, exclamó al verlos llegar: “Pero qué agradable sorpresa, nos honran con su presencia los gemelos *sardonicus*, las Azúcar Moreno de la ironía derramada en vano como el semen de Onán... ya están aquí con su sorna que pica como la sarna, mis queridos ex...”

Fallera Mayor mantenía una profunda relación de amor-odio con Lavetusta (vivieron una enloquecida historia con tercero incluido) y de odio-odio con el Ácido (que en la época de la enloquecida historia resultó ser el tercero en discordia).

El ayudante de dirección fue bautizada como Fallera Mayor por el Ácido, sabiendo que el destinatario del mote odiaba las fallas y escapaba de Valencia en cuanto explotaba la primera traca. Sin embargo, como ocurre siempre (con Lavetusta, sin ir más lejos, ocurrió), el mote se impuso e, incluso, alguien muy relevante escribió a modo de elogio: “Fallera Mayor es divertida, descarada, provocadora y caliente. Huele a Mediterráneo, a la Albufera, a mejillones al vapor, a mascletá y arroz con pollo”.

“¿No estabas de gira?”, preguntaron a dúo el Ácido y Lavetusta reeditando cotidianidades triangulares del pasado. “Estaba, pero esta tarde volvimos de Sevilla... destrozados por cierto”, dijo con trémula voz Fallera Mayor. Lavetusta, hasta ese entonces contrariado por el encuentro, cambió de actitud movido por su deformación profesional, y empezó a interrogar al ayudante de dirección que administró con cuentagotas la información sin dejar de ducharse y se limitó a decir: “Una verdadera desgracia, murió uno de los componentes del elenco y hubo

que suspender las representaciones... Ahora están como locos buscando un sustituto apropiado y no creas que es fácil, para el papel que ha quedado vacante se requiere alguien que no tema arriesgar el cuello sobre un escenario... En fin se van los mejores, la vida sigue e la nave va. Si el tema te resulta atractivo, te das una ducha y te espero en el bar”.

Fallera Mayor salió de la ducha, se secó lascivo y dijo al Ácido: “Si te interesa, también tú puedes venir, como en los viejos tiempos”. “Ya quisieras”, contestó el Ácido. Fallera Mayor bebía un gin-tonic. Lavetusta pidió una cerveza a la Músculo que se lucía tras la barra mariconeando con ganas, alternando con los clientes, pero sin perder detalle de todo y de todos. “¿Quién murió?”, preguntó Lavetusta. “Fernanda de Rojas”, contestó Fallera Mayor. Y los antiguos amantes y actuales “enemigos” se echaron a reír igual que antes, cuando lo pasaban tan bien en la vida como en la cama.

La Músculo, indiscreta, no pudo dejar de intervenir en plan moralista escandalizada: “Cómo sois tan burras, parece mentira”. “Joder, cómo te pones, mona. ¿Y si supieras lo que hicimos con el cadáver?”, contestó Fallera Mayor (que, además de una loca egocéntrica insoportable, era un seductor de primera y un actor de gran calibre al que Lavetusta admiraba más allá de cualquier odio circunstancial justificado) despertando la malsana curiosidad de la Músculo. Ésta, a la que faltaba más de un jugador y caía en todas, pregunta morbosa: “¿Os la follasteis?”. “No, animal, nos la comimos”, contesta el ayudante de dirección mientras Lavetusta lo aplaude entusiasta, del mismo modo que aplaudió en el pasado cuando se enamoró de él viéndolo actuar sobre un escenario.

Los lectores de *Conmoción*, entre ellos la Músculo, días más tarde, leerían - firmada por Galo Viudo- la necrológica-homenaje de Paco Lavetusta :

## **EN LA MUERTE DE FERNANDA DE ROJAS**

Galo Viudo. Corresponsal en Sevilla

*Ha muerto Fernanda de Rojas, mucho más que una prometedora gallina actriz. La chance para su debut en el teatro se la brindó Adolfo Marsillach. Noche a noche, Fernanda, ajena al sueño al que son tan proclives sus hermanas, desplegaba en corta*

*pero fundamental escena con Jesús Puente todo su arte en La Celestina que protagoniza Amparo Rivelles. El elenco de La Comedia, desolado. Como el espectáculo debe continuar, Fernanda ha sido sustituida por otra ave de más años, pues como todo el mundo sabe, "gallina vieja, da buen caldo". Desde estas líneas nos despedimos de Fernanda de Rojas, imaginándola en un reñidero de lujo celestial y shakesperiano en el que podrá ser Desdémona, papel al que estaba destinada, ay, dada su generosa tendencia a exponer el cuello.*

La camaradería, como tantas otras veces, se impuso, y los amantes de antaño continuaron un rato haciendo risas, evitando los temas espinosos e ignorando la mirada indagadora de la Músculo que iba y venía con las antenas puestas. Finalmente se detuvo y preguntó: "¿A qué números cargo la cerveza y el gin-tonic?" "¿Cuál es tu número?", preguntó Fallera Mayor. "El 69", contestó Lavetusta. Y Fallera Mayor dirigiéndose a la Músculo: "Ya sabes, todo al 69, que la exclusiva de la muerte de Fernanda de Rojas bien lo vale".

Lavetusta abandonó a Fallera Mayor, que se quedó en el bar intentando ligarse un chulillo portugués recién llegado de Porto, y se metió en la sala de vapor que estaba desierta. Una luminosidad azul bañaba el recinto empapado por el rocío cálido. Estiro la toalla sobre el banco de mármol y se tendió de espaldas. No tardó en llegar la deliciosa somnolencia que siempre le producía la sauna húmeda y en un estado de delirante duermevela se dispararon las imágenes de la jornada: Emilio la Teóloga, en el Figueroa; Pepe el Cojo y la Peyreffite en La Bubú; el tesoro escondido en el aparta-hotel de Rody Bolívar Anchorena; la visión de Ibrahim en Black and White; el negro poderoso follándose a las sombras en el Leather; Rufián Melancólico recitando "El arte de las putas" en Montera; los Gorilas de azul, El Viejo y Putón Caro en Joy Eslava; el Ácido y Fallera Mayor..., aquí, en Adán. Y en todas partes, el recuerdo del chico empujándolo a seguir buscando. La niebla espesa del vapor lo indujo al sueño.

Cuando despertó, la sala de vapor se había llenado de gente. Divisó a Fallera Mayor chupándole la polla al chulillo de Porto en medio de un remolino de carne entrelazada, resbaladiza y jadeante... y, más allá, al Ácido empalando en su famosa verga a un conocido ídolo de quinceañeras históricas. Al borde del sofoco y/o la

parada cardíaca, Lavetusta respiró profundo y se dirigió a las duchas. El agua helada lo despertó definitivamente.

Subió al bar. La Músculo le puso una cerveza y Lavetusta decidió beberla en la sala de vídeo. La Paleojipi le saludó sin dejar de meneársela frente a la pantalla. La Paleojipi era un artesano, consumidor de ácidos, camello eventual de chocolate, incansable viajero a las mecas del jipismo (Ibiza, Goa, Sitges, India, Machu Pichu, la Riviera maya, Villa Gessel, Ámsterdam, Gredos, Essauira, Hammamet...), transformado en empresario hostelero gay alternativo. Regentaba con su novio, un francés anarco-situacionista-línea disidente, un albergue rural (“SODOMA: PARA GENTE QUE ENTIENDE”) a orillas del río Alberche.

El periodista tenía simpatía por la Paleojipi aunque le espantara su estética trasnochada de florecillas y trencitas de hilos de colores, pulseras y collares... La Paleojipi dejó de meneársela y encendió un canuto. El perfume de la marihuana sahumó la salita. La Paleojipi le tendió el petardo, esperó a que Lavetusta lo catara con delectación y preguntó: “¿Qué tal?”. Lavetusta, tosiendo, contestó: “De concurso”.

La Paleojipi era un excelente cultivador de cannabis, pero no traficaba con sus cosechas. Las repartía entre sus múltiples amistades (“un canuto no se le niega a nadie”, decía). Lavetusta le preguntó por su socio-novio, el francés anarco-situacionista y la Paleojipi lo puso al tanto de las últimas excentricidades de su consorte.

El antiguo anarco-situacionista-línea disidente se había pasado (después de, según sus palabras, “una profunda y dolorosa autocrítica”) al irracionalismo militante-proselitista: aseguraba que la Virgen María se le aparecía (como a Pío XII, como a Fernando Arrabal) y le hablaba, posada regimiento sobre el orcón de una milenaria encina, las noches de luna llena y durante los eclipses solares.

Desde entonces el francés anarco-situacionista pasaba de follar con la Paleojipi y este, obviamente, estaba cabreado: “Si al menos fuese Cristo el que se le apareciera, al fin y al cabo a nadie le amarga un dulce y más cuando está bendecido, pero dejarme por la madre por más virgen que sea, por ahí sí que no paso. Lo peor es que ya se ha corrido la voz y ha empezado la peregrinación de locas, ya sabes cómo son, siempre dispuestas a creerse cualquier prodigio”. Lavetusta no dejó de anotar in-mente la información aportada por la Paleojipi y prometió visitar *Sodoma*

a la brevedad. La Paleojipi le sonrió a lo Joan Baez; en su mano, la polla semejaba un caracol dormido.

Volvió a la barra y pidió otra cerveza. La Músculo charlaba con dos locas catalanas, las Puente Aéreo, sobre las novedades del puterío en la ciudad condal. Las Puente Aéreo aseguraban que aunque en Barcelona había unos moros de ensueño, los mejores rabos se los habían comido en la capital del reino. La Músculo le puso la cerveza sin dejar de charlar con las Puente Aéreo que lamentaban la desaparición del Tatú, un garito al que concurrían camioneros de Sants, y la demolición de los baños San Sebastián con sus casetas a lo *Muerte en Venecia* donde reinaron por méritos propios Tadzios murcianos folladores y no lánguidos calientapollas como el rubiales de la película de Visconti.

Lavetusta se desinteresó pronto de la eterna comparación Madrid-Barcelona y enfiló hacia el laberinto de las cabinas. Se cruzó con varios candidatos al polvo que deambulaban por el estrecho pasillo. Saludó a algunos. Con la mayoría se había acostado en otras noches. Muchas de las cabinas estaban cerradas. En otras, con la puerta abierta, se ofrecían posibilidades de espalda, frente y perfil.

Entró en la penumbra de la cabina. Sobre la litera de skay dormía el Gigante, la mano sobre el sexo. El pecho “como una playa de maniobras” de ferrocarriles a vapor. Las piernas, macizas, con dorado de sol. La cara, curtida, con prematuras arrugas, nobles, de primera, a lo Richard Gere. Y, el pelo, gris acero, al cero. “Todo un lujo”, meditó Lavetusta, y contra todo pronóstico, abandonó la presa a la codicia de otros cazadores que fusil en mano merodeaban por el pasillo.

Al salir de la Adán le deslumbró el sol y le aturdieron los bocinazos del atasco en San Bernardo. Optó por meterse en el Metro y con el cuerpo machacado y un sabor amargo en la boca se resignó a entregarse en manos del transporte público y sus combinaciones. Reventado, finalmente, llegó a Goya y enfiló hacia la cueva.

## **CAPÍTULO V**

En la cueva entraba el sol a raudales. Lavetusta procedió a bajar las persianas y corrió las cortinas hasta lograr una oscuridad de tumba. Luego encendió la luz

eléctrica (odiaba la natural) y desplegó los periódicos sobre la mesa. La foto de Rody Bolívar Anchorena estaba en todas las portadas. Pepe el Cojo le había hablado muchas veces de su cliente-amante- no-novio latinoamericano, pero nunca lo hubiera imaginado así.

Fotografía de Rody Bolívar Anchorena reproducidas en todas las portadas (EFE): un hombre delgado, moreno, barba recortada, elegante pero anacrónico, vestido con levita y tocado con una chistera a lo Verdi, mirando de frente a las cámaras de los fotógrafos, custodiado por la policía en el momento de su detención en Barajas. Sereno y con un punto de satisfacción en los ojos retadores y la sonrisa retenida entre las comisuras de los labios. Leyó la noticia en todos los periódicos y en todos decían más o menos lo mismo:

*“Detenido en Barajas el hijo de un diplomático sudamericano, destacado artista plástico, al que se le incautó una cantidad indeterminada de cocaína. Fue trasladado a los juzgados de Plaza de Castilla donde quedó a disposición del juez, quien determinó su ingreso en la cárcel de Carabanchel. La policía ha iniciado una investigación ya que existen indicios de que Rody Bolívar Anchorena podría ser el hilo del que tirar para deshacer una madeja de narcotráfico y lavado de dinero en el que estarían implicadas personas principales. Se investiga en el entorno del artista plástico, pero el secreto del sumario impide, por ahora, aportar más datos”.*

Lavetusta se metió en la cocina y preparó café. Se sirvió una gran taza y volvió a los diarios. Después buscó “el cofre del tesoro” y sacó los sobres con la documentación. Desplegó los papeles sobre la mesa y los estudió con atención tomando notas. Escondió todo nuevamente, se desnudó y se metió en la cama. Permaneció largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad. Sin poder dormir, pensando, pensando...

El timbre lo sacudió como una descarga eléctrica, como un cubo de agua helada sobre un sueño (en el sueño el chico lo follaba o él se follaba al chico en Sodoma a orillas del Alberche sobre una alfombra de cerezas). El timbre volvió a sonar, dramático y exigente. Lavetusta saltó de la cama y al correr hacia el telefonillo tropezó con la pata de una silla y se golpeó un dedo del pie. Puteando descolgó y escucho la voz de Pepe el Cojo: “Soy yo, abre”.

Dejó entreabierta la puerta y volvió a la cama. Un minuto después entró Pepe el Cojo, fresco como una lechuga y acelerado como siempre. Lavetusta

preguntó “¿Qué hora es?”. “Las diez han dado y sereno...”, contestó -en cheli de Atocha- Pepe el Cojo. “Quedamos a las doce”, protestó Lavetusta. “Quedaste, dirás. Acabo de escuchar tu mensaje en el contestador, alarmante, qué gusto por la tragedia, ni que estuviéramos en Nápoles...”, dijo Pepe el Cojo burlón. Lavetusta le indicó que bajara un poco los decibelios, que se metiera en la cama y que, a las doce, como estaba previsto, ya le contaría.

Pepe el Cojo se desnudó y se metió en la cama, pero siguió hablando. Lavetusta se resignó y le dio la espalda. Pepe el Cojo lo abrazó y empezó a hablarle de Rody al oído: “Un día le pregunté a que había venido a Madrid y me contestó ‘he venido a matarme bebiendo y follando, pero antes tengo que cumplir con una promesa que le hice a Alexander’. Dijo eso y se le escaparon unas lágrimas, y eso que él va de duro, aunque en el fondo es un vainilla como todos, mírate tu, sin ir más lejos, suspirando por el ausente, cuando ahora, gracias a Rody, serás potentado y tendrás a tu disposición las mejores pollas y los mejores culos del planeta. En fin, sigo, el día que me habló del tal Alexander me callé la boca y así seguí un tiempo hasta que una noche borracho perdido y sin venir a cuento me contó que el chaval estaba muerto por su culpa. Desde entonces, cuando se emborrachaba, con absenta especialmente, hablaba de Alexander.

Rody adora la absenta, pero en Madrid no en todos los bares se consigue. Un día me pasó a buscar en un taxi, me llevó a Barajas, al Puente Aéreo, aterrizamos en el Prat, tomamos otro taxi a las Ramblas, y nos metimos en el Pastis, un bar por Atarazanas, un tugurio decadente que él frecuenta desde siempre en Barcelona. Nos pusimos hasta el culo de absenta y pegamos la vuelta. Así es Rody. La absenta lo pone más que el perico. El Alexander ese parece haber sido el gran amor de su vida y, según deduje, él se responsabiliza de su muerte. El chico se suicidó en la cárcel, se ahorcó en la celda. Era la primera vez que entraba en prisión. Lo pillaron en Barajas con una maleta llena de coca. Rody se responsabiliza por haber metido al muchacho en un mundo para el que no estaba preparado. Alexander comenzó siendo su modelo, pero pronto pasó a ser una especie de hijo-amante. Esa tarde, en el Pastis (después de traducirme la letra de “L’aigle noir”, cantada por Bárbara, una reventada francesa a la que adora Rody) dijo que tenía que vengar a Alexander, que era lo único que lo mantenía en pie. No conozco bien los detalles, pero la cosa es más o menos así: Rody responsabiliza a un montón de peces gordos que, según él,

‘echaron a perder’ a su criatura y lo marearon con fiestas en Marbella, trapitos, gafas de sol y zapatillas de marca...”

Pepe el Cojo continuó hablando un largo rato antes de descubrir que Lavetusta dormía profundamente.

## **CAPÍTULO VI**

Cuando Lavetusta llegó a *Conmoción* todos los redactores estaban reunidos con el director de la publicación. Los ánimos, caldeados. Lavetusta intentó incorporarse a la reunión sin hacerse notar, pero fue imposible. El director, al verlo, interrumpió su perorata y miró el reloj, magnificando con tal actitud los insignificantes 45 minutos de retraso del periodista. La jefa de redacción, en cambio, le sonrió cómplice.

El director continuó diciendo que la revista no respondía a las expectativas que promete la propia cabecera: “CONMOCIÓN, CONMOCIÓN, CONMOCIÓN ¿Y a quién conmocionamos? A nadie. Y allí está el quid, no conmocionamos, y, por eso, no vendemos y por eso dejaremos de ser ‘viabiles’ para el editor, Papá Grupo, que, por si no os habéis enterado, es el que pone las pelias y paga nuestros míseros salarios”.

El director continuó lamentando la ausencia de periodistas de verdad -los de su quinta, claro- que no se dormían en las redacciones refritando revistas extranjeras y pirateando fotos, sino que estaban a pie de calle, tomándole la temperatura a la ciudad como verdaderos termómetros informativos, sirviendo al lector, que, agradecido, retribuía y compraba la publicación. Gritó: “Temas, quiero temas” y agregó: “¿Qué tenemos para el próximo número? Por ejemplo, Lavetusta, ¿en qué temas está trabajando, si se puede saber?”

“Se puede, se puede”, contestó Lavetusta y pasó a informar que estaba trabajando en tres artículos relacionados con el lavado de dinero negro a través de la compra de obras de arte; la intención del Ayuntamiento de Madrid de expulsar a las históricas hetairas de la calle Montera para promover negocios inmobiliarios de amiguetes de concejales de todos los grupos políticos y... Lavetusta interrumpió el recitado de sus presuntos trabajos de investigación despertando la curiosidad de

sus colegas de profesión, solo equiparable a la curiosidad de la Músculo de la Sauna Adan.

“¿Y?”, gritó el director. “Apariciones marianas en Sodoma”, contestó Lavetusta. La carcajada de toda la redacción contrastaba con la furia contenida del director a punto de salirse de cauce, el estupor divertido de la jefa de redacción, y la cara de palo -a lo Buster Keaton- de Paco Lavetusta.

Una vez aclarado el titular “Apariciones marianas en Sodoma” con un apropiado antetítulo: “En un albergue rural gay a orillas del río Alberche” y una entradilla en la que se daba cuenta del presunto prodigio y de los protagonistas implicados en el mismo -la Virgen María y los propietarios de Sodoma: la Paleojipi y el francés anarco-situacionista- los miembros de la redacción (ateos todos, incluido el director, al que una vez Lavetusta le escuchó decir: “Cómo va a creer en Dios un periodista después de haber visto todo lo que ha visto en este puto oficio”), sin excepción, valoraron en su justa medida la relevancia de la noticia, equiparable a las apariciones habidas en El Escorial, Fátima o Lourdes.

“Ah, por cierto, necesito un espacio destacado en la página de Teatro”, dijo Lavetusta. “¿Por?”, preguntó el director. “Murió Fernanda de Rojas, trabajaba en *La Celestina* que dirige Marsillach, murió en Sevilla, de gira, creo que se merece un homenaje”. “Claro, por supuesto, cuenta con ese espacio, muchacho. Fernanda de Rojas, gran actriz, ya lo creo”.

El director partió presuroso rumbo a las maquinitas de “El Ruti”, el bar de la esquina, su verdadero hogar, en el que daba rienda suelta a su ludopatía. Paco Lavetusta escribió a toda pastilla su honra fúnebre a la excelsa actriz emplumada y entregó el resultado de sus sudores intelectuales a la jefa de redacción que, aburrida de tanto aburrimiento, agradecía sus visitas al despacho en el que intentaba trabajar lo menos posible.

La jefa de redacción leyó la necrológica conteniendo la risa. El esfuerzo le produjo un acceso de tos, mocos y lágrimas. Lo reprendió como siempre y terminó alabando la originalidad del enfoque informativo, aunque temía que cuando el director se enterara de la identidad de la elogiada actriz difunta, estallaría en un ataque de ira que, como siempre, ella tendría que soportar.

Lavetusta le prometió portarse lo mejor posible y desapareció de la redacción complacido y con una excusa irreprochable: “Debo contrastar datos y

contactar con algunas fuentes bien informadas". Después de salir de *Conmoción* se metió en el VIPS de O'Donnell. En la cafetería divisó a la gordita Loewe conversando con otras decoradoras como ella. Lavetusta las detestaba, pero disimulaba, ya que ese grupo de locas constituía un influyente lobby. Eran conocidas como Las Fatuas, un ejército de expertos en banalidades, cercano a los verdaderos detentadores del poder, a través de la influencia que ejercían sobre las mujeres de los amos, poli-adictas consumidoras de la nada bien envuelta.

La gordita Loewe inflaba sus mofletes entre párrafo y párrafo mal intencionado -todos los suyos lo eran- cuando vio a Lavetusta, que no atinó a hacerse el distraído y se vio obligado a saludar. "Qué alegría verte y qué oportuno. Tal vez, como periodista, sepas algo de lo que ha ocurrido". "Perdona mi mala memoria, querido ¿cómo se llama el medio en el que colaboras?", dijo la gordita Loewe minimizando la importancia de *Conmoción* desde el cual Lavetusta atacaba cada una de sus espeluznantes creaciones. "*Conmoción*, escribo en *Conmoción*, aunque quizás tu te refieres a *Bésame imbécil*, donde también escribo", contestó Lavetusta.

La gordita Loewe se colocó la máscara simpática, pellizcó el brazo del periodista, lo sentó a su lado con gesto de madama de burdel (a lo Jeanne Moreau en *Querelle*) y dijo mirando a las Fatuas: "¿No es divino? Me encanta pincharlo, enseguida salta... y con lo que lo quiero yo... a pesar de no ser correspondida".

La gordita Loewe -y el resto de las Fatuas- quería saber si el periodista estaba enterado de la detención de Rody Bolívar Anchorena, no solo miembro de la jet de pleno derecho y a ambos lados del océano (descendiente del mismísimo Simón Bolívar, de rancia estirpe vascongada) sino, que, también, era un reputado artista plástico que unía la pintura con el collage y la fotografía (que algunos críticos no dudaban en comparar con la de Mapplethorpe) y sus obras alcanzaban ya una fuerte cotización en el mercado internacional. La gordita Loewe lo tenía claro: "Rody no tenía ninguna necesidad de ir por los aeropuertos llamando la atención...". "¿Cómo, qué dices, crees que intentó llamar la atención aposta?", preguntó Lavetusta. "Sí, disfrazado, o acaso no viste las fotos, parece un Manet, con una chistera a lo Mandrake el mago, igualito a 'El bebedor de absenta', clavado", dijo la decoradora que, a pesar de su oficio -y aunque a Lavetusta le costaba reconocerlo por sus prejuicios- sabía bastante de pintura y cómic. Considerando

que la gordita Loewe le había aportado un dato importante a investigar, Lavetusta se despidió de las Fatuas.

Cuando sonó el teléfono, el Ácido, crítico de arte, pero ante todo poeta, tenía clavado en la polla al ídolo canoro de quinceañeras capturado en la sauna Adán. Con el ídolo rodeándole la cintura con las piernas, con los talones del ídolo presionando contra sus riñones, con la polla atrapada en la presión exigente del culo del ídolo, el Ácido se arrastró hasta el teléfono.

“Qué?”. “¿Manet o Monet?”. “La gordita Loewe y Rody Bolívar Anchorena?”. “¿Manet y Pepe el Cojo?”. “Manet y Perico?”. “¿Qué dices?”. “¿Manet en Carabanchel?”. “¿El bebedor de absenta se folla al chico de las cerezas en Carabanchel?”. “Oye, tú, ¿quién folla a quién en Carabanchel?”. “¿Nadie folla a nadie en Carabanchel?”..

El ídolo canoro de quinceañeras estaba cada vez más excitado por la conversación y dicho estado de calentura extrema se traducía en autoenfaladas profundas y demoradas en la verga de el Ácido que no dejaba de preguntar y responderse, cada vez más confundido.

Finalmente, cortó después de fijar una cita con Lavetusta en la cuesta de Moyano, dentro de hora y media. Tiempo suficiente para saciar la curiosidad del ídolo canoro de quinceañeras que preguntaba si el bebedor de absenta era algún vicioso con el que se podría montar un trío o si al muchacho de las cerezas le gustaba el fist-fucking y/o si ese Manet o Monet vivía en Carabanchel..

Paco Lavetusta salió del VIPS y caminó hacia el Retiro. Al llegar al paso subterráneo levantó la vista y la Torre de Valencia, con su característica monstruosidad arquitectónica, le dañó los ojos ocultando el cielo. Entró en el pasadizo retorcido y al llegar al “Salón de los mendigos” (como llamaba el Ácido a la zona central del paso subterráneo bajo O’Donnel, un espacioso “hall” que por las noches ocupaban los “transeúntes”, según el subterfugio municipal) creyó ver la cabeza del chico ausente emergiendo entre cartones. Sabía que era imposible, pero creyó verlo y tuvo que acercarse para salir del error. El vagabundo dormido tenía unos veinte años más que el chico ausente, pero el color de su pelo era el mismo.

¿Qué hubiera hecho si hubiese sido el chico?

Pensando en lo que hubiera hecho entró en el parque dispuesto a cruzarlo en diagonal para llegar a la cuesta de Moyano. Al pasar junto al monumento dedicado a los hermanos Quintero divisó a la Condesa Grushenka vestida de

Carmen, flanqueada por los Karamasov Brothers, dos strippers patinadores gemelos, made in Odessa, disfrazados de Curro Jiménez y el Estudiante. El peculiar trío posaba ante la cámara de Pepa Lamarcova, para el cartel anunciador del espectáculo porno sobre patines, “Braga Hispania”, con el que la Condesa Grushenka pensaba reverdecer éxitos cada vez más lejanos. Pepa Lamarcova era un reputado retratista de flamencos-jondos, los más grandes bailaoras y cantaores solicitaban sus servicios, pero sentía debilidad por el mundo del cabaret más arrastrado, del que, sin duda alguna, la Condesa Grushenka era el máximo exponente.

La Condesa requirió (sin abandonar su absurda pose) la presencia de Lavetusta: “A mi vera”, gritó. “Aquí te quiero, Lavetusta”. Pepa Lamarcova le susurró: “Te compadezco, más vale que obedezcas sin rechistar”.

Desde la grupa del caballo de bronce, la Condesa Grushenka puso verde al periodista por no haber ido a ver su último show y, lo más grave, por no haber escrito ni una línea sobre el mismo. Pero, al instante, conciliadora, decidió perdonarlo con una condición: acudir esa noche (“a la una y media o antes, así podemos hablar tranquilas”) al Berlín Cabaret, “donde te haré un homenaje reponiendo el monólogo que me escribiste para debutar en el Belle Epoque de Valencia, ¿te acuerdas?”. “Cómo olvidarlo, ya sé que mi pasado me condena”, dijo Lavetusta, antes de abandonar el “set” y dejar a la amazona hacer su número de estatua folklórico-ecuestre.

Pepa Lamarcova, con gesto propio del Santo Job, le preguntó señalando el cuadro que componían la Condesa y sus boys eslavos: “Qué opinas?”. “¿La verdad?”. “Sí, por dura que sea”. “Peor imposible, inimitable, verdaderamente un adefesio único”. “Es suficiente, ya veo que captas el concepto. Pienso compensar este espanto al aire libre, sugerido por la Condesa, claro está, y estoy pensando recrear en mi estudio algo cubista, ‘Las señoritas de Aviñón’, tal vez, el burdel de Picasso le viene como un guante a la donna ¿no crees?, pero también tengo ganas de retratarla desnuda sobre un canapé de raso rosa con una cinta negra en la garganta como si fuera la Olimpia de Manet...”.

Manet. Otra vez Manet.

Lavetusta se estremeció al oír el nombre del pintor y el estremecimiento se acentuó cuando Pepa Lamarcova, al no recibir respuesta, dijo: “Lo que quiero hacer,

para que me entiendas, es algo parecido a lo que hacía Bolívar Anchorena antes de que ocurriera la desgracia de la muerte de su modelo, Alexander; por eso dejó inconclusa la serie 'Muchacho con cerezas'. Pobre Alexander... y pobre Bolívar Anchorena, no pudo superarlo. Por cierto, me enteré de su detención y no me creo nada de lo que cuenta la versión oficial. Para mí que le han tendido una trampa ¿sabes algo?". "Estoy en eso".

Continuó su camino y al llegar al estanque se detuvo a mirar las barcas. Recordó una tarde junto al chico ausente, remando, comiendo bolsas de patatas fritas y bebiendo latas de cervezas. El chico se había quitado la camisa y remaba con ritmo. Él creyó, por un instante, que la felicidad era posible: lo creyó cuando el chico dejó de remar y sonriendo dijo: "Cómo te quiero, cabrón".

Después el chico había enfilado la barca hacia el monumento rematado con la efigie del pro-hombre a caballo. "¿Sabes, quién es?". "Sí, sé quién es, vi la película con mi madre y hasta conozco la copla: Dónde vas Alfonso XII, dónde vas pobre de ti/ voy en busca de Mercedes / que ayer tarde no la vi... así que deja de tomarme la lección". Lavetusta se rió. Era verdad, a veces se comportaba como un profesor bien intencionado, pero profesor al fin. El chico se acercó aún más: en las escalinatas el personal tomaba sol despatarrado, algunas parejas se daban el lote, una viejecita tejía una prenda de bebé... y junto al surtidor de bronce, el contraste de dos hombres dormidos, un "mediano-edad" (como llamaba el Ácido a los mayores de 35) anglosajón, y un "púber-reciente" (como designaba el Ácido a los varones mayores de 16), marca España. El mediano-edad anglosajón parecía un títere roto enrojecido por el sol, tirado sobre los peldaños en incomoda posición. En cambio, el púber-reciente deslumbraba de dignidad y belleza natural, espontánea, propia, no buscada, no posada, sentado sobre el escalón, la espalda contra el muro; una rodilla en alto, dejando caer sobre ella su brazo, la mano colgando entreabierto y el índice extendido, como el Adán de la Sixtina en el fresco de la creación. Sí, el púber-reciente hubiera sido del agrado de Miguel Ángel, la Buonarroti (como le llamaba el Ácido).

Aquella tarde, incorregible, Lavetusta ilustró al chico ausente sobre las diferentes formas de asumir el descanso en el norte, austero-calvinista, y en el sur, hedonista-católico-apostólico y romano: dos formas distintas de vivir el cuerpo. Pero ahora el estanque era el territorio de los niños que daban de comer a las

voraces carpas y de los piragüistas que como flechas se entrenaban en la batea de seco antes de afrontar aguas de verdad: ríos con saltos, con rápidos y salmones trepando la corriente a contramano.

Lavetusta enfiló hacia la fuente del Ángel Caído esquivando la avenida, internándose por los caminos polvorientos de tierra ocre. Le llamó la atención una ardilla curiosa que lo seguía irguiendo la cola, mendiga de pipas. Perdió de vista a la ardilla al llegar al “jardín de los senderos que se bifurcan”, como llamaba el Ácido (borgiano confeso) a la cuadrícula poblada de arbustos y malezas, ideal escondite para los emboscados, auténticos picaderos verdes. Entre la floresta se movía una fauna variopinta y huidiza que iba de mata en mata, de seto en seto, controlándose a distancia, siguiéndose, esquivándose, arrimándose, separándose, mostrando y ocultando, pasando la lengua por los labios o cogiéndose el paquete, desenfundando y esgrimiendo, atrayendo y rechazando...

El periodista controló la hora. Iba bien. Faltaban cuarenta minutos para su cita en la Cuesta de Moyano. Decidió aprovechar el tiempo y se sumergió en la enramada. Pronto divisó a una especie de ángel rubio acosado por dos padras oficinistas (Lavetusta había follado con ambos en el pasado y conocía las historias de los dos, paralelas y perfectamente intercambiables: doble vida asumida, compaginando durante décadas el *cruising* arbóreo y diurno -“Mi marido siempre duerme en casa”, decían sus orgullosas esposas- con trabajos respetables, mujeres y niños, suegros y cuñados, vecinos y amigos).

Ángel Rubio coqueteaba con las padras, provocando a distancia, exhibiéndose en vaqueros y camiseta blanca, inmaculada. De pronto se puso en marcha y las padras (y Lavetusta) lo siguieron. El chaval caminó hacia la fuente de su tocayo caído enrollado en la fálica serpiente. Ángel Rubio se giró para comprobar si era seguido y marchó hacia un seto compacto de ligustros tras el cual desapareció.

Las padras le siguieron y el periodista prefirió dar un margen de tiempo y permaneció un rato junto a la fuente admirando la estatua (“La única estatua en el mundo dedicada al Diablo”, dijo una vez Emilio la Teóloga) antes de franquear el seto de ligustro. Tras el seto, una alambrada elevada y tras ella: las “Ruinas de Piranesi”, tan elogiadas por el Ácido y desconocidas hasta entonces por Paco Lavetusta.

En un enorme solar se amontonaban por orden municipal los nobles escombros: arcos de piedra de antiguos puentes, bloques de mármol, lápidas con inscripciones, trozos de estatuas, montañas de tejas con musgo, columnas cubiertas de hiedra, capiteles caídos, campanas rajadas, gárgolas, dragones... Un espacio oculto y misterioso, romántico y macabro a lo Espronceda, a lo Bécquer, a lo Byron, un lugar que parecía (como bien supo apreciar el Ácido) sacado de un grabado de Piranesi.

Siguiendo el sendero entre el seto de ligustro y la alambrada, muy pronto Lavetusta encontró un agujero practicado en el alambre por alguna loca con alicates y ensanchado solidariamente, día tras día, noche tras noche, por los beneficiados del vandálico acto contra Parques y Jardines. Se internó en las Ruinas de Piranesi. Pronto vio a las padras, polla en mano, adorando a Ángel Rubio que se hallaba reclinado sobre una balaustrada -traída de alguna plaza pública del pasado-, escorzado de perfil como salido de una moneda de bronce. Ángel Rubio era también un exhibicionista consumado y agradecía la sumisa adoración de las padras.

Junto al arco de un puente derrumbado Lavetusta creyó percibir cierta animación que contrastaba drásticamente con el grupo anteriormente descrito. Junto a los restos del antiguo puente, efectivamente, pasaban cosas: una ronda de hombres enculados jadeaba al unísono. Lavetusta alucinó ante el aro humano difícil de describir. Contó nueve cuerpos penetrándose (en plan "trenecito") de forma que el primer penetrado al cerrarse el círculo terminaba penetrando al último. Creyó ser presa de una ilusión óptica. Se sintió perplejo. ¿Cómo se lograba consumir (y se supone que sin ensayos previos) tamaña hazaña de sincronía y sintonía? El aro humano se deshizo ante sus ojos y no pudo desvelar el enigma.

Regresó al rincón de las padras y Ángel Rubio. Los encontró en plena acción. Ángel Rubio se había despojado de los vaqueros, pero conservaba la camiseta blanca, inmaculada. Ángel Rubio portaba una polla descomunal, pero delgada y ganchuda, con algo de garfio, que las padras intentaban -sin éxito- tragar en su totalidad, como perras babeantes rendidas a los pies del ídolo.

Lavetusta valoró en su justa medida el retablo, pero miró el reloj y decidió abandonar las Ruinas de Piranesi, prometiéndose volver con tiempo y con ánimo participativo. Después de sortear la alambrada y el seto de ligustros, dio la espalda

al Ángel Caído y caminó hacia la salida del parque custodiada a pocos metros por la augusta figura del “impío” -como le llamaron sus beatos paisanos- , Don Pío Baroja, con abrigo de bronce.

## CAPÍTULO VII

Puntual, Lavetusta llegó a la Cuesta de Moyano. No había señales del Ácido. Se paseó por las casetas y comenzó a revisar las mesas con libros. Llamó su atención un muchacho que le recordó a Juan Retama, un antiguo amor, el primer amante de verdad que tuvo el periodista. El muchacho buceaba en un mar de saldos de volúmenes viejos, concentrado, incansable, repasaba todo los títulos, de la misma forma con que lo hacían hace veinte años, en este mismo lugar, Lavetusta y Juan Retama.

Lavetusta siempre se sorprendía al descubrir en un desconocido el eco de un otro, de alguien necesario hasta la desesperación en el pasado, al que, de pronto, la semejanza de un cuerpo, un ademán, un gesto que creíamos único, nos lo remite, nos lo vuelve, durante un intenso y eterno segundo. Interrumpió su contemplación al ver llegar al Ácido que, siempre tan perspicaz, captó al vuelo el interés de su amigo por el muchacho de los libros.

“¿De cacería?”, preguntó el Ácido. “No, de recuerdos”, contestó Lavetusta. El Ácido, que conocía al periodista desde siempre, miró al muchacho de los libros y dijo: “¿Juan Retama?”. “Acertaste”, dijo Lavetusta.

El Ácido le pasó un brazo sobre el hombro y juntos se alejaron hacia el Paseo del Prado evocando a Juan Retama (fue el Ácido quien lo bautizó castellanizando el nombre de Jean Genet) y a Luis Cernuda: “Ah, tiempo cruel, que para tentarnos con la fresca rosa de hoy destruiste la dulce rosa de ayer”. El Ácido le preguntó si había comido. Sabía que Lavetusta era capaz de pasarse días enteros sin comer o comiendo basura, toneladas de patatas fritas, perros calientes, hamburguesas, sándwiches de Revilla, todo al paso o a las disparadas. El Ácido, en cambio, era un verdadero gourmet y un excelente cocinero. Le reprimió duramente por sus hábitos alimenticios y logró arrastrarlo hasta “El Brillante” de Atocha.

Ocuparon una mesa en la terraza. El Ácido pidió un vermú y pasó revista rápida a la mesa colindante en la que charlaban unos soldados extremeños. Lavetusta pidió una cerveza y un pepito de ternera “vuelta y vuelta, sangrando”. Mientras Lavetusta devoraba, el Ácido puso un libro sobre la mesa, una pequeña guía ilustrada de arte dedicada a Manet que sacó del bolsillo de su cazadora de cuero: “esto, creo, para empezar, puede servirte. Por cierto, hay ilustraciones de “El bebedor de absenta” y de “Muchacho con cerezas”.

#### MUCHACHO CON CEREZAS

1859-1867; 181 X 54 cm

El joven ayudante de estudio de Manet, Alexander, fue el modelo para este cuadro, que se inició en el atelier de la rue Lavoisier. Sin embargo, su continuidad fue interrumpida cuando Manet encontró el cadáver de Alexander que se había colgado en el estudio, sin dejar ni una nota que explicara su decisión final.

El incidente afectó tanto a Manet que se trasladó a un nuevo estudio en la rue Victoire, donde completó “Muchacho con cerezas”, una de las primeras obras que expuso. En 1864, Baudelaire escribió el poema en prosa “La cuerda”, en *El Spleen de París*, inspirado en el suicidio de Alexander, y dedicado a Manet.

#### EL BEBEDOR DE ABSENTA

1859-1867; 181 X 106 cm

“El bebedor de absenta” fue rechazado en el Salón de París por muchas razones. El tema “baudeleriano” de un vagabundo borracho ofendía la moral pública, y la pintura a base de pinceladas sueltas y muy poco definidas -sin precedentes en una obra de esta índole- escandalizó a los críticos.

(La absenta era un licor fuerte y altamente alucinógeno. Actuaba en el sistema nervioso central, provocando intoxicación y delirio, y pudiendo causar locura. La absenta era servida de fuentes que se encontraban situadas detrás de las barras en los cafés. Se “colaba” el licor a través de una cucharada de azúcar antes de que cayera al vaso)

El Ácido observaba paciente a Lavetusta que se había sumergido en la lectura de la guía, olvidando el pepito de ternera que pronto se fue transformando en una masa sanguinolenta e inmundada sobre la porcelana del plato. Finalmente Lavetusta cerró el libro y empezó a hablar torrencialmente sobre el caso de Rody Bolívar Anchorena, detenido en Barajas “disfrazado” (bien lo apuntó la gordita Loewe en VIP’S) de “El bebedor de absenta” como buscando llamar la atención...y la mirada desafiante, directa, en la foto de las portadas, como la de los personajes retratados por Manet... y la historia del amante muerto, su modelo Alexander, del mismo nombre que el “Muchacho con cerezas”... y la reproducción del cuadro en los Apartamentos Colón ... y el perico escondido... y la documentación y las agendas... y lo que Rody Bolívar Anchorena le había confesado a Pepe el Cojo: “He venido a matarme bebiendo y follando, pero antes tengo que cumplir la promesa que le hice a Alexander”.

El Ácido interrumpió el monólogo haciéndole notar que los soldados extremeños colindantes estaban salidos como monos y encervezados hasta las orejas disfrutando del “primer día de permiso”. Uno de ellos se levantó y anunció a sus colegas y al mundo: “Voy a mear” y llevándose por delante un par de sillas, entró en El Brillante buscando los servicios. El Ácido lo siguió al minuto, bajó las escaleras y se metió en el váter muy post-guerra, baldosines de porcelana y meadero sin divisiones.

Allí estaba, la cabeza contra la pared, meando y vomitando sobre los baldosines, sobre el uniforme y sobre el Ácido, que impidió que el soldado cayera al suelo, sosteniéndolo por la cintura. El soldado continuó vomitando con la mano de el Ácido en la frente. Se repuso con esfuerzo. El Ácido abrió el grifo de la minúscula pila y el soldado metió la cabeza bajo el chorro de agua. Después se echó a llorar. Apoyó la espalda en la pared y fue deslizándose (“en cámara lenta, conmovedor”, contaría el Ácido) hasta quedar sentado sobre el suelo empapado, con la cabeza oculta entre las piernas recogidas, convulso y fetal.

“Tranquilo, tranquilo, no pasa nada”, le dijo el Ácido. El soldado se puso en pie, se volvió a zambullir bajo el grifo e intentó recomponer un poco la imagen y mantener el tipo. Se arregló un poco el uniforme lleno de lamparones y se dejó guiar por el Ácido.

“¿Que le ocurre?”, preguntó un camarero al ver emerger desde el subsuelo al Ácido sosteniendo al soldado extremeño: “Nada, un par de cervezas de más, a cualquiera le puede pasar”, contestó el Ácido sin dejar de caminar hacia la terraza. “Si no la saben mear, que no la beban”, dijo una señora, birra en mano, desde la barra.

Lavetusta y los reclutas extremeños dejaron sus mesas al verlos llegar. Sentaron al soldado que comenzó a frotar con una servilleta, obsesivo, la chaqueta del uniforme y fue entonces cuando el Ácido (secundado por Lavetusta) propuso una sección de lavado y secado rápido en su domicilio.

En pocos minutos, los tres soldados extremeños, el Ácido y Lavetusta, caminaban hacia Antón Martín. Al pasar frente al cine Doré, el Ácido preguntó: “¿Alguno vio *Sed de mal*?”. Los soldados lo miraron sorprendidos, un poco asustados. “¿Es de terror?”, preguntó el soldado borracho que, aunque ya estaba casi sobrio, continuaba aferrado al brazo de su salvador. “En cierto modo, sí”, contestó el Ácido. “Me flipa el terror”, dijo el soldado.

Giraron en Cañizares, el Ácido saludó a unos gitanillos que hacían palmas en la acera de Casa Patas y abrió el portalón de la antigua entrada de carruajes. Ascendieron entre risas los cuatro tramos de escalera y entraron. Así como el apartamento de Lavetusta era el reino de la oscuridad y el caos, el piso del Ácido era un oasis de luz y funcionalidad, casi japonés por lo despojado: pocos muebles, largos sillones, una vitrina con juguetes eróticos, un equipo de música, vídeo y luces apropiadas. Y un lujo de cocina nada japonesa, enorme, con una mesa central de mármol que parecía un bodegón, con quesos bajo campanas de cristal, cestas de alambre con huevos, fruteros con manzanas y naranjas... y, colgados de ganchos, en los muros: chorizos, morcillas, cecina, botillos, un par de jamones, ristra de ajos y guindillas (el Ácido nació en un caserío de Rentería-Orereta-Erreñería y había reproducido fielmente la cocina familiar).

El Ácido era un magnífico anfitrión: puso a disposición de los soldados los mandos oportunos para que se hicieran cargo del equipo de música y vídeo, encargó a Lavetusta la preparación de un abundante tentempié y se llevó al soldado manchado hacia su dormitorio, donde procedió a desnudarlo y a cubrirlo con un blanco albornoz. Marchó posteriormente al lavadero con el uniforme, eligió

un programa adecuado y puso en marcha la lavadora. El soldado en albornoz iba tras él como un cachorro agradecido.

En el salón, Lavetusta -que pasó totalmente de las ordenes de el Ácido respecto a preparar un tentempié- liaba canutos sin pausa y los soldados bailaban al son de La Polla Record. Simultáneamente, en el vídeo comenzaba “Hello Mary Lou”, en onda *Carrie* vengadora de serie B.

*(Universidad de Hamilton. 1977. Marie Lou va a ser elegida Reina del Baile de fin de curso. Momentos antes de la coronación, su novio Bill la sorprende follando con Buddy, un compañero de clase. Al más puro estilo calderoniano, Bill lava su honor mancillado arrojando un petardo sobre la muchacha: transformada en tea la infiel muere delante de todos. Universidad de Hamilton. 1987. Vicky, hermana de Marie Lou (interpretada por la misma actriz, claro), es la perfecta candidata para ser la Reina del baile (anhelo irrenunciable de toda jovencita yanqui, según el cine de teenagers, el más apropiado para engatusar ‘jóvenes’, según el Ácido), pero el espíritu de Marie Lou -al parecer, incombustible- se reencarna en Vicky).*

Mientras la venganza de Marie Lou se consuma en la pantalla, el Ácido y su soldado se afanaban en la cocina metiéndose mano y eligiendo los chorizos y morcillas más apropiados. El soldado cortaba pan y llenaba bandejas con queso y jamón y el Ácido elegía los vinos.

Cuando entraron en la sala los soldados continuaban bailando, pero ahora al ritmo de “Spanish Shuffle” de Tam Tam Go: “aunque canten en inglés son de Jerez de los Caballeros”, informó orgulloso uno de los soldados extremeños a Lavetusta.

El Ácido y el soldado en albornoz pasaron las bandejas y empezó *la grande bouffe*. Los soldados habían perdido cualquier atisbo de timidez, se quitaron chaquetas y camisas y contaban golosas historias sucedidas en El Goloso, el cuartel en que “se hacían hombres” sirviendo a la patria y a buena parte de la oficialidad.

Las historias que contaban tuvieron la virtud de sacar a Lavetusta del adormecimiento y empezó a preguntar detalles sobre la cotidianidad cuartelera. Lavetusta aborrecía a los militares casi tanto como a los curas, pero le atraían por igual los seminarios y cuarteles. Aseguraba que eran los sitios con más maricón por metro cuadrado. Tapados y represores, por supuesto, militares como Marlon

Brando en *Reflejos en un ojo dorado*, de Huston, espiando al soldado que cabalga desnudo; curas como el primer amor de Carmen Maura en *La ley del deseo*, de Almodóvar.

Le atraía la atmósfera cargada de monasterios y cuarteles, tanta competencia varonil, tanto medirse la polla a cada instante; pero, también, tanta camaradería frente a los superiores, tanta complicidad, tanta disponibilidad para la amistad.

Los muchachos continuaron contando alegrías. En el vídeo la venganza de Marie Lou se consumó hasta las brasas. El Ácido interrumpió la charla castrense y anunció un “clásico”: *Frankenstein y el monstruo del infierno*, de Terence Fisher, con el gran Peter Cushing. Colocó la cinta de vídeo, bajó las luces creando el clima y se sentó junto al soldado en albornoz quien, a su vez, invitó a sus colegas y a Lavetusta. Arracimados en el gran sillón, se dispusieron a disfrutar temblando.

*(Frankenstein y el monstruo del infierno: Tras ser detenido y juzgado, el joven y prometedor Dr. Helder es enviado a un centro de reclusión para enfermos mentales peligrosos. Su delito: experimentar con cadáveres. Helder no tardará en descubrir que el director de dicho establecimiento no es otro que el Dr. Frankenstein. Unidos por un mismo propósito, consiguen crear una nueva y monstruosa criatura que, desagradecida, logra escapar)*

Para cuando la criatura (de Frankenstein y Helder) logró escapar, los soldados ya estaban sin camisa ni pantalones y Lavetusta se afanaba entre sus piernas mientras el Ácido y su acompañante en albornoz se perdían por el pasillo.

## **CAPÍTULO VIII**

Cuando Pepe el Cojo entró en el Figueroa, la Peyreffite disertaba sobre su tema preferido, que pronto sería portada en *Bésame imbécil*: “Jaumandreu, el mártir despeinado”, el espejo en que gusta mirarse: “Mira, querida (decía, dirigiéndose a Emilio la Teóloga e indicando una silla a Pepe el Cojo, resignado a pagar el tributo de silencio exigido por la reliquia better), recuerdo que cuando Jaumandreu llegó a

París, lo arrastramos al Louvre para culturizarlo un poco, que parecía mentira, le dijimos, que una loca tan talentosa como ella, fuera tan indiferente ante las manifestaciones del Arte. Así éramos las locas de entonces... Creíamos en la ALTA CULTURA .. Jaumandreu, no: ella prefería la ALTA COSTURA, y fue el mejor. Pero a lo que íbamos, lo arrastramos al Louvre y lo enfrentamos a la Venus de Milo. Después de mirarla con desprecio y mirarnos de igual modo abrió su maravillosa boca de sapo y dijo: 'cómo les puede gustar esta gorda ordinaria', fue su único comentario. Lo confrontamos con Mona Lisa... y casi muere de risa. Desistimos.

Muchos años después se disculpó en cierta forma ante nosotros, a través de la biografía que dictó a la Galloti (una periodista loca-mujer): *La cabeza contra el suelo*, y nos explicó lo que no nos dijo entonces: 'No me gustan los museos. Lo que a mí verdaderamente me gusta y me impresiona, en París, en Barcelona, en Buenos Aires, en Cali o en Tombuctú, es el torso desnudo de un muchacho que se juega la vida en un andamio...Me gusta la belleza de las piernas de hombres fuertes, como columnas, encerradas en un jean, o la piel curtida de un mulato que acarrea bolsas en el puerto de Veracruz, o el encanto y misterio que se desprende al paso de una mujer hermosa envuelta en pieles, atravesando de madrugada, sola, el vestíbulo de un hotel en la Riviera... Todo eso me impresiona y me calienta... Jamás, jamás, esa gorda ordinaria con el culo como una palangana de kilombo paraguayo, por más de Mileto que digan que es. Así soy y así seré”.

Emilio la Teóloga aplaudió el monólogo y Pepe el Cojo esperó a que la audiencia comenzará. “Así soy y así seré”, repitió la Peyreffite mirando a Pepe el Cojo que respondió con besamanos y sonrisa desarma-locas. La Peyreffite preguntó: “¿Cómo está mi querido hermano, Lola Penales?”. “¿Sigue tan loca como lo recuerdo?”. Pepe el Cojo contestó: “En la línea familiar, supongo... ya te contaré”, agregó guiñando un ojo a la Peyreffite para advertirle de la presencia de Emilio la Teóloga, famoso por sus indiscreciones. La cotilla aludida en el guiño captó el mensaje e indignada se trasladó a la mesa de las Gays Crist: un grupo de locas militantas cristianas que pretendían aunar el puterío y la misa, el paraíso terrenal de los cuartos oscuros y la gloria celestial. En un sinvivir vivían, amenazadas por el Antiguo Testamento: “No te echarás con varón como con mujer: es abominación... Y os digo... Escuchad bien que el que avisa no es traidor: y cualquiera que tuviera

ayuntamiento con varón como con mujer; abominación hicieron y por ello, entrambos han de ser muertos”.

Emilio la Teóloga (sin medir, como siempre, la consecuencia de sus palabras y rompiendo por una vez su costumbre de dar malas noticias) decidió levantarles la fe alicaída comunicando la buena nueva redentora, que, de confirmarse, les abriría para siempre el reino de los cielos. Había sido informado a su vez por un chapero brasileño que en la víspera se folló a la Paleojipi en la sauna Adán. Así fue como Gays Crist recibió en el Figueroa la noticia de las apariciones de Santa Marica, como fue inmediatamente bautizada la virgen que se aparecía en Sodoma, el albergue rural gay a orillas del Alberche.

El impacto de la noticia arrojada sobre las mesas del Figueroa por Emilio la Teóloga, fue enorme. Las Gays Crist cayeron en un singular estado de ánimo: una mezcla de sentimientos que oscilaban de la incertidumbre a la euforia, del desasosiego al éxtasis. La semanal reunión del grupo de locas cristianas, siempre tan aburridas, se había animado de golpe. Pronto se desató un debate apasionado y se formaron tres grupos muy definidos: “Las beatíficas”, grupo compuesto por la Bernardette, muy Pier Angeli, muy Audrey Hepburn; la Juana de Arco, muy Sigourney Weaver contra Alien; y Agustina de Aragón, ex-legionario y actual transformista, muy Aurora Bautista; “Las escépticas”, grupo compuesto por Emilio la Teóloga, funcionario, estudiante de teología en el seminario de Madrid (“el Vaticanito”) y no por eso menos trotona desatada; y mosen Antoni, más conocido como la Moreneta, sacerdote en excedencia y psicólogo clínico, uno de los mejores clientes de la agencia de chulos de Pepe el Cojo; y “Las negadoras”, grupo compuesto por la Ratzinger, también llamada la supernumeraria por su pertenencia a la Orden; y la Almudena, activo colaborador de la asociación “Terminemos la Almudena”, empeñada en concluir el despropósito de tal nombre.

Los argumentos esgrimidos por los tres bloques quedaron reflejados en el acta de la reunión que tomó la Secretaria, una loca que tuvo la desgracia de estudiar Secretariado y saber taquigrafía, explotada sin piedad por las militantas de la agrupación inscrita en el registro de asociaciones bajo el nombre de Gays Crist.

ORDEN DEL DÍA PREVISTO FUE MODIFICADO ANTE LAS RELEVANTES NOTICIAS APORTADAS POR EMILIO LA TEÓLOGA.

TEMA MONOGRÁFICO A DEBATIR: SANTA MARICA

INTERVENCIONES

La Ratzinger asegura que estamos ante un claro montaje fraguado por una loca fumeta y su chulo francés, anarquista o algo peor.

Emilio la Teóloga dice que si bien es cierto que las apariciones de Santa Marica en Sodoma son un caso raro, no es menos cierto que el santoral abunda en rarezas. Agrega que, por otra parte, no son de recibo las argumentaciones de la Ratzinger, que lesiona el buen nombre de terceros (léase el chulo francés y la Paleojipi) que no pueden defenderse.

La Ratzinger interviene por alusiones y dice a Emilio la Teóloga que él, cuando habla, sabe muy bien lo que dice, que no habla por hablar como otras, y que la Paleojipi es una fumeta y su novio un chulo francés, es una verdad objetiva como un templo. No está seguro, en cambio, de lo de “anarquista o algo peor” y pide que dicha afirmación no figure en acta. Se ratifica en todo lo anterior.

La Almudena apoya las manifestaciones de la Ratzinger y asegura que ella está convencida de que la virgen jamás elegiría a dos depravados como la Paleojipi y su chulo francés para manifestarse.

Solicita la palabra mosen Antoni, la Moreneta, y dice que el tema fundamental a discutir no es la moralidad ni la idoneidad como interlocutores de los propietarios de Sodoma, sino la aparición de Santa Marica en sí. Dice no compartir la opinión de la Ratzinger y de la Almudena. Recuerda que Dios y su madre gustan hablar por boca de los más despreciados de la tribu y promete reflexionar sobre el asunto.

Las beatíficas Bernardette, Juana de Arco y Agustina de Aragón respaldan la posición del sacerdote catalán en excedencia y proponen una visita a Sodoma lo antes posible, ya que no es cosa de hacer esperar a la Santa Madonna.

La Atea (la incluyo en el acto como “observador”, pues no es miembro de Gays Crist aunque se folle a una sus integrantes) dice: “Honestamente, yo, como ateo practicante, debería inhibirme en estas cuestiones. Pero, si me lo permiten, me gustaría decir que vosotros, como creyentes declaradas que sois, deberíais acudir cuanto antes a Sodoma ¿Y si fuera cierto que Santa Marica se le aparece al chulo de la Paleojipi? ¿Y si finalmente las plegarias hubiesen sido atendidas y las locas pudieran optar a ocupar un lugar destacado a la diestra del Mesías gracias a la intersección de su santa madre que eligió el Alberche como escenario para entonar su Hosanna mariquita?... Si yo fuera creyente, ya estaría en Sodoma”.

La Atea agradeció a Gays Crist que se le hubiera permitido intervenir. La novicia Bernardette dijo que Santa Marica en su enorme bondad también tendría un lugar en su regazo para las locas ateas. Agregó que personalmente ella lo tenía y deseaba que constara en acta.

Posteriormente, a pedido de Agustina de Aragón, se solicitó a mosen Antoni, la Moreneta que, en calidad de sacerdote en excedencia, narrara para las menos puestas en temas sacros, el episodio bíblico de Sodoma. Y asimismo explicara por qué la virgen se aparecía en un sitio con semejante nombre.

Mosen Antoni, suspiró profundamente, y dijo: “Tal vez sea una señal. Nunca se sabe. Si lo sabré yo. Sodoma. Cuántos recuerdos me trae tu nombre. En ese entonces yo estaba atravesando una de mis crisis de fe. Como me conocéis no es necesario contaros cuál era el motivo ni cuáles eran las medidas del atributo del motivo. Lo cierto es que yo andaba con una de mis crisis y como terapia me metí en el cine. Abrevio: *La noche de la iguana*, de la divina Tennessee, con la acelga hervida Deborah Kerr, una perra de mucho cuidado, con pinta de no romper un plato, una verdadera perversa... y la gran zorra que siempre quise ser, Pandora, Ava, follándose unos mulatos de ensueño en la playa y al son de las maracas. Abrevio más: en la peli aparecía también Burton haciendo de cura en excedencia (mi caso, actualmente), trabajando de conductor de autobús en una excursión turística a México de loros yanquis entre las que había un tortón reprimido y una zorrezna llamada Sue Lyon que se quería follar al cura. Salí del cine como en trance. Volví a la parroquia y escribí de un tirón el sermón del domingo. Lo escribí creyéndome Richard Burton en la famosa escena en la que llama hipócritas a sus feligreses. Igual que él me sentí. Terminé el sermón al que titulé “Sodoma y Gomorra, doble

excusa” y por primera vez en muchos años respiré en paz. El domingo enfrenté a la fieras. Fue mi último sermón que, como siempre, intentaré sintetizar. Así que, contando con vuestra benevolencia, permitid que me persigne. Es una vieja costumbre que no he logrado desterrar. Sodoma, ay Sodoma, vamos allá.

En el capítulo 19 del Génesis se cuenta que dos forasteros llegan a Sodoma y piden hospitalidad a Lot, patriarca judío. Lot los acoge en su casa ignorando que los extranjeros son, en realidad, dos ángeles enviados por el Señor. De pronto, según el Génesis, se escuchó un tumulto en la calle, a las puertas de la casa de Lot. Todos sus vecinos estaban allí: ‘Los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo, desde el más joven hasta el más viejo’ pidieron a Lot que se los entregara. ‘¿Para que los queréis?’, pregunto Lot. ‘Para follarlos’, contestaron los varones de Sodoma. Lot, para quien las leyes de la hospitalidad son sagradas, se niega y ofrece a cambio, para contentar y calmar a la turbamulta, sus dos hijas, vírgenes a estrenar. Pero los varones de Sodoma (siempre según la Biblia) no quieren follarse a las hijas de Lot que, al fin y al cabo, son del pueblo y están disponibles a cualquier hora. Sodoma quiere follarse a los ángeles. Como Lot se niega a entregarlo, los varones de Sodoma se follan a Lot.

Viendo lo ocurrido a su protector los ángeles recomiendan a su superior una purificación drástica y generalizada a base de azufre y fuego. Anuncian la inminencia de la hecatombe a Lot para que se ponga a salvo con toda su familia, aconsejan no mirar atrás y el resto ya lo conocéis: la mujer de Lot se da la vuelta y zas, en estatua de sal te convertirás.

Y aquí surgen las preguntas obvias: ¿todos los varones de Sodoma *entendían*? ¿desde el más joven al más viejo?... No, hermanas, no. El asunto de Sodoma es un invento burdo, una excusa, un pretexto para condenar el mariconeo. Salvando las distancias y que valga como símil: el incendio del Reichstag en Berlín, atribuido falsamente a los comunistas para comenzar el show de Adolf. Sinceramente, si yo fuera la virgen también elegiría Sodoma para manifestarme”.

Finalizado el sermón informativo de mosen Antoni, la Moreneta, se pasó a votar la propuesta de visitar Sodoma para comprobar in-situ las apariciones marianas. Se aprobó por mayoría con dos votos en contra (la Ratzinger y la Almudena) y una abstención (la Atea)

Quien suscribe (la Secretaria) votó favorablemente la propuesta. Y luego de transcribir fielmente la opinión de los participantes en la reunión, decide consignar en este acto su renuncia indeclinable como “Secretaria de Actas”. Motivos: “Estoy harta”.

Invocando a Santa Marica/ la Secretaria.

Pepe el Cojo decidió esperar la llegada de Lavetusta para contar todos los detalles de la entrevista con Lola Penales, el abogado defensor de Rody Bolívar Anchorena. La Peyreffite, después de preguntar vaguedades sobre la vida de su hermano, la padra penalista, y para erudizar la espera, castigó a Pepe el Cojo con otra anécdota parisina de su ídolo: “Mira Pepillo, digan lo que digan esas delirantes (señaló con un gesto la mesa en la que se debatían las apariciones marianas en Sodoma), yo no necesito ir al Alberche para creer en Santa Marica, ya que la conocí en persona, era Jaumandreu. Una verdadera santa.

Te cuento: ya te dije que queríamos culturizarlo a toda costa. Imposible. Nos rendimos y fue él quien nos cultivó a nosotros arrastrándonos todas las noches a Madame Arthur, un cabaret de maricones. A la semana de llegar a París controlaba todos los garitos y conocía por su nombre a lo más granado del malandrínaje.

En ese entonces nadaba en oro. Y despilfarraba en consecuencia. Una tarde llamó a mi hotel: ‘Nena, esta noche doy una cena para veinte invitados en el George V, ponte mona’.

El Hotel George V, en esos años, te estoy hablando de los primeros 50, era un sitio súper-bien y se comía de maravilla, como se comía antes en París. Chic sin cuento, Pepillo. En el exclusivo restaurante del George V Jaumandreu había reservado una larga mesa para sus veinte invitados. Exigió adornos florales rosas y que los pequeños estuches con los regalos para los invitados (pulseras de oro, para ellas; encendedores de oro, para ellos) se colocaran sobre servilletas rosas.

Y llegaron los invitados. Años después Jaumandreu lo recordó en su autobiografía. La he leído tantas veces..., y cada vez que la leo vuelvo a vivir aquellas noches cuando cantábamos: ‘Si quieres una vida tranquila, ay Mimí, Mimí/ No vengas a París, ay Mimí, Mimí...’

En aquellos días había entrado en vigor una ordenanza por la cual se les prohibía a los travestís el uso de faldas en la vía pública. Pero como en París no hay

ordenanza que valga y siempre se impone el ingenio y la gracia, los travestís reemplazaron las faldas por pantalones de terciopelo bordados con paillettes e iban adornados con pieles y plumas. La ordenanza no prohibía eso. Con sus pestañas postizas y con sus melenas de ensortijados bucles, usando zapatos de tacones Luis XV, del brazo de sus chulos, hicieron su entrada triunfal en el encopetado restaurante del George V”.

La Peyreffite suspiró y se quedó traspuesta mirando el infinito. Pepe el Cojo respetó sus ensoñaciones. Desde el infinito emergió Paco Lavetusta. Luego de haberse disculpado mil veces por el retraso, fue informado sobre las novedades del caso en plan telegrama. Dijo Pepe el Cojo: “Estuve con Lola Penales. Le conté el caso. Aceptó representar a Rody, de quien, por otra parte, es un ferviente admirador. Incluso tiene obra suya (una serie de chicos en pelota fotografiados en Taormina). Mañana lo verá en Carabanchel”.

La Peyreffite exclamó: “Mi pobre hermano, qué desperdicio. Si no fuera tan convencional sería una loca perfecta y vanguardista. Ama el arte. También es cierto que comprando arte aprovecha para blanquear dinero, pero, en fin, una cosa no quita la otra, tiene un gusto excelente. Así que si le gusta la obra de esa pobre loca presa, seguro que lo defiende bien... para aumentar su colección”.

Emilio se acercó a la mesa y dijo a Lavetusta: “Podrías reunirte un minuto con nosotras, tenemos algo importante que consultar contigo”. Y, agregó mirando a Pepe el Cojo: “Lamento interrumpir”. Lavetusta siguió a Emilio la Teóloga. Las Gays Crist le pusieron al tanto del debate mantenido sobre Santa marica y la decisión de visitar Sodoma para verificar *in situ* el fenómeno. Después de la visita Gays Crist emitiría un comunicado a los medios fijando su posición ante el, hasta ahora, presunto milagro. Pero, por supuesto, habían pensado en Lavetusta y querían ofrecerle la exclusiva de la visita inminente a Sodoma.

Lavetusta se comprometió a llevar el tema a la reunión de redacción de *Conmoción*. Emilio la Teóloga quedó como enlace permanente para fijar día y hora de la excursión al albergue gay. Lavetusta exigió como contrapartida que Gays Crist admitiera la presencia de un fotógrafo, condición indispensable para realizar el reportaje: “Hay que dar la cara de una vez por todas. Si Santa Marica no tiene reparos al mostrarse trepada a una encina, no sé porque a vosotras os da tanto miedo salir en los papeles”.

## CAPÍTULO IX

Pepe el Cojo vino a rescatar a Lavetusta de la audiencia con las trastornadas cristianas. La Peyreffite ya se había retirado (tenía una cita en el Dumbarton con una vieja amiga y su chulo cincuentón). Pepe el Cojo y Paco abandonaron el Figueroa y bajaron hasta Pelayo. En la barra del Santander vieron a Ibrahim. Entraron. Pidieron lorenas, volovanes, mejillones rellenos (tigres) y cervezas. Hicieron unas risas. Ibrahim comunicó a Pepe el Cojo que dos gorilas habían estado por el gueto y le habían preguntado por él.

Lógicamente les dijo que no tenía ni idea de por dónde andaba. Los gorilas no se lo tragaron, pero no insistieron. Eso sí: dejaron un mensaje. “¿Cuál?”, preguntó Pepe el Cojo. “Que te conviene contactar con ellos”, dijo Ibrahim. “¿Dónde?”, preguntó Pepe el Cojo. “En Joy Eslava”, informó el chaperillo. “¿Cuándo?”, dijo su promotor. “Esta noche. A las tres”, contestó Ibrahim y sonrió (Lavetusta recordó un poema, “Intercambio” escrito en Casablanca en una postal que envió al Ácido: “Me pidió un dirham pour l’entrée/ y me regaló una sonrisa que n’avait pas de prix”). Pepe el Cojo y Lavetusta se despidieron de Ibrahim y buscaron un lugar tranquilo. Decidieron entrar en El Torito que recién abría. Al Torito solían acudir pocas locas y era el único lugar en el que Pepe el Cojo y Lavetusta podían sentirse a gusto sin la interrupción de personajes y personajes a cual más exigente.

“Voy soñando con tus besos por el callejón del agua/ no me despiertes del sueño campana de la Giralda”. Lole y Manuel les dieron la bienvenida a El Torito. El Poligonero, en cuanto los vio, les puso las Mahou. Pasaron a la sala del billar y se liaron dos canutos, uno cada uno, sentados en un sofá desvencijado recogido de la basura. Era uno de los ritos (solo para ellos) que sustentaban su amistad (que, sin embargo, comenzó de la peor manera posible: peleando por un chongo argentino que había llegado a Madrid para “hacer las Europas” y terminó haciendo la carrera en la esquina del Gijón). En silencio: cada uno atento a la ceremonia del liado. Pepe el Cojo y Lavetusta terminaron al mismo tiempo las dos trompetas bien cargadas del mejor chocolate del planeta (el que, desde siempre, se ha fumado en Madrid

gracias a los abuelos legionarios que difundieron su uso y abuso al volver de Marruecos) y cada uno entregó al otro el resultado de su arte. “Cada vez los haces mejor”, dijo Lavetusta. “El tuyo tampoco está mal, se ve que tuviste un buen maestro”, vaciló Pepe el Cojo que fue quien enseñó a Lavetusta el difícil arte del liado perfecto. “El mejor”, lo aduló el otro.

Y, luego, el encendido simultáneo y a dejar vagar los ojos por la escenografía de El Torito, única y sorprendente (“kitsch-fisiculturista-calé”, según el Ácido): en un espacio reducido, colgando de un sobre techo de alambre de gallinero, los objetos más inverosímiles: ruedas de bicicleta, muñecas de plástico mutiladas, un camión de hojalata, latas de cerveza procedentes de todo el mundo, matrículas de coche, una ristra de rulemanes, cadenas, ganchos, nudos marineros... Y en los muros, carteles de corridas de toros, retratos de Camarón y “La Chiquita Piconera”, de Julio Romero de Torres (que, por cierto, tenía su estudio en esta misma calle, Pelayo, donde ahora se erige el edificio modernista de la SGAE).

El Poligonero, después de Lole y Manuel, dedicado especialmente a ellos, pinchó: “El pirata Cojo”, de Joaquín Sabina, la canción preferida de Pepe el Cojo y Lavetusta. El único Himno digno de ser entonado por ambos (ácratas como eran, abominaban de todos los himnos, de todas las patrias y de todas las banderas, menos de una, claro).

Empezaba Pepe el Cojo : “No soy un fulano con la lágrima fácil...”. Seguía Lavetusta: “... de esos que se quejan solo por vicio...”. Y así seguían eligiendo lo que preferían ser si les dieran a elegir la vida que querrían vivir: “Al Capone en Chicago/ legionario en Melilla/ pintor en Montparnasse”, decía Pepe el Cojo; “Mercenario en Damasco/costalero en Sevilla/negro en Nueva Orleans”, contestaba Lavetusta... Y seguían a dúo: “Viejo verde en Sodoma/ deportado en Siberia/ sultán en un harén.../ ¿Policía? Ni en broma/ triunfador de la feria/ gitanito en Jerez...” y llegaban al clímax junto al Poligonero, que terminaba uniéndose: “Pero si me dan a elegir/ entre todas las vidas, yo escojo/ la del pirata cojo/ con pata de palo,/ con parche en el ojo,/con cara de malo,/el viejo truhán, capitán/ de un barco que tuviera/ por bandera/ un par de tibias y una calavera...”

Después de Sabina y el porro, solo entonces, decidieron hablar de lo que se traían entre manos ahora que se estrenaban en el mundo criminal por la puerta estrecha del trapicheo amateur. Decidieron analizar la situación y planear la

estrategia más adecuada. Lavetusta sacó del macuto la guía de arte dedicada a Manet que le había pasado el Ácido en el Brillante de Atocha. Enseñó a Pepe el Cojo las reproducciones de “Muchacho con cerezas” y “El bebedor de absenta”, y le puso al corriente sobre las telas y su génesis.

Pepe el Cojo opinó que sería oportuno asistir al encuentro propuesto por los gorilas en Joy. Lavetusta le contó con lujo de detalles la caracterología de los dos gorilas de azul: Pija de Oro, un machirulo porteño enamorado (de Putón Caro), y el Gorila al que le gustaban los pendejos, sin omitir la escena vivida con el último en los servicios. También le describió a El Viejo (“se parece al comisario interpretado por Orson Welles en *Sed de mal*) y a Putón Caro (“una tía extrañísima, de pelo rojo y cara con trampa, un cruce entre Bárbara Stanwick y la mujer pantera, que se folla a Pija de Oro y se venga de El Viejo, su propietario, encasquetándole una merecida cornamenta”).

Pepe el Cojo opinó que no acudir a Joy como indicaron (a Ibrahim) los gorilas, sería dar una muestra de debilidad nada recomendable a la hora de empezar a negociar. Por tanto, iría. Lavetusta dijo que él también estaría allí: “...aún no nos relacionan al uno con el otro... no hay riesgo... por otra parte, yo tengo que arreglar un asunto pendiente con el Gorila al que le gustan los pendejos”. Finalmente decidieron que lo más indicado era entrar en Joy, cada uno por su lado, para no despertar sospechas ni desatar asociación libre alguna en las cabezas de los gorilas y en la de El Viejo. Terminaron una ronda más de cervezas y salieron de El Torito “más contentos que unas pascuas” (expresión made in Emilio la Teóloga).

En la calle, saliendo del Troyans, se encontraron con Manos, un virtuoso del azote, autodidacta total, de origen campesino. Poseía Manos una fama bien ganada en el cerrado círculo de los degustadores del dolor-placer. Era requerido habitualmente para sesiones privadas y/o públicas en las que azotaba con arte insuperable. No utilizaba ningún tipo de elemento auxiliar (látigo, fusta, cachiporra, puntero, cadena, sogá, cilicio...): le bastaban sus maravillosas manos (“La Buonarotti y la Leonardo hubieran hecho moldes de las manos de Manos”, dijo el Ácido que una vez contrató sus servicios para amenizar una de sus “famosas” fiestas).

Lavetusta y Pepe el Cojo lo admiraban profundamente. Manos descubrió su tendencia-vocación en las condiciones más adversas. No tuvo la ayuda de las sado-

maso instruidas, versadas en Sade y Bataille, suscriptoras de revistas especializadas, compradoras de artilugios por correo. Las sado-maso instruidas podían reconocerse e inventarse reflejadas en múltiples espejos; Manos, no. Manos tuvo que hacerse a sí mismo.

Manos nació bajo tierra, en un silo, en Villacañas, un pueblo de La Mancha profunda, profundísima. Tan profunda que hasta hace nada (antes de transformarse en una importante referencia en la industria de puertas y muebles) la gente vivía bajo tierra, en silos que cavaban las familias y que se iban agrandando a medida que nacían los hijos. De allí salió Manos. De las profundidades. De lo abisal manchego. ¿Cuándo empezó a darse cuenta de su particularidad? ¿Cuándo y con quién estrenó su don?: “Bajo tierra pasan muchas cosas”, contestó Manos cuando Lavetusta tuvo la ocurrencia de interrogarlo al respecto.

Lavetusta, una noche de borrachera, decidió el destino de Manos, al escribirle un anuncio en ABC que despertó la curiosidad de muchos de sus futuros azotados. Tuvo la astucia de indicar a Manos que lo insertara el día en que salía el suplemento religioso “Alfa y Omega” (“... allí, en sus píos lectores, Manos, hay un nicho de negocio a explotar”, le asesoró el periodista).

El anuncio fusilaba una frase de *Elogio de la azotaina* de Jacques Serguine: “No se trata de hacer daño, sino de hacer el daño suficiente, en el interior limitado y espacioso de una convención: es lo contrario de la crueldad”. *Ponte en manos de Manos. Recibirás los azotes que mereces. Discreción Absoluta. Hotel y Domicilio. Se aceptan tarjetas de crédito.*

Manos les comentó que estaba pasando una muy buena racha profesional. No solo atendía a sus clientes habituales (muchos de ellos, altos prelados, se los derivaba su mejor cliente: la Ratzinger), sino que, asociado con Puño, un amigo de la infancia silera-manchega, habían inaugurado un gabinete en la Torre Picasso. Manos explicó que se decidieron por el edificio inteligente, orgullo de AZCA: “ para estar más cerca del cliente, del corazón financiero-especulativo, donde se encuentra nuestro principal ... ‘nicho de negocio’”.

Manos los invitó a tomar una copa en LL. Actuaban esa noche dos locas folklóricas y dos strippers suburbiales. Las locas folklóricas remedaban burdamente a Sara Montiel y a la Pantoja. Para colmo se enrollaban como persianas

con el público. Como no era cosa de pasarse la noche escuchando a esas horribles criaturas carentes de talento y gracia, esperando a que aparecieran los strippers de extrarradio, Lavetusta y Pepe el Cojo se bebieron las cervezas, se despidieron de Manos y salieron del LL.

## CAPÍTULO X

Pepe el Cojo decidió pasarse por el Black and White para controlar un poco el negocio y Paco Lavetusta prefirió abrirse solo. Ajustaron la cita, a las tres, en Joy Eslava y se separaron al llegar a Gravina. Lavetusta recordó que había prometido a la Condesa Grushenka ir a verla en el Berlín Cabaret de La Latina. Miró el reloj. Faltaban tres horas. Decidió pasar por Adonis (aunque era consciente de que a esa hora habría poco movimiento). Remontó Hortaleza, cruzó Gran Vía por el paso subterráneo y llegó. Efectivamente, muy poca gente. Pidió una cerveza al Hombre Invisible (así lo bautizó Pepe el Cojo, cuando el barman apareció una noche con la cara absolutamente vendada después de una reyerta pasional, como escapado de la viñeta del cómic) y subió a la segunda planta en la que estaba instalado el minicine-porno y los cuartos oscuros.

Recordó al chico ausente con una intensidad brutal y lo convocó con toda la fuerza del deseo (“pensar en él es empalmarse”, escribió en una postal que envió al Ácido desde Tenerife, días después de conocer al chico ausente). En vano.

Solo dos espectadores en la pequeña sala y uno de ellos dormido. Recorrió los cuartos oscuros. Nada. Volvió al mini cine y se lio un canuto. Lo encendió. Al poco tiempo el espectador despierto se cambió de asiento y se sentó a su lado. Sin decir palabra Lavetusta le pasó el canuto. El espectador despierto dio las tres caladas reglamentarias, agradeció con inclinación de cabeza y retornó a su butaca.

En la pantalla tenía lugar una orgía californiana en una piscina (idéntica a aquella donde flota boca abajo el cadáver parlante, en off, de William Holden, guionista, aprendiz de gigoló de Gloria Swanson y mártir en *Sunset Boulevard*, otra pasión compartida con el Ácido).

El director tenía ciertas veleidades artísticas y los actores, antes del encule coral en la súper producción X, nadaban a lo Esther Williams y se la chupaban bajo

la superficie cristalina. Todo muy esteticista, a lo Hamilton (“un mentiroso cursi que hace porno blando para burgueses estreñidos y tan cursis como él”, decía el Ácido cuando se refería al cotizado fotógrafo de ninfas a lo Nabokov, Lolitas pasadas por la lejía de los filtros apastelados: “mas cursi que Sorolla el cursi”, añadía malvado).

Había tanta gente compartiendo plano que era difícil concentrarse en un culo, quedarse con una polla. Aquel amontonamiento le pareció que distraía la atención e impedía incluso la erección. Terminó el canuto y se fue quedando dormido, pero el chico ausente no se apareció en su sueño. Sueño extraño, en plano secuencia, a lo Tarkovsky, en blanco y negro, con mucha niebla...

Salió del sueño y vio al espectador dormido, absolutamente despierto, chupándole la polla, en cuclillas. Lavetusta, por cortesía, lo dejó hacer un largo rato, sin participar para nada en la historia. El espectador (antes dormido y ahora ofendido por la poca reacción obtenida a pesar de su empeño) regresó a su asiento y volvió a dormirse.

Lavetusta abandonó Adonis, con rumbo Antón Martín. Al pasar por Sol vio a Bárbara Plash, una ex ocupa alemana, corresponsal de la tele teutona en Iberia (cubría también Portugal). Lo llamó a gritos y lo invitó al estreno de *El Cardenal*, una pieza corta de cabaret que se estrenaba esa noche en La Ruina. “¿A qué hora?”, preguntó Lavetusta. “Ya”, dijo la corresponsal.

Un taxi los llevó a toda pastilla y los dejó en La Ruina. Lavetusta saludó a diestro y siniestro a militantes de la plataforma “Arrasemos la Almudena”: nacida para contrarrestar las acciones de la asociación “Terminemos la Almudena”, en la que militaban la Ratzinger y la Almudena (loca de igual nombre que la catedral inconclusa), miembros también de Gays Crist.

La plataforma “Arrasemos la Almudena” estaba constituida por varias asociaciones de gays y lesbianas y trans y bi y viceversas varias y por individuos e individuos a título personal. También se encontraban en La Ruina seguidores de Bob Marley y Antonio Escohotado y hasta un despistado miembro del Frente Sandinista de Liberación.

Bárbara Plash y Lavetusta (privilegios del cuarto poder) fueron ubicados en una mesa reservada al lado del diminuto escenario sobre el que tendría lugar el

estreno de “El Cardenal”, del colectivo teatral “Lillith y Caín”. Con la sintonía de “El pájaro espino” comenzó el espectáculo.

*En escena el cardenal Suquía se pasea por la Almudena, contemplando la inacabada construcción cardenalicia. Un obrero (con mono azul) trabaja subido a una escalera tijera. En off se escucha el ruido de una manifestación de gais, lesbianas, transexuales, bisexuales y feministas radicales. Cantan al ritmo de “Cuando los santos vienen marchando”: “Vamos a quemar, vamos a quemar, la conferencia episcopal/ vamos a quemar la conferencia, la conferencia episcopal...”*

SUQUÍA (mirando a OBRERO, pero hablando a la Catedral): La culpa la tuvo Tarancón. De haber llegado yo antes, ya estarías terminada. Madrid impía, capital cultural y sin una catedral como Dios manda y el Santo Padre recomienda para cobijarnos, bajo su criticada arquitectura, de los avances del neopaganismo.

MANIFESTANTES (en off): El papa no nos deja/comernos la almeja. Somos malas/ podemos ser peores...

*Aparece en escena una monja asustada por los gritos que llegan desde el exterior.*

-MONJA (a SUQUÍA): Monseñor, monseñor. Peor que en el 36... Amenazan con quemar la conferencia episcopal...

SUQUÍA (a la Catedral): Espera un momento que tranquilizo a esta exaltada y después seguimos... (y dirigiéndose a Obrero): Y usted, haga el favor de no distraerse que el tiempo apremia y para eso se le paga...

MONJA (a SUQUÍA): Peor que en el 36... Furias, ellas, monseñor; y ellos, mejor no hablar, de excomunió sin atenuantes...

SUQUÍA (a MONJA): Tranquila, mujer, tranquila... haga honor a su hábito, piense en Santa Águeda, piense en Santa Eulalia... Deje de temblar y póngame con el concejal Ángel Matanzo...

*Monja saca un teléfono inalámbrico y marca un número.*

MONJA (al teléfono): Puri... ¿Qué tal reina?... ¿Está tu jefe?... Ya, ya, ya me imagino que estará loco de contento... ¿Te lo dije o no te lo dije?, ¿recuerdas?... Sí, hija, sí, en la procesión de Cristo el pobre... Recuerda: te dije que Dios premia a los suyos... Pero 300 millones, hija, 300 kilos, ya me dirás... Vaya compensación celestial a través de la Lotería Nacional y sin gastar ni un duro comprando décimos,

una lista entera regalada por una lotera clandestina chantajeada por el linche de tu jefe, que sepas que aquí todos lo votamos en las últimas municipales... Pero como te decía, estará como loco, más contento que cuando echó a los feriantes de la Plaza de Santa Ana... Es lo que te digo y siempre le digo a "MI ÁNGEL".

*El aludido cardenal Suquía se vuelve sorprendido e indica a Monja, con gesto amenazante, que corte el rollo... En la calle se recrudecen los gritos al son de la charanga lésbica.*

MANIFESTANTES (en off, alternando "El himno de Riego" y "Cuando los santos vienen marchando"): Si Suquía y Matanzo supieran la paliza que les vamos a dar... Vamos a quemar la conferencia, la conferencia episcopal...

*Monja continúa hablando por teléfono con Puri, la secretaria del concejal Ángel Matanzo.*

MONJA (al teléfono): Claro que se lo merece, pero 300 millones... ¿Tienes idea, Puri, de la cantidad de zotal que se puede comprar con 300 kilos...? Tu Ángel, Dios lo ilumine, podría fumigar a las Magdalenas descarriadas de la Plaza Benavente, Montera y Desengaño, y aún le sobraría zotal para purificar Sodoma, Gomorra, Chueca y alrededores, Puri... Oye, por cierto, imagino que lo presionarás para que nos suelte un buen pellizco para terminar la catedral... Claro, mujer, claro, quién mejor que tú... No me vengas con esas ni te hagas la humilde... Se ve de lejos que ve por tus ojos... No, no, no... No discutamos, Puri... Comprendo perfectamente su situación... Ya sé que tiene muchos compromisos y que ahora le salen parientes pobres y necesitados de todas partes... Y es que hay mucho aprovechado... Ya, ya, Puri... Ya, pero no compares... Estamos hablando de la casa de Dios, Puri, y no de un dúplex...

*En la calle se incrementan las consignas y los cantos. La charanga lésbica ataca el Himno de Riego mientras las feministas radicales exigen: "Aborto libre y gratuito para Todas... También para las monjas". Harto de las manifestantes y de la charla de Monja, Ángel Suquía le arrebató el teléfono a esta última.*

MONJA (con gesto ofendido y mirando a Obrero): ¡¡¡Qué carácter!!!

SUQUÍA (al teléfono y a Puri, a quien imaginamos acojonada): Habla el cardenal Ángel Suquía, quiero hablar con el concejal Ángel Matanzo... Corra, es urgente.

*Un instante después.*

SUQUÍA (a concejal Matanzo): Angelito, envía a los muchachos. En la calle hay unos desaforados y unas endemoniadas que interrumpen la paz del Señor con sus cantos herejes y de pésimo gusto.

*Ángel Suquía guarda el inalámbrico en un bolsillo de su sotana (las sotanas del cardenal de Madrid tenían bolsillos). Se pasea mirando, alternativamente a la cúpula de la catedral y a Obrero. Pronto se escuchan sirenas policiales y los gritos de los manifestantes al ser dispersados. Silencio prolongado. Suquía agudiza el oído. Monja y Obrero le imitan.*

SUQUÍA (a la cúpula de catedral y al cielo levantando los brazos como Charlton Heston en *Los diez mandamientos*): Ya ves. Es lo que siempre digo: Hay que tener amigos hasta en el infierno.

*Monja y Obrero se santiguan al unísono. Ángel Suquía, por primera vez en todo el cuadro, toma conciencia de los atractivos que adornan a Monja y empieza a rondarla en un acoso progresivo que no desagrada para nada a la religiosa. Como la eficaz actuación de su amigo Ángel Matanzo lo ha puesto de excelente humor, Ángel Suquía decide humanizarse.*

SUQUÍA (a Monja, a lo Bogart, en plan "Tócala de nuevo, Sam"): *Cántalo de nuevo, baby.*

*Comienzan los inconfundibles acordes de "Las tardes del Ritz" y a ritmo de foxtrot, Monja canta: "Iba yo todas las tardes a merendar al Hotel Ritz". Obrero, estupefacto, ve como Ángel Suquía le hace señas para que baje de la escalera. Obrero descende y al pie de la escalera, tendiéndole la mano, lo recibe el alegre cardenal de Madrid.*

SUQUÍA (a Obrero): ¿Bailas?

Monja continúa la canción en un costado de la escena y en el centro de la misma el alto prelado también canta sin dejar de girar en brazos de Obrero.

OBRERO: *¡Ay, por favor, no me baile usted así! ¡Ay, por favor que me siento morir! Tenga usted en cuenta que mira mamá, y si se fija nos regañará.*

*La pareja danzante, danzando, desaparece de escena y Monja termina la canción: "Aunque cien años llegara a vivir, yo no olvidaría las tardes del Ritz".*

*Y el cierre del show: reaparecen en escena Ángel Suquía y Obrero, el primero tocado con su rutilante tiara de fiesta y el segundo con mono azul y una enorme*

*pegatina de CC.OO en el pecho. Junto a Monja, la pareja obispo-proletaria, dirá las últimas palabras de "El Cardenal": AMÉN.*

Bárbara Plash, la okupa alemana, aplaudió entusiasmada. Lavetusta también, pero miró el reloj y salió corriendo de La Ruina para no desairar a la Condesa Grushenka y a los Karamasov Brothers que le esperaban en el Berlín Cabaret de La Latina.

## **CAPÍTULO XI**

Lavetusta dejó La Ruina y corrió hacia Antón Martín a pillar un taxi; logró encontrar uno arrebatándose a una pareja, desprevenida y civilizada (ignorante de las costumbres locales), de turistas nórdicos. "A la Latina", indicó. El conductor enfiló Atocha y a los cien metros tuvo que frenar en seco: un hermoso caballo alazán, procedente de la Plaza Santa Ana, irrumpió a todo galope en la avenida montado por un campesino rubio ataviado como José Pedro Carrión interpretando a El Rubio, el ambiguo y retorcido personaje de *La malquerida*, el dramón rural de la Benavente (Lavetusta había elogiado desde *Conmoción* el "morboso montaje") que se representaba en el Teatro Español, bajo la dirección de Miguel Narros, con Ana Marzoa (madre), Aitana Sánchez Gijón (hija)... y, en fundamental papel, Bailarín, el caballo alazán que hacía resonar sus cascos sobre el pavimento de Atocha corriendo hacia la libertad, a galope tendido (perseguido por el taxi de Lavetusta).

Al acercarse el taxi a Bailarín, Lavetusta reconoció al jinete: una loca ecologista radical con quien el periodista había echado un par de polvos insatisfactorios en la sauna Comendadoras. Le llamaban la Bardot, por lo rubia y por su entrega a la causa de los animales.

La Bardot era uno de los principales líderes de "Resistencia Animal" que proponía pasar a la acción directa, superando la mera denuncia: "Basta de apelar a los buenos sentimientos. Carecen de ellos. No olvidemos que han crecido comiendo cadáveres. Se nutren de muerte reciclada y envasada apropiadamente para evitar, precisamente, el tema de los sentimientos. Basta de apelar a los sentimientos. Llegó

la hora de actuar”; la escuchó decir Lavetusta en una rueda de prensa clandestina en la que “Resistencia Animal” se presentó en sociedad y dio a conocer su ideario.

Lavetusta pidió al taxista que se pusiera a la par de Bailarín, sacó medio cuerpo por la ventanilla, y a gritos pelados interrogó a la Bardot. Esta se limitó a sonreír y le extendió una octavilla en la que se reivindicaba la acción: el secuestro-liberación (según se mire) de Bailarín.

La defensora de la dignidad animal era una excelente amazona y estaba claro que el golpe estaba bien planeado. Al llegar a la Plaza de la Cebada, la Bardot tiró suavemente de las riendas de Bailarín y, al paso, éste ascendió la rampa de un camión camuflado aparcado frente al Teatro de Lina Morgan.

Lavetusta ordenó al taxista que parara. Le tiró un billete de mil y corrió hacia el camión que ya marchaba hacia San Francisco el Grande. La Bardot, apartando la lona, condolidada ante los desvelos periodísticos de Lavetusta, le gritó: “Mañana te llamo a la redacción, a primera hora, digamos las diez. Hasta entonces, ya sabes, mudo. Por cierto, a los compañeros de Resistencia Animal les pareció muy apropiada tu denuncia sobre la explotación de los animales en el mundo del espectáculo y la tortura que llevó a la muerte a Fernanda de Rojas”. Y, así, la Bardot le regaló su próxima exclusiva para *Conmoción*: “Después de la muerte en escena de la gallina-actriz Fernanda de Rojas, Resistencia Animal, libera al caballo-actor Bailarín durante la representación de *La Malquerida* de Jacinto Benavente, en el Teatro español. Declaraciones exclusivas de los secuestradores ¿o liberadores?”

Un segundo antes de entrar en Berlín-Cabaret, las sirenas policiales lanzadas al vuelo le indicaron que la persecución ya había comenzado. Deseando la mejor fortuna al secuestrado y a sus secuestradores franqueó la puerta del templo.

En el vestuario, la Susi reinaba imitando a Alaska. Fue la primera afectada por el Síndrome Bola de Cristal que Lavetusta conoció en persona. Educada desde la más tierna infancia frente al televisor, aquél programa para párvulos, marcó a la Susy para siempre. La estética Alaska + los modos de Gurruchaga + los aportes cáusticos de la Bruja Avería, la abdujeron totalmente y la transformaron en lo que era: la Susy, carne de diván, trabajando en el vestuario de Berlín-Cabaret, recibiendo las prendas sin dejar de cantar: “Quiero ser santa, quiero ser beata, quiero ir a Roma y ver al Papa”.

La Susy quiso apoderarse del macuto de Lavetusta. Este se negó rotundamente. La Susy dijo: “¿Qué esconderás allí?”. Y agregó: “La condesa ha dicho que en cuanto aparecieras pasaras a sus aposentos, digo, a su camerino. Ya conoces el camino...”

Camino a la zona de camerinos, Lavetusta se cruzó con Brenda, mulato, panameño, criminalista de profesión y cabaretera por vocación. Su número estrella era una recreación de Grace Jones, fusta en mano, que inspiraba verdadero pavor entre los espectadores que temían-deseaban ser azotados en público por la pantera. Brenda lo abordó ansiosa y le preguntó si sabía algo sobre las apariciones de Santa Marica en Sodoma. Lavetusta le regaló dos o tres datos para que pudiera presumir de información privilegiada, pero cometió el error de expresar en voz alta su sorpresa ante la manifiesta devoción que Brenda parecía sentir por la madre del hijo de hombre. Brenda lo miró con desprecio y dijo: “Yo, como Billie Hollyday, los domingos voy a misa y el lunes al cabaret, y a nadie le importa mi vida, que te quede bien claro”.

Llegó al camerino de la Condesa siguiendo el rastro de un manojito de cables de distinto grosor. Desde la puerta la divisó a punto de ser entrevistada por un equipo de Telemadrid para un programa monográfico sobre el mundo del cabaret y sus luminarias. El periodista que daba la cara era un chavalín gracioso y muy responsable en su trabajo. Y, la Condesa, todo hay que decirlo, era un verdadero profesional que facilitaba la tarea. “Voy a hacer la presentación desde este ángulo. ¿Me tomas bien?, preguntó el chavalín. El cámara enfocó y llamó al chavalín para que comprobara el encuadre. “¿Te vale?”, dijo. “Me vale”, contestó el chavalín. Lavetusta se quedó embobado ante la profesionalidad, aplomo y encanto de la criatura. El cámara indicó: “Cuenta hasta cinco y empieza cuando quieras”

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Cada noche la Condesa actúa en Berlín-Cabaret. En su espectáculo “Grushenka y los Karamasov” suele contar cómo el último zar le encomendó la salvación de Anastasia, una niña problemática que coleccionaba fotos de Ingrid Bergman, a quien la Condesa Grushenka salvó de las hordas rojas sacándola de contrabando de la Rusia revolucionaria escondida en un barril de vodka y con la complicidad de los hermanos Karamazov y un capitán bolchevique enamorado (de los Karamazov) que hizo la vista gorda a cambio de

algunos gratos momentos de camaradería esteparia. “¿Te vale?”, preguntó el chavalín. “Me vale. Cuando quieras empezamos con la entrevista”, dijo el cámara.

La Condesa comienza su metamorfosis frente al espejo. El chavalín (fuera de campo), le pide que elija una anécdota de su larga carrera para incluir como “parte central, corazón, del reportaje”. La Condesa sonrío mientras se pinta las uñas con esmalte rojo y cuenta su primer desnudo integral en una compañía de revista itinerante, a lo Manolita Chen.

“Yo tenía pánico porque era en un pueblo de Albacete, por la tarde, para las fiestas patronales. Y, claro, en la compañía, la súpervedette ni siquiera hacía toples; la segunda vedette, sí, hacía un integral muy light, pero integral al fin. Y, luego estaba mi número: un integral total, bastante heavy. Supliqué que me pusieran en la primera salida, así cuando la gente me quisiera atacar y empezara a arrojarme sillas, bolsos y botellas, saldría la segunda vedette, verían a una mujer de verdad y se quedarían tranquilos. Se impuso mi argumentación y así lo hicimos. Yo salí primero. Y cuando terminé mi integral, que iba ligado a un redoble de batería, que lo mismo vale para un salto mortal en trapezio que para una ejecución sumarísima contra un paredón, la gente estaba de pie, aplaudiendo. Tanto fue el éxito que, debido a los comentarios en el pueblo, por la noche hubo que cambiar el orden del programa y dejar mi integral para el final. Y es que el desnudo era un desnudo muy limpio, muy sensual, muy estético, pero tenía también mucho morbo escondido. El fuego iba muy lentamente, el proceso de ir quitando prendas, de enseñar lo que no había, jugando, y cuando ya suponían que iba a aparecer un pecho, aparecía una pluma hasta llegar al desnudo total cubierta por la boa roja y negro y era entonces cuando venía la gran excitación y, en ese preciso instante, acompañado por el redoble de la batería, pegaba un salto a lo Nureyev, a lo Nijinsky, a lo Barýshnikov... y pasaba de la femineidad extrema de la Condesa a la virilidad a lo griego en las Olimpiadas, viril y desnudo en toda la extensión de la palabra... y, entonces era el flash, la revelación que a más de uno le habrá quitado el sueño esa noche: esperaban encontrar a Venus y encontraron a Adonis. Y ambos le gustaron”.

La Condesa da por terminada la entrevista-monólogo. El chavalín y el cámara desarman a toda velocidad el improvisado set y parten hacia la pista para recoger la inminente actuación de la Condesa Grushenka y los Karamazov. La Condesa se apresura a cerrar la puerta del camerino, echa el cerrojo y ordena a

Lavetusta: “Prepárate unas rayas y sírreme un whisky mientras termino de vestirme”.

Las luces fueron descendiendo lentamente hasta sumir la sala en la ardiente oscuridad (que nunca imaginó Buero Vallejo). Al son de la “Danza de los sables” aparecieron los Karamazov: Boris, rubio; Nikita, moreno. Los colosos eslavos irrumpieron sobre sus patines en la pista. Los cuerpos de los patinadores, cubiertos solo por diminutas tangas, brillaban iluminados bajo el doble haz de los cañones de luz que perseguían sus piruetas, sus giros a ras de público. Nervio, vitalidad, fuerza. Cada salto, cada pirueta, duplicaba la maravilla. El duelo en destreza quedó justificado, cuando el ascensor de cristal del Berlín Cabaret empezó su descenso trayendo a Grushenka, la Condesa, hasta el centro de la pista.

La Condesa, sobre patines, inició una danza insinuante frente a los machos inmóviles. Con raudos giros los rozaba, se pegaba a ellos, les incitaba para abandonarlos un segundo después. Nikita lanzó un grito e inició la persecución secundado por Boris. Lo que siguió fue una danza frenética de cuerpos entrelazados, de piernas que se anudaban peligrosamente entre las cuchillas de los patines y brazos y manos que arrancaban taparrabos y sostenes hasta el desnudo total, “integral”, como diría la Condesa.

En uno de los giros la Condesa Grushenka quedó atrapada entre los cuerpos de Boris y Nikita. El público aulló cuando advirtió que la Condesa giraba sin tocar el suelo con los patines, presumiblemente sostenida en el aire por el doble empalamiento que le aplican los Karamazov Brothers. Las luces fueron descendiendo hasta ocultar definitivamente la triple cópula.

El chavalín y el cámara de Telemadrid no podían creer lo que habían presenciado (y documentado para la posteridad, pues dudaban mucho que pudiera emitirse lo grabado en el presente). Lavetusta divisó a Pepa Lamarcova fotografiando sin pausa y a los bellos de Odessa, helados como témpanos autosuficientes (se rumoreaba que solo se acostaban entre ellos: amor fraterno). Lavetusta miró el reloj y salió corriendo dirección Ópera, hacia Joy Eslava.

## **CAPÍTULO XII**

Lavetusta llegó con la lengua afuera a Joy pasadas las tres y media (no pudo conseguir un taxi y corrió desde La Latina). Saludó a la encargada del vestuario y, después de pedir una cerveza en la barra, comenzó a buscar a Pepe el Cojo. Lo divisó en la segunda planta sentado junto a el Viejo y los gorilas de azul reglamentario, charlando amigablemente.

Lavetusta decidió mantenerse al margen, controlando a distancia. A lo lejos distinguió a la gordita Loewe y a su séquito de locas decoradoras; a Fallera Mayor y un montón de teatreras; al ídolo de quinceañeras histéricas conversando con un torero y su novia top-model; a un grupo de diplomáticos argentinos que hablaban a los gritos y anunciaban la próxima visita de Carlos Menem en visita oficial a la madre patria; a un grupo de pijos de provincia luciendo pulseras con la bandera nacional; a dos señoras liberadas con chulo de lujo adosado (Mano y Puño, los castigadores de Villacañas, como escapados de un anuncio de Martini); a una novia, novio y demás invitados huidos de una boda; a conspicuos cachorros de ultraderecha de sonoros apellidos; a fulleros de alta alcurnia preparando una partida de póker para terminar la noche desplumando a los incautos jugadores de mus; a las Puente Aéreo y mosen Antoni hablando con una clon de Pitita Ridruejo sobre las apariciones de Santa Marica en Sodoma; a un grupo de esotéricas, enganchadas a los horóscopos y a las cartas astrales, interrogando sobre sus previsibles y aburridos futuros al último lince que las despluma: Octavio Acebes...

La ayudante de dirección Fallera Mayor descubrió a Lavetusta y le hizo una seña para que se acercara. Lavetusta lo ignoró y siguió controlando el sector donde El Viejo hablaba con Pepe el Cojo. El Gorila Pija de Oro y su compañero del alma (la oreja amiga a quien contar su irremediable, condenado amor, por Putón Caro, la amante del jefe, que empinaba el codo con ganas, sin dejar de ser la más hermosa de la noche), el Gorila al que le gustaban los pendejos, se mantenían muy atentos a la conversación, cumpliendo con el papel que se les había confiado: acojonar a Pepe el Cojo con sus amenazantes presencias de dóbermans uniformados.

Todo marchaba sin violencia. Lavetusta se relajó un poco y decidió desconectar un rato. Fallera Mayor volvió a hacerle señas y esta vez no pudo esquivarla, así que condescendió a bajar de la segunda planta. Fallera Mayor estaba acompañado por varios actores y técnicos de diversos teatros. Comentaban el secuestro del caballo Bailarín al termino de la función, cuando todo el elenco de *La*

*Malquerida* recibía los merecidos aplausos. “Estábamos cenando en el Hilogi cuando nos enteramos de la noticia, lo ha reivindicado Resistencia Animal. ¿Tu sabes algo?”, preguntó Fallera Mayor. “Es la primera noticia que tengo”, mintió Lavetusta.

La gordita Loewe se acercó copa en mano y le comunicó la inminente llegada de Carlos Menem y su séquito (más de cien personas) y que ella había sido la elegida para acompañar a la primera dama argentina, Zulema Yoma, para asesorarla en sus compras madrileñas: “Te imaginas qué responsabilidad...”. “Lo imagino”, contestó Lavetusta. Y dio por finiquitada la charla.

Mosen Antoni, la Moreneta, se acercó con las Puente Aéreo. Lavetusta explicó a las locas catalanas todo lo referente a Santa Marica y aprovechó para enviar saludos a un portero del Martins que lo tuvo loco una temporada. Las Puente Aéreo lo pusieron al tanto de los profundos cambios que experimentaba la ciudad condal en su carrera olímpica para llegar a los magnos juegos renovada y reluciente. Lavetusta se condolió por el derrumbe de los baños San Sebastián y los chiringuitos de la Barceloneta, recordó aventuras en la Sauna Condal y a un chulillo que conoció de madrugada en Plaza de Catalunya y que se llevó al Hotel Oriente.

En eso estaba cuando vio bajar las escaleras al Gorila al que le gustaban los pendejos con un vaso de whisky en la mano. Dejó a las Puente Aérea con la palabra en la boca y partió en pos del Gorila. En el servicio, en uno de los cuartitos, lo estaba esperando. Lavetusta cerró la puerta y se trezaron en un abrazo salvaje, soldados por la boca en un beso caníbal. Lavetusta le quitó la chaqueta... y la sobaquera con el revólver destacó sobre el blanco immaculado de la camisa del Gorila. Este se sacó la sobaquera y la colocó sobre la tapa del váter. Se desnudaron el uno al otro hasta quedar en pelota total. Lavetusta abrió el macuto, sacó el sobrecito con perico y preparó unas rayas sobre la porcelana del depósito. Esnifaron. El Gorila colocó una pizca de coca en la polla del periodista y tras un lingotazo de whisky se arrodilló a mamarla.

El fresco de la lengua sobre el glande, sobre el tronco... y el fresco en el culo de Lavetusta que está siendo anestesiado por un cubito de hielo del whisky *on the rocks* del Gorila al que le gustan los pendejos.

El Gorila deja su trabajo de pronto, repentinamente serio, pide a Lavetusta que prepare otras rayitas y dice: "Así no se puede, esto hay que hacerlo en condiciones" y comienza a vestirse a toda prisa. Lavetusta termina de preparar las dos rayas y le pasa el billete enrollado. El Gorila se pega el tiro y dice: "¿Quedamos dentro de dos horas en la Plaza de los cubos?". Lavetusta asiente y el Gorila calzándose la sobaquera, dice: "En punto, no me gusta esperar".

El Gorila se colocó la chaqueta y salió del cuartito. Lavetusta, desnudo, con un billete enrollado en una mano, salido como una mona, vaciló entre vestirse primero y esnifar después o viceversa. A punto de decidirse, golpearon en la puerta y se escuchó la inconfundible voz de Pepe el Cojo: "Abre, soy yo". Entró y dijo: "¿Cómo puedes ser tan puta?" y al ver la raya abundó: "Y tan viciosa". Luego arrebató de manos de Lavetusta el billete enrollado y se esnifó el perico limpiamente. Lavetusta se vistió ante la sonrisa insidiosa de su amigo. Cuando ya salían, Pepe el Cojo se percató de un objeto caído en el suelo, lo levantó y dijo: "¡¡¡Vaya faca!!!", ante la navaja del Gorila que, como de costumbre, perdía sus herramientas de trabajo. Lavetusta la guardó en el macuto y salieron.

Se acercaron nuevamente a la barra. Pidieron dos cervezas. La gordita Loewe, abandonando a sus amigas decoradoras, se acercó y dijo a Pepe el Cojo y a Lavetusta: "Por cierto, si visitáis a Rody en Carabanchel, llevadle toda nuestra solidaridad". Mientras hablaban Lavetusta observó como el Viejo y los gorilas, arrastrando entre los dos a Putón Caro, totalmente pedo, abandonaban el local.

Desembarazados de la decoradora, Lavetusta y Pepe el Cojo treparon a la segunda planta y buscaron un lugar retirado, lo más lejos de locas y pijos. Inútilmente. "Qué quieres, esto no es el Torito", dijo Lavetusta. Se conformaron con sentarse en la escalera cerveza en mano.

Pepe el Cojo hizo un rápido informe de los suyos, telegráfico. "Todo muy cordial, en plan tanteo. Según el Viejo, Rody tiene algo que 'le pertenece'. Pensé que hablaba del perico. Pero no. El perico le da igual y así lo dejó caer, muy de frente march, como para que no me quedara ninguna duda: 'la farlopa se la puede meter por el culo y que le aproveche, pero lo otro es otro cantar y es mío y lo quiero'. Te prometo que parecía Brando en *El padrino*. Creo que piensa que puedo saber algo, pero no creo que sospeche que tenemos los documentos. Le dije muy digno que yo, como amigo de Rody, intentaría hacerle llegar su mensaje, pero que eso es todo lo

que puedo hacer en esta historia, que ni me va ni me viene. 'Eso espero, por tu bien', me contestó. Quedamos en seguir en contacto. Le quise dar mi número de teléfono y se quedó conmigo: '¿Piensas que no lo tengo?. No me subestimes, chaval'... y me lo recitó de memoria. Me acojoné de verdad, parecía Orson Welles en *Sed de mal* (Lavetusta y el Ácido, además de cinéfilos eran proselitistas y habían contagiado su perversión a Pepe el Cojo), cuando le gruñe al matón que acaba de atrapar... ¿Te acuerdas lo que le dice?". Pepe el Cojo y Lavetusta, en la escalera de Joy Eslava, cerveza en mano, recitan a dúo con la voz (doblada, claro) de Orson Welles: "En Main Street, una anciana recogió un zapato. En el zapato había un pie. Te lo haremos pagar, muchacho".

Lavetusta, por su parte, puso al tanto a su cómplice, socio y amigo, de su cita para dentro de nada en la Plaza de los Cubos. Pepe el Cojo le advirtió que anduviera con cuidado. Se despidieron. Pepe el Cojo se quedó en Joy intentando capturar a uno de los invitados huidos de una boda que se balanceaba pasado de copas y necesitado de compañía colgado de la barandilla y a punto de caer al vacío.

### **CAPITULO XIII**

El Gorila esperaba en la Plaza de los Cubos, que a esa hora estaba cubierta de motos aparcadas y motoristas litrona en mano que coexistían con unos tardo-punkis asistentes a un concierto en Voltereta y a un par de locas en ácido que preguntaban a la fauna reunida: "¿Queréis un abrazo?". Al ver llegar a Lavetusta, el Gorila apartó de su camino a una de las locas abrazadoras y salió a su encuentro. "Puntual, como a ti te gusta", mariconeó Lavetusta. El Gorila no le rió la gracia y dijo: "Vamos". Vivía junto al Viena, el histórico café en el que nacieron algunas de las novelas de Pérez Galdós, frecuentado por Lavetusta en sus tiempos de torturado adolescente letraherido: se pasaba horas escribiendo, tomando café y mirando a los estudiantes de las otras mesas. El Viena, al igual que el periodista, ya no era lo que fue: un grupo hotelero lo había transformado en restaurante para pijos y turistas con pelás.

El edificio donde vivía el Gorila tenía un ascensor antiguo, de madera, enrejado, de esos que solo admiten dos viajeros, de perfil. Ascendieron, frente a

frente, en silencio lento, rechinante (Lavetusta no puedo evitar recordar el título de la película de Louis Malle: *Ascensor para el cadalso*).

El Gorila abrió la puerta de su apartamento, dejó pasar al periodista y dijo: “aquí, sí se pueden hacer las cosas en condiciones” y agregó, después de cerrar la puerta y echar varios ruidosos cerrojos: “busca unas cervezas en la nevera y prepara unas rayas, enseguida vuelvo, me estoy meando”.

Lavetusta se dirigió a la nevera y sacó dos cervezas. Preparó las rayas y esperó a que el Gorila saliera del baño. El apartamento era de dos ambientes con una pequeña cocina americana. Se dirigió al dormitorio: una enorme cama cubría casi todo el cuarto; un espejo gigante ocultaba un armario; sobre una butaca, un televisor pequeño; y una mesa oriental con patas retorcidas simulando garras. Regresó al salón: dos sillones, una alargada mesa enana sobre la que destacaban las dos níveas y generosas rayas de puro perico y una biblioteca de madera noble oscura: sin libros, sin fotos, sin vídeos, sin nada...

El Gorila salió del baño, se dirigió a la mesa enana, se metió su raya y comenzó a desnudarse mecánico, como si estuviera solo. Lavetusta le imitó y también se desnudó previa esnifada. Dejaron la ropa sobre uno de los sillones y empezaron a darse el lote en el otro. Lavetusta se levantó a buscar el macuto para buscar el frasquito de poppers y al meter la mano en la bolsa rozó la navaja.

Con el poppers y la navaja en la mano volvió al sillón. Le tendió la navaja al Gorila: “Se te cayó”... y se sentó a su lado. El Gorila abrió la navaja, pasó la yema del dedo índice por la afilada hoja, luego la deslizó por el pecho del periodista, suavemente, bajando hasta llegar al ombligo, punzando levemente en su interior; bajando hasta la selva del pubis... Y, entonces, dijo: “¿Quieres que te afeite?”.

El Gorila guió a Lavetusta al baño. Lo metió en la bañera. Buscó en el botiquín unas tijeras y procedió a desbrozar el bosque piloso del pubis. Después enjabonó la zona, se sentó sobre el borde la bañera, cogió la polla con gesto profesional e inició el afeitado a navaja, cual si fuera un fígaro de los de antes, de los que arrancaban muelas y aplicaban sanguijuelas... Después de rasurar a conciencia el frontal del periodista, le dio la vuelta y procedió a trabajar la zona posterior, superficialmente. Decidió dejar para más tarde el afeitado de algún pelo detectado en las inmediaciones del sensible agujero del culo. El Gorila recogió la

pelambarrera caída en la blanca losa y la arrojó al váter. Se metió en la bañera y abrió el grifo.

El Gorila se llenó la mano de gel e hizo espuma en el vello del pecho de Lavetusta, se frotó contra él, puso la mano entre las piernas, se demoró acariciando los cojones recién afeitados, suaves como la piel de un bebé... Luego se estiró en la bañera. Lavetusta, coronado de espuma, lo miraba de pie. “¿Adivinas lo que quiero?”, preguntó. “Creo que sí”, contestó Lavetusta y empezó a mear sobre el Gorila las muchas cervezas de la noche. “En la cara”, dijo el Gorila y Lavetusta obedeció hasta la última sacudida, hasta la última gota.

Siguieron retozando en la bañera y luego de un aclarado y secado mutuo pasaron a la habitación. El Gorila lo empujó hacia la cama y ordenó: “... en cuatro patas, así, como una perra... no te muevas... ahora vengo”. El Gorila buscó en el baño una maquinilla de afeitar eléctrica, la enchufó, se acercó al periodista, dijo “nunca dejo las cosas a medias”... y Lavetusta supo apreciar en su justa medida un placer hasta ahora no experimentado: el cosquilleo producido por las cuchillas al rozar las delicadas papilas de los arrabales del divino agujero que cantaron (y cataron) a dúo la Verlaine y la Rimbaud.

Una vez terminada la operación y para comprobar los resultados el Gorila pasó la lengua por la zona rasurada. Después lo volvió de frente y empezó a trabajarle las tetillas, primero con delicadeza extrema, en plan vainilla-man, para ir incrementando poco a poco la presión hasta que Lavetusta no pudo reprimir un grito que el Gorila ahogó tapándole la boca con la almohada hasta provocarle, simultáneamente, un principio de asfixia y una poderosa erección inconfesable (“Eres un masoca de primera, pero lo que ocurre es que no quieres reconocerlo”, le dijo un día el Ácido, que sabía un rato largo del tema).

Lavetusta se zafó con violencia (indignado con el Gorila tanto como con su polla chivata): “Ya está bien ¿de qué vas?”. El Gorila sonrió, camaleónico, se puso en plan chico de la moto de *La ley de la calle* y dijo: “A veces, cuando estoy lanzado y alguien me gusta mucho como me gustas tú, me cuesta parar, es más fuerte que yo... ¿lo entiendes?... ¿lo dejamos estar?”.

“Vale”, dijo el periodista y junto a las disculpas llegó la hora de las confidencias. El Gorila, antes de ser Gorila fue policía. En la policía advirtieron pronto sus inclinaciones y lo marginaron en el escalafón a pesar de sus méritos y

de su famosa mala hostia (característica muy apreciada en el cuerpo). Después de protagonizar un escándalo con un superior fue apartado sin demasiado ruido del servicio activo y confinado en una oficina-archivo. Allí, en los interminables y aburridos días, cayó en sus manos un dossier sobre El Viejo en el que se detallaban todos sus trapicheos, contactos, proyectos...

Ese material fue su mejor carta de presentación ante El Viejo (gracias al chivatazo su actual jefe pudo esquivar todas las investigaciones en marcha y adecentar sus asuntos) que lo tomó a su servicio. El Gorila se pasó a la empresa privada y desde entonces no podía quejarse...

El Viejo es un pez gordo, una anguila escurridiza que sabe nadar mejor que nadie en el barro, su elemento natural, vinculado a los negocios de altos vuelos con conexiones a ambos lados del océano: una especie de ministro plenipotenciario del hampa iberoamericana; un seguidor al servicio de los intereses de las republiquetas caribeñas, los paraísos fiscales y las mafias de nuevo cuño nacidas al amparo del narcotráfico, el tráfico de armas, el tráfico de obras de arte, el tráfico de influencias, el tráfico de personas, el crimen organizado y el blanqueo de dinero.

En realidad, El Viejo no deja de ser un mero intermediario: pone en contacto a unos con otros y se lleva su comisión. Trabaja en las alturas, organizando encuentros en lugares apropiados para personajones y altos representantes de mafias y gobiernos aprovechando congresos, visitas de mandatarios, ferias internacionales de arte...

Lavetusta se levantó de la cama y fue a buscar cerveza y perico. El Gorila no dejaba de hablar ahora sobre la inminente visita oficial del peculiar presidente argentino, Carlos Menem y su séquito; de un traficante sirio, Mohamed Al Kassar, emparentado con el primer mandatario gaucho, también de origen sirio y de la misma aldea; de Marbella y Jesús Gil y... de Rody Bolívar Anchorena, esa loca sudaca que le había chafado el negocio...

“¿De qué hablas?”, preguntó Lavetusta regresando del salón con las cervezas y el macuto. El Gorila coge la botella, se la bebe de un trago, eructa y empieza a contar al periodista todo lo que este ya sabe y aparenta no saber: la detención de Rody en Barajas, la entrada en Carabanchel, etc., etc., etc. Lavetusta, mientras el Gorila le da a la moviola verbal, arrodillado junto a la garra de la mesa oriental prepara dos rayas sobre un espejo dorado, un espejo por el que hubiera matado la

Condesa, que el Gorila reservaba para ese evidente uso pues sobre su azogada superficie persistían las huellas, paralelas, de pasadas rayas...

Lavetusta enrolló un billete, esnifó, y pasó canutillo y espejo al Gorila parlante. “¿Y a ti en que te perjudica esta historia?”, preguntó, mientras el Gorila se pegaba un tiro como si fuera la última vez. El Gorila acusó el golpe, tiró la cabeza hacia atrás, rebotó en el respaldar acolchado, de puticlub, lanzó un “uaaa” (de vuelta en plan chico de la moto), pasó un dedo sobre el espejo de Putón Caro: “Se lo dejó un día olvidado, cuando venía a encontrarse a espaldas de El Viejo con mi mejor amigo, tú lo conoces, mi compañero argentino, buen tipo, pero muy sentimental, se está metiendo en un lío por su encoñamiento que me temo que la cosa termine como en *Romeo y Julieta*”, dijo el Gorila frotándose los dientes con una pasta en la que se mezclaban perico y polvo acumulado por igual.

“¿Que en qué me perjudica, preguntas”, dijo el Gorila retomando el tema. “En todo, me perjudica en todo. Yo tenía un negocio con Rody Bolívar Anchorena. Me iba a pasar la mandanga que El Viejo necesita para su encuentro en la cumbre, para la súper-fiesta, vamos... y yo me llevaba una buena tajada... ahora, adiós negocio... El Viejo no me va a dejar pasar esta... salvo que, salvo que...”.

El Gorila traga el moco amargo y dice: “¿Quién te pasa esta coca, es Pepe el Cojo?” y sin esperar respuesta se levanta de la cama y se dirige a la sala. Vuelve con la pistola en la mano. “¿Qué dices?”. “¿Qué haces?”, pregunta Lavetusta sentado en la cama. El Gorila se acerca lo coge del cuello, apoya el cañón en la boca de Lavetusta y dice “Traga”. Lavetusta se resiste, pero la presión del cañón sobre los dientes resulta insoportable y abre la boca. El Gorila, con el dedo en el gatillo continúa: “Ya te dije que hay veces que no puedo parar...”. Lavetusta ve como el Gorila aprieta el gatillo.

Cuando despertó del desmayo el Gorila dormía a su lado como si nada hubiera pasado, con la pistola en la mano, cruzada sobre el pecho. Lavetusta se levantó de la cama intentando no despertar al peligroso durmiente. Recogió el macuto y voló hacia el salón donde se vistió a todo correr, con la boca seca, empastada, con un regusto metálico a cañón de revólver...

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta con los zapatos en la mano el Clic del percutor lo detuvo en seco. Y entonces lo vio, apuntándolo desde la puerta

del dormitorio. Después (nuevamente transmutado en chico de la moto), sonriendo, lleva el cañón a su sien y dispara...

“Clic, nada, no tiene balas, nunca creí que fueras tan impresionable, no aguantas una broma entre amigos... se ve que eres un buen chico... no sé si te conviene iniciarte en el crimen... eso déjame a mí... podríamos formar un buen tándem ¿no crees?... a qué te gustó... a qué nunca sentiste algo igual cuando te lamía el culo... mira cómo me pones... no me vas a dejar así”

La polla del Gorila le apuntaba, Lavetusta optó por la reconciliación y cayó de rodillas. El Gorila le folló la boca un rato largo hasta correrse en la cara del periodista. Mientras Lavetusta se lavaba ante el espejo empañado, el Gorila le dijo meando ruidosamente a su lado: “El placer es el placer y el negocio es el negocio. Ya sabes que no me ando con rodeos. Di a tu proveedor habitual que estoy interesado en su producto bajo las mismas condiciones que las pactadas con Rody Bolívar Anchorena. Contado rabioso y en dólares. Lugar de la transacción a convenir”. En el espejo empañado el Gorila escribió la cifra.

## **CAPÍTULO XIV**

Lavetusta abandonó el piso del Gorila y enfiló hacia Plaza España. A lo lejos se silueteaban Don Quijote y Sancho Panza entre olivos azules. Una moto casi lo afeita por desplazarse absorto en el paisaje y presa de ftofobia por mitad de la calle. Lavetusta controló la taquicardia y en un raptó de lucidez dijo: “Tengo que comer algo...”. Buscó en las inmediaciones un bar. Nada. Todo estaba cerrado. Divisó un taxi, le hizo señas. El taxista le informó que el Seven Eleven de San Bernardo estaba abierto “las 24 horas, oiga”. Lavetusta compró la prensa, un paquete de Donuts industriales, patatas fritas, conguitos y unas cuantas guarrerías más. Regresó al taxi y en el trayecto hacia Goya comprobó que el tema aún seguía en las portadas (aunque con menor espacio y sin fotos).

En la cueva desplegó los periódicos sobre la mesa y partió a la cocina a preparar café. Se sirvió una taza, le agregó un chorrito de Soberano y cuatro azucarillos de los que siempre robaba en el VIP. Volvió a la mesa y empezó a devorar titulares y donuts, patatas fritas y conguitos (“no te respetas, o no comes

nada o comes como un cerdo”, le decía el Ácido). El parpadeo de la luz del contestador telefónico le indicó que tenía mensajes, pero prefirió hacer caso omiso a su insistente reclamo.

Lavetusta trabajaba y cuando lo hacía necesitaba absoluta concentración (podía lograrla, eso sí, en medio de los ruidos de la redacción o en plena juerga en un bar) y más en este caso en que unía en su persona las calidades de investigador y de delincuente (amateur). Se centró en el tema y empezó a subrayar titulares: “Un extraño misterio rodea el caso de Bolívar Anchorena, el artista plástico narcotraficante detenido en Barajas”; “La policía registra el apart-hotel de Rody y no encuentran nada”; “La cocaína incautada en Barajas a Bolívar Anchorena podría ser para su uso personal”; “Toda la verdad sobre Rody: Sexo, Droga y Jet-Set”... La luz del contestador le seguía enviando, como un faro, señales lumínicas. Lavetusta apretó el botón del contestador y se echó en la cama...

Piiiiiiii Hola, soy yo, la Paleojipi, veo que no estás, necesito hablar contigo, urgente, el asunto de Santa Marica se está desbordando más que el Alberche que viene crecidísimo estos días que da gusto verlo... pero, a lo que iba, estoy en plena crisis con el mal nacido del gabacho de mi novio.... Ahora dice que la virgen le ha pedido que le erija una ermita con calefacción pues ya está harta de pasar frío a la intemperie y trepada a la encina... Bueno, veo que esto se corta, te llamo a *Conmoción* ...

Piiiiiiii Hola, soy yo, Emilio la Teóloga, veo que aún no has llegado, como siempre, ya te dije que tu vida no es vida y que te vendría muy bien un retiro en El Paular... en fin, tu sabrás... te llamaba para avisarte que las Gays Crist han decidido viajar el sábado a Sodoma en procesión... Ve hablando en *Conmoción*, yo ya me puse en contacto con la prensa extranjera y también con Telemadrid... Ya sabes...

Piiiiii Hola, soy yo... ¿estás ahí?... No estoy en la península, pero pronto volveré a Madrid... me gustaría verte para hablar de todo... Ya sabes... Tú verás... ¡Joder!... me gustaría que estuvieras aquí y que me tocaras el alma con tu polla...

La voz del chico ausente sacudió el letargo de Lavetusta. Rebobinó la cinta del contestador y la escuchó una y otra vez. El chico llamaba, misterioso, pero llamaba. El chico no estaba “en la península” (“¿entiendes, mi niño?”, le preguntó la Canaria, una amiga de La Vietnam que siempre hablaba de “la península” y se quejaba de los “godos “ que la habitaban: “medievales, eso es lo que son”, decía en

la calle Montera) y anunciaba que iba a volver pronto. El chico regresaba y se despedía diciendo que quería que le tocara el alma con la polla...

Intentó serenarse. Controlar la euforia. Miró el reloj: las siete. Recordó que la Bardot, la loca-lideresa de Resistencia Animal, la libertadora de Bailarín, le dijo que a las diez le llamaría a la redacción. Tres horas. Tres horas sin poder dormir pensando en el chico ausente y sin dejar de experimentar el acelere de la coca... Lavetusta se metió bajo la ducha, se afeitó, eligió la menos arrugada de sus camisas, se vistió con esmero poco habitual en él (hasta se lustró los zapatos: jamás lo hacía) y salió a la calle como quien enfrenta una pasarela...

Al entrar en la redacción desierta divisó a la jefa de redacción conversando con la telefonista. Alucinaron al verlo entrar, dinámico, elegante, perfumado y compuesto. La telefonista le informó que tenía varios mensajes para él y le pasó un montón de papeles con recados... Y añadió intencionada: "Ah, y llamó alguien que tu y yo sabemos y que hace un tiempo que no llama?". "¿Qué dijo?", preguntó Lavetusta. "Eso es algo queda entre el que tú sabes y una servidora", contestó la telefonista que terminaba íntima de todos los novios que llamaban al periodista. Lavetusta suplicó con patético gesto y la jefa de redacción influyó también ante la telefonista que en vano invocó la confidencialidad: "Dice que vuelve a Madrid, que te extraña mucho y todas esas cosas... que tu sabrás lo que les das, chico"... "¿Cuándo?", dijo Lavetusta. "Quiere darte una sorpresa?". "Cuándo". "Aún no lo sabe, está esperando conseguir vuelo y ya sabes como está Iberia"...

Lavetusta le pegó dos sonoros besos a la telefonista, le avisó que esperaba una llamada importante a las diez y se encerró en el despacho de la redactora jefa que pasó de la alucinación a la conmoción en cuanto el periodista le arrojó sobre la mesa la batería de temas a tratar.

La redactora jefa decidió solicitar la ayuda del director al que tuvieron que ir a buscar al Ruti, el bar de la esquina, donde jugaba a las maquinitas: "Espero que sea por algo verdaderamente importante... estaba a punto de sacar el premio...", dijo furioso por el contratiempo e indicó al dueño del bar: "Ruti, desenchufa la maquina, que nadie se acerque a ella que enseguida vuelvo". El director llegó y se improvisó la mini-mesa de redacción.

Primer Tema: Santa Marica. Expedición de Gays Crist a Sodoma. Aceptan presencia de fotógrafo. *Conmoción*: único medio invitado.

Segundo Tema: Secuestro de Bailarín. Entrevista exclusiva con los secuestradores. Hora y lugar a convenir. Llamará el portavoz de Resistencia Animal.

Tercer Tema: Caso Rody Bolívar Anchorena. A punto de conseguir toda la documentación (previa negociación, claro) para documentar la “Bomba Informativa, justo lo que necesita *Conmoción...* prioridad absoluta”, dijo eufórico el director. “Tranquilidad, no hay que adelantar acontecimientos... todo dependerá de la negociación”, dijo Lavetusta. Y agregó: “Hasta mañana no echemos las campanas al vuelo...”

Los tres temas fueron valorados como de alto impacto... y en eso estaban cuando la telefonista pasó la llamada de la Bardot. Lavetusta no dejó de tomar notas y finalmente colgó mandando saludos a Bailarín. El director y la redactora jefe preguntaron a dúo: “¿Qué pasa?”. Lavetusta les informó que Resistencia Animal había decidido devolver a Bailarín a los escenarios, puesto que el astro equino, al parecer, los extrañaba. Eso lo descubrieron la Bardot y sus compañeros de Resistencia Animal cuando tuvieron la ocurrencia de aplaudir para estimular su apetito. No solo comió todo el pienso, sino que lo agradeció haciendo honor a su nombre: bailando al más puro estilo de la escuela de danza ecuestre cordobesa.

En su llamada. como portavoz de Resistencia Animal, la Bardot indicó a Lavetusta el lugar y la hora de la “liberación” de Bailarín. Lavetusta escribió en un papel las señas, se las pasó a la redactora jefe quien a su vez se las pasó al director quien a su vez se las pasó a la telefonista que llegó corriendo ante los imperiosos gritos del ludópata: “Llama a Wally y dile que lo necesitamos, que se venga para la redacción, ya, cagando leches...”.

Lavetusta escribió su “Exclusiva” como una crónica en directo, en tiempo real, agregó unas pinceladas de su cosecha para crear el suspense necesario, comentó el destino de Bailarín, marcado por el arte (como fue el caso de la gallina-actriz Fernanda de Rojas); reflexionó sobre la poca atención que se brinda a los animales intérpretes y cuánto se echa en falta una legislación protectora que tenga en consideración la característica diferencial de las diferentes especies que son utilizadas en el mundo del espectáculo (cine, teatro, circo, televisión, performances, desfiles militares y cabalgatas de reyes). Terminó su crónica solicitando benevolencia a la hora de juzgar la acción de los secuestradores (repudiable pero también comprensible).

Entregó el escrito a la jefa de redacción quien alabó el estilo y la originalidad del enfoque informativo y lo dejó marchar. Al salir, el periodista escuchó lo que el director decía a la telefonista: “No viene nunca, pero cuando viene se nota”.

## **CAPÍTULO XV**

Lavetusta regresó a la cueva y se acostó. Cerca de las dos de la tarde lo despertó el teléfono. Era Pepe el Cojo con noticias de la entrevista en Carabanchel de Lola Penales y Rody Bolívar Anchorena. Lavetusta, a su vez, le comunicó la oferta del Gorila y la cifra que escribió con el dedo en el espejo empañado. Quedaron en verse a las 7, en el Figueroa. Se metió nuevamente en la cama.

A las dos y media, el teléfono. Era el Ácido invitándolo a comer: “Toma un taxi, te esperamos a las tres”. Lavetusta se sorprendió ante el uso del plural por parte de su siempre solitario y promiscuo amigo. Viendo que era imposible dormir, aceptó la invitación.

A las tres llegaba al portal del Ácido en la calle Cañizares. Pulsó el timbre, pero antes de que el Ácido descolgara el telefonillo, se abrió la puerta y apareció la Marchante Clandestina, una tratante en obras de arte, antigua conocida de Lavetusta. La Marchante era un lince para descubrir nuevos artistas y su enorme piso era también una galería de arte encubierta en la que se exponían muchas de las obras de sus representados (dichas exposiciones, por supuesto, no estaban abiertas al público en general, sino a sus cualificados clientes).

La Marchante Clandestina era odiada por casi todos los galeristas que debían afrontar enormes gastos de alquileres, personal, representación, publicidad, impuestos..., gastos que ella, desde la ilicitud, lógicamente se ahorraba. Lo cierto es que desde aquella galería clandestina se dieron a conocer nombres relevantes de la plástica contemporánea. La Marchante, por otra parte, era profundamente roja y no se avergonzaba de su pasado maoísta, sino todo lo contrario, aunque sus negocios ilícitos se cerraran vía suiza donde tenía fijada su residencia legal (“La putada es que me tengo que aburrir tres meses seguidos todos los años allí, en medio de esa gente que lo único que ha aportado a la Humanidad es el reloj de cuco, para poder evadir aquí donde me divierto tanto... está visto que es el precio que hay que pagar

cuando una elige enfrentarse al Gran Hermano ¿no lo crees así, bombón?”, le preguntó en una manifestación contra la OTAN).

“Sabía que iba a verte. Tuve ese presentimiento”. Lavetusta le informó que iba a lo del Ácido que lo invitó a comer un cocido de los suyos. La Marchante Clandestina lo intimó: “Pues muy bien, después de comer, bajas a tomar café. Quiero que veas la última obra que he recibido. Te impresionará. Tengo en exclusiva la serie completa de ‘Variaciones sobre muchacho con cerezas’ de Manet, recreada por Bolívar Anchorena que, por cierto, descuento que sabes que está en Carabanchel, pobre querido”...

Por el telefonillo se escuchó la voz del Ácido: “¿Subes o no subes?”. La Marchante Clandestina contestó en plan marica (otro de sus registros): “¿Qué pasa, chocho? ¿Estás celosa, perra? ¿Lo quieres todo para ti, acaparadora? ¿No te basta con ese uniformado que tienes encerrado en tu mazmorra, cerda? ¿Lavetusta no puede hablar acaso con su mejor amiga, zorra? Pues te jodes y después de comer, entérate, es solo mío, pues lo invité a tomar café. Solo a él, te enteras... Ahora sube, guarra”. Y, después, dirigiéndose a Lavetusta: “Te dejo, tengo que cruzar a Casa Patas a reservar mesa para esta noche... Canta Menese, y ya sabes que es mi debilidad pues aúna sentimiento y compromiso...”.

Lavetusta, al borde del ahogo (cuatro tramos de empinada y gastada escalera), llegó al piso. La puerta estaba entreabierta y hasta el descansillo llegaba el aroma del cocido del Ácido. Entró y cerró la puerta. Desde el salón llegaba la inconfundible voz (doblada) de Groucho Marx en *Una noche en la ópera*. No pudo resistir la tentación y se asomó: en la pantalla, Groucho, y frente a la pantalla, el soldado, en immaculado calzoncillo blanco, riendo, tan absorto y sumergido en la película que no registró la irrupción del agradecido voyeur. El soldado rió, entregado a la risa, al hecho físico de reír con todo el cuerpo: “Bendito seas, Groucho, que haces reír a los soldados”.

Lavetusta retoma el pasillo hacia la cocina no sin antes dar la última ojeada al soldado en calzoncillo que, ahora sí, registra su presencia y lo saluda tocándose la polla, alegremente. Lavetusta recordó a la Peyreffite (la escritora, no confundir con la modistilla que usurpa su nombre: “Empero hay miradas elocuentes, sin encuentros, lo mismo que hay encuentros enervantes sin futuro. Así es nuestro mundo”).

El Ácido se afanaba entre cacharros y marmitas, feliz como una perdiz o como un castor preparando una presa; diligente y certero. El Ácido indicó a Lavetusta que se apartara de su camino y que (“ya que no haces nada”) liara un canuto y sirviera unas cervezas.

Lavetusta comentó jocosamente la presencia en el salón del soldado hipnotizado ante los hermanos Marx y el Ácido contestó: “Todo un lujo... un regalo que me hacen las Fuerzas Armadas”. Continuaron hablando, bebiendo y fumando. Como si hubiera llegado siguiendo la estela del humo de hachís, apareció en la cocina el soldado en calzoncillo sobándose los huevos. El Ácido le pasó el canuto, permitió solo las tres caladas reglamentarias, y le ordenó que pusiera la mesa. El soldado obedeció a regañadientes, pues se percató de que él era el tema de conversación. Por otra parte, empezaba a sentir celos de Lavetusta. No alcanzaba a entender qué tipo de relación había entre el periodista y su novísimo amante-protector.

Durante el cocido (“insuperable”, dijo Lavetusta. “¿Se le puede echar kétchup?”, preguntó el soldado y escandalizó a su encandilado amante), el muchachito fue debidamente informado por el Ácido (permanentemente corregido y ampliado por Lavetusta) sobre cuándo (veinte años atrás), dónde (haciendo pellas en el Cine Carretas) y cómo (compartiendo la polla de un camionero de Legazpi) se habían conocido.

Después crearon una especie de asociación ilícita que les facilitaba la caza en los cotos que fueron descubriendo juntos: la Casa de campo; el templo de Debod; la Finca de papá; el Retiro; los jardines de Sabatini, la Plaza de Toros de Las Ventas; los servicios de Nuevo Ministerios; el pasadizo subterráneo que unía San Bernardo y Plaza España; el primer vagón de Metro de la Línea 1... En aquel entonces, para el Ácido y Lavetusta todo Madrid era un coto de caza. Al buen acople en lo referente al sexo y sus alrededores, se sumaba también el gusto de ambos por el humor delirante, por el cine, por las drogas expansivas (aparte del hachís de rigor, le daban también a los tripis y a las anfetanas).

El soldado propuso, exhibiendo una erección digna de aplausos, un trío de sobremesa que sorprendió a los dos amigos que hacía años que no compartían cacho. Lavetusta jugó un rato, pero se reservó un papel totalmente secundario. El soldado (que era un verdadero exhibicionista) y el Ácido (al que divertía la

situación) le dedicaron una verdadera faena, un festival de besos y mamadas, un torneo de abrazos y lucha libre; un redoblar de azotes en el culo... y muchas risas.

El Ácido propuso continuar la batalla en el dormitorio y entonces sonó el teléfono. Levantó el tubo, escuchó la inconfundible voz de la Marchante Clandestina (“El café se enfría”) y pasó el teléfono al periodista. El Ácido y Lavetusta siguieron en lo suyo mientras Lavetusta calmaba a la galerista alternativa.

Se vistió y despidió sin hacerse notar dejando sobre la mesa condones de regalo, una generosa china y papelillos. Ya en el pasillo escuchó al soldado decirle al Ácido: “Quiero que me folles”. “Pensé que nunca me lo ibas a pedir”, contestó el Ácido. Lavetusta, bajando la escalera, volvió a recordar a la Peyrefitte: “Seducirlos es menos difícil que amarlos y ser amados por ellos”.

La Marchante Clandestina hizo desfilar ante Lavetusta la serie “Variaciones sobre muchacho con cerezas”. En los pasillos, recostados en los muros se alineaban los cuadros desembalados, de cara a la pared. Lo arrastró hasta el salón, sirvió café, lo interrogó sobre el caso de Rody Bolívar Anchorena y, finalmente, tras un adecuado suspense, lo guió, misteriosa, hacia la serie “Variaciones sobre muchacho con cerezas”, que “ha llegado a mi de una manera insospechada que ya te contaré”. Llevaron los cuadros a una sala en la que se encontraban, sobre una tarima, seis caballetes (allí, la Marchante Clandestina organizaba las subastas de las obras de sus patrocinados).

Finalmente puso ante el periodista la serie compuesta por seis lienzos “en los que se han utilizado diversas técnicas (collages, fotografías Polaroid, óleo, sangre e, incluso, merda d’artista)”: “Alexander y los lobos”; “Las tentaciones de Alexander”; “Alexander y el aprendiz de hechicero”; “Alexander y la sogá de Baudelaire”; y “La resurrección de Alexander”.

### **“Alexander y los lobos”**

Óleo-foto-collage

Varias fotos de Alexander, desnudo, tocado con un fez como en “Muchacho con cerezas” de Manet, posa junto a un minibar de habitación de motel de carretera. Las fotos se superponen junto a recortes de prensa con titulares destacados con rotulador. En el margen izquierdo, Bolívar Anchorena ha pintado con exceso de

detalle los rostros de personajes relevantes y no menos relevantes delincuentes internacionales de primer nivel.

### **“Las tentaciones de Alexander”**

Óleo-foto-collage

Fotos recortadas tomadas en una fiesta marbellí. Alexander lleva en las manos una copa de helado adornada con cerezas. Va desnudo y el fez que tenía en la cabeza ahora aparece colgado de su polla en erección. Utilizando el recurso lupa: ampliación del rostro de los que aplauden la aparición del boy entre las mesas. Detalle de las mesas: botellas de Möet Perignon y bandejas de plata con largas rayas de cocaína. Todo el cuadro está chorreado de arriba abajo con hilillos de sangre del artista oscurecida y tratada al soplete para dañar, intencionadamente, los bordes del cuadro provocando un insólito efecto pergamino que envejece y transforma en intemporal la obra.

### **“Alexander y el aprendiz de hechicero”**

Óleo-foto-collage

Alexander con fez y gafas oscuras de marca, fotografiado en un aeropuerto junto al panel de Llegadas y Salidas. Se amplía el panel informativo que cubre todo el fondo: señalados con rotulador se destacan los siguientes destinos: Medellín, Nueva York, Miami, Ámsterdam, La Paz. En el sector derecho se amplía la imagen de las maletas de Alexander a punto de ser despachadas: están marcadas con una cruz marrón (elaborada con merda d'artista y chocolate espeso). En el sector izquierdo, el ratón Mickey es perseguido por un ejército de escobas extraídas de un fotograma de *Fantasía* (Walt Disney, 1940).

### **“El martirio de Alexander”**

Óleo-foto-collage

El lienzo está cubierto por una fotografía ampliada hasta el grado último de definición. El modelo aparece crucificado en una cruz de San Andrés. La

composición exalta una estética leather y sadomaso. Alexander, desnudo en X, como el hombre de Vitrubio de Leonardo da Vinci, conserva el fez: desde la frente brotan hilillos de sangre (de Bolívar Anchorena). Sobre los maderos de la cruz se pueden leer a primera vista números de cuentas corrientes y nombres de bancos con sede en Barbados, Jersey, las islas Caimán, Liechtenstein, Andorra, Ginebra...

### **“Alexander y la soga de Baudelaire”**

Óleo-foto-collage

Sobre el suelo gris de la celda (ampliada por los expresionistas barrotes proyectados sobre el fondo del cuadro), el fez aparece junto a una silla caída sobre una alfombra de huesos de cerezas (incorporados al cuadro) y un revoltijo de periódicos ensangrentados y enmerdados (sangre y merda d’artista). En otro plano, sobre el muro lateral, se adivinan pintadas (“Alexander estuvo aquí”) y la sombra de la silueta pendular del ahorcado. El uso del recurso lupa destaca en primer plano, en francés, pasajes del poema en prosa de Baudelaire, dedicado a Manet: “La soga”.

### **“La resurrección de Alexander”**

Óleo-foto-collage

Utilizando la composición de “El entierro del conde de Orgaz”, Alexander se eleva a las alturas trepando por una soga. En el margen superior le aguarda “El bebedor de absenta”. En el margen inferior un collage de fotos retratan (y nunca mejor dicho) a los asistentes a múltiples cenas, brindan, ríen, posan para *Hola*. Asomando por debajo de los manteles, destacan racimos de cerezas aplastados que tiñen de rojo toda la base de la composición que parece flotar sobre un mar de sangre y ´merda d’artista`.

“¿Qué opinas?”, preguntó la Marchante Clandestina. “Una obra verdaderamente impresionante, sin dudas”, dijo Lavetusta. “¿Qué opinas?”, insistió la galerista. “Necesito más datos”, respondió el periodista. “¿Otro café”?, dijo ella. “Vale”.

La Marchante Clandestina contó a Lavetusta que el día previo a su detención en Barajas tuvo una reunión con Rody Bolívar Anchorena. Rody, viejo amigo de la galerista alternativa, le propuso que se encargara de colocar su último trabajo, las “Variaciones sobre muchacho con cerezas”. Y, lo más importante, impuso una condición: la serie debía ser ofrecida a las personas que figuraban en un mailing que le facilitaría junto a los cuadros. “Al día siguiente, a la hora del Telediario, mientras el pobre querido aparecía en la pantalla hecho un clochard, llegó el camión con la serie y un listado...”

La Marchante le entregó el folio con los nombres, dirección y teléfonos de los potenciales compradores señalados por el pintor. El periodista no tardó en advertir que los nombres se correspondían con los rostros que aparecían en los cuadros. La Marchante Clandestina agregó, con un tono de sinceridad poco corriente en ella y cogiéndole las dos manos: “Tengo miedo”.

Lavetusta le dijo que no tenía ninguna obligación de comprometerse con un asunto turbio y que su compromiso para con los artistas también tenían un límite claro, fijado por el Código Penal. La Marchante, repuesta de su debilidad (comprensible y disculpable), se soltó de las manos del periodista y dijo: “Ni hablar, contactaré con todos como pacté con mi cliente. Una es una profesional. Organizaré una muestra conjunta para mañana mismo. No puede haber mejor argumento: el artista, por los motivos que ya saben los aquí reunidos, se ve obligado a desprenderse, urgentemente, de su obra magna: ‘Variaciones sobre muchacho con cerezas’”.

El periodista se despidió de la Marchante Clandestina que estaba con el inalámbrico en la oreja, en plena tarea de convocar a los presuntos implicados (“escrachados”, hubiera dicho el gorila porteño Pija de Oro) en el listado de Rody.

## **CAPÍTULO XVI**

A las seis de la tarde Lavetusta entró en el Figueroa, pidió una cerveza y se dispuso a esperar a Pepe el Cojo. Sacó la libreta del macuto y empezó a escribir. A las seis y diez llegó Emilio la Teóloga con información fresca sobre la peregrinación a Sodoma prevista para el sábado, por los miembros y simpatizantes de Gays Crist.

Ya habían contratado un autobús y Emilio la Teóloga sospechaba que era probable que hubiera que alquilar otro, dado el entusiasmo con que había sido recibida la convocatoria.

Lavetusta le pidió que lo mantuviera informado y que, por favor, “lo dejara trabajar”. Emilio la Teóloga partió hacia la mesa contigua, ocupada por dos locas marxisto-fidelistas que discutían acaloradamente con la Zorro Gris, el amigo cubano de Lavetusta. “Tú niegas los logros de la revolución, porque eres un gusano... de Miami”, dijo uno de las locas marxisto-fidelistas. “Y tú un comemierda... de Stalin”, contestó la Zorro Gris. Lo gracioso de la situación era que la Zorro Gris follaba con las dos locas marxisto-fidelistas sin ningún tipo de contradicción ideológica.

Lavetusta continuó escribiendo mientras oía a la Zorro Gris despotricar contra Fifo (como llamaba a Castro) y su parentela cercana: su hermanito, la Raula, una loca tapada, malísima, y la mujer de la Raula, Vilma Espín, un tortón de cuidado (la parejita, para disimular, es más homófoba que el propio Fifo y su novio juntos, el de la divina presencia, el llorado Che Guevara del poster).

La Zorro Gris, lanzada, asegura que Fifo es un maricón encubierto, que todo el mundo lo sabe en la Habana: se habló mucho de su relación con el Che (que, por cierto, estaba bueno hasta después de muerto) y con Ernestina Hemingway (alias La Macha) y la Gabo García Márquez (para nombrar solo tres de la extensa lista de sus escribas oficiales, nacionales y extranjeros, siempre dispuestos a hacerle una mamada agradecida). “Así no se puede hablar seriamente de política”, dijo una de las locas marxisto-fidelista. La otra agregó mirando a la Zorro Gris: “Estoy pensando que te tuviste que ir de Cuba, no por maricón, como dices, sino por contrarrevolucionaria, como me lo demuestran tus palabras”.

Lavetusta, viendo que la concentración era imposible y, para qué negarlo, porque tenía ganas de marcha dialéctica, se sumó a la tertulia. Emilio la Teóloga lo miró malévola y le dijo: “¿No tenías que trabajar?”. “Me interesa el tema”, respondió Lavetusta. “¿Y cuál es tu opinión al respecto, si se puede saber?”, dijo la más loca de las locas marxisto-fidelista. “Estoy de acuerdo contigo”, dijo Lavetusta señalando a la menos loca de las locas fidelistas. “¿En qué?”, dijo el aludido. “Precisa, preciosa”, agregó impertinente su camarada-compañero. “En que así ´no se puede hablar seriamente de política`... ni de nada. Cómo se puede hablar con locas tan

irresponsables como para adorar a Fifo. Mirad, si hubierais tenido la desgracia de ser locas cubanas en vez de ser locas europeas turistas revolucionarias, probablemente opinaríais lo mismo que la Zorro Gris... O ¿estáis locas?... ¿No sabéis lo que ocurre en Cuba?”.

Las locas marxisto-fidelistas callaron, incómodas y sin argumentos que exponer. Por otra parte, la Zorro Gris, víctima de Fifo, también callaba. Emilio la Teóloga, como siempre, fue el encargado de romper el silencio, apuntando: “Ha pasado un ángel”.

Lavetusta dijo: “Que alguien lo cace y me lo sirva con patatas”. “Y hablando de comer...”, soltó una de las marxisto-fidelistas dirigiéndose a Zorro Gris. “... Te invitamos a cenar a un cubano”, completó la otra. En eso llegó Pepe el Cojo y se llevó a Lavetusta al Salón del mimbre (como le llamaba el Ácido, aludiendo a los sillones de dicho material). Se sentaron en uno de los últimos sillones y liaron, con discreción hipócrita, dado que en el establecimiento, aunque eran tolerantes, no admitían el exhibicionismo de chinas y papelillos sobre las mesas de mármol: “cual lápidas de *La colmena* de Cela, montadas sobre bases de antiguas máquinas de coser: “¿Qué abuela de loca habrá pedaleado en esta Singer?”, dijo una vez Lavetusta (e incluso escribió un poema sobre el asunto).

Se intercambiaron los canutos (siguiendo el rito habitual) y puntuaron positivamente (ocho, según Pepe el Cojo; nueve, según el periodista) al nuevo camarero búlgaro recién aterrizado. Pidieron cervezas, fumaron y bebieron contemplando a los jugadores de billar, en plan voyeur sin recato: “¡¡¡Qué bonito, joder!!!”, dijo Lavetusta ante el tableau vivant (que diría la Peyreffite): “Sí que es bonito, tiene la belleza de lo efímero”, contestó Pepe el Cojo (que de vez en cuando le regalaba frases a Lavetusta). “Pero no creas, juntos están muy bien, pero por separado, pierden mucho...”

“Paso a informar”, dijo Pepe el Cojo, rematando el canuto y bebiéndose a continuación media cerveza de un trago. “Se acabó el recreo, presta atención. Asunto entrevista en Carabanchel de Lola Penales y Rody. Flechazo: amor a primera vista. La padra penalista me confesó que está pirada por el excéntrico delincuente y me dijo que se toma el caso como un asunto personal. El caso en sí, complicadillo. Parece ser que Rody está en chirona *motu proprio*, así dijo la Penales, y que su detención forma parte de un plan que ha organizado para cargarse a un

montón de peces gordos a los que responsabiliza de la muerte de su amante y modelo Alexander.

Rody le dijo a Lola Penales que se sorprendió mucho al enterarse de que la policía no había encontrado nada en el registro a los Apartamentos Colón y que fue entonces cuando se dio cuenta de que yo me había adelantado a la pasma. Con lo cual, según él, le he 'chafado el plan' y tuvo que 'idear otra estrategia para que se cumplan las profecías'. Y me mandó un mensaje a través de la Penales: 'El pájaro es tuyo, pero te recuerdo que hace calor'".

"¿Críptico, no?", dijo Lavetusta. "Para nada", respondió Pepe el Cojo, y argumentó: "La primera parte está muy clara: 'El pájaro es tuyo...' y el perico también es un pájaro. Elemental. Es mío, nuestro, pero Rody no sabe que existes, y por tanto, puedo, podemos, hacer con el pajarito lo que nos salga de los huevos. Y, ahora viene la segunda parte: '..., pero te recuerdo que hace calor'. Hace calor y cuando hace calor hay que poner en marcha el ventilador y cuando el ventilador se pone en marcha la mierda vuela como los papeles de un periódico, de una revista... Y ahí entras tú... es un favor que no podemos negarle a Rody", remató Pepe el Cojo señalando a Lavetusta.

"Segundo Tema", anunció Pepe el Cojo. "¿Qué hacemos con el pajarito que quiere volar? ¿Aceptamos la oferta de tu Gorila peligroso? Y, lo más importante: ¿cuándo, dónde y cómo lo hacemos?". Tras breve deliberación decidieron aceptar la oferta del Gorila y notificarlo en Joy esa misma noche. ¿Cuándo se formalizaría el trato? Mañana mismo. ¿Dónde y Cómo? Quedaron sin definir, ya que Emilio la Teóloga apareció en el Salón del mimbre para informar a Lavetusta que la asamblea permanente de Gays Crist requería su presencia en la planta baja para ajustar detalles referentes a la cobertura informativa de la expedición al santuario de Santa Marica en Sodoma.

Pepe el Cojo, antes de abandonar el Figueroa, dijo a Lavetusta: "Después de Joy, en la cueva". Lavetusta se resignó y se instaló en la mesa en la que debatía la plana central de Gays Crist. Desconectó y se dedicó a mirarlas con interés de entomólogo, al tiempo que fingía tomar notas en su libreta (lo que en realidad escribía era la frase que le había soltado el Ácido en el Salón del mimbre: "La belleza es efímera" y pensó en el chico, como siempre...).

Abandonó a las locas cristianas, se dirigió a la barra, pidió una cerveza y el teléfono. Llamó a *Conmoción* y pidió a la telefonista (que de paso le dijo: “Sin novedad en el frente, rey, si llama el que tiene que llamar, te dejó un recado en tu mesa, corazón ¿con quién te pongo?”) que le pasara con la jefa de redacción.

“¿Cuándo cerramos?”, preguntó Lavetusta. “Ya tendríamos que haber cerrado”, contestó la redactora jefe. Lavetusta le informó que había visto la documentación del caso Bolívar Anchorena. Verdadera pólvora. El informante la vendería a *Conmoción* si le garantizamos el anonimato y le damos veinticuatro horas para desaparecer del mapa antes de publicar nada. La jefa de redacción prometió hablar con el director, pero le advirtió: “está con un humor de perros porque se han roto las máquinas tragaperras del Ruti, y ya imaginarás, no hay quien lo soporte en mono”.

Lavetusta prometió estar en la redacción a primera hora de la mañana y cortó. Las locas de Gays Crist continuaban discutiendo alteradísimas y Lavetusta consideró que era el momento justo para esfumarse. Pagó en la barra las cervezas (las suyas y las de Pepe el Cojo) y la llamada y dejó una hermosa propina en señal de bienvenida al hermoso camarero búlgaro que le sonrió prometedor: “Seguro que a este crío la ciudad lo recibe con los brazos (y las piernas) abiertos”, reflexionó el periodista y salió del Figueroa.

## **CAPÍTULO XVII**

Lavetusta miró el reloj: las ocho. Debería comer algo, pensó, y enfiló hacia el Santander. Pidió un par de lorenas, un minibocata de ensaladilla alemana y una cerveza. En el Santander una convención de progres hablaba de ir a cenar a El Comunista, otros preferían El Bierzo y otros se decantaban por el Río Aliste. Un progre pudiente marcó las distancias y propuso Carmencita o La chocolatería. Lavetusta devoraba sus lorenas cuando tras la cristalera divisó a Ibrahim entrando en el Topxi. Terminó la cerveza, salió del bar y cruzó la calle.

En el Topxi imperaba el folklore. Las pantojeras, un grupo de adictas a la tonadillera viuda, cantaban sus virtudes y reivindicaban sus dotes interpretativas en *Yo soy esa*. Ibrahim hablaba en la barra con dos clientes-amigos a los que

anunciaba su próxima retirada en Kenitra. Lavetusta se unió al grupo y charlaron sobre Maroc y los muchísimos primos siempre disponibles de Ibrahim.

Viendo que Ibrahim estaba trabajando (para él y toda su familia) Lavetusta optó por hacer un mutis hacia los bajos del establecimiento: servicios y laberinto de minúsculas cabinas. En una de ellas, un muchacho en vaqueros y sin camisa, fumando, se ofrecía con desgana; en el pasillo, un mediano-edad con traje y corbata, saboreaba su copa y dudaba frente a la cabina del descamisado.

El periodista se perdió en el laberinto durante un rato, pero tuvo que reconocer que su pensamiento estaba en otro lado. Evaluó la situación y pasó de la euforia al miedo, del pánico al entusiasmo, todo velozmente acelerado, como una llama corriendo sobre un reguero que fluyera de un barril de pólvora sobre el que se veía sentado.

Pero en los momentos de euforia, las imágenes que le venían a la mente eran insuperables. Disfrutando de esas imágenes, en las que Lavetusta se veía junto a Pepe el Cojo como si fueran Paul Newman y Robert Redford en *El golpe*, el periodista ni se percató de la llegada de la silueta que lo cogió del brazo y lo introdujo en la cabina.

Era Mod, un niño del que Lavetusta estuvo a punto de enamorarse y lo hubiera hecho de no haber aparecido, de pronto, como un relámpago, como en el poema de Salinas (“Yo no necesito tiempo/ para saber cómo eres/ conocerse es el relámpago”), el chico ausente. Mod se llamaba Andrés y era de Leganés, pero parecía recién salido de *Quadrophenia*. Eso fue lo primero que le llamó la atención. Así de original era Mod, otro que estaba a disgusto en su tiempo y tenía nostalgias retroactivas que no le correspondían dada su edad y una tendencia hacia la autodestrucción bastante preocupante. Mod le dijo que iba por Pelayo cuando lo vio entrar en el Santander. Esperó hasta que saliera y lo siguió al Topxi. Lavetusta, con la autoestima por las nubes, besó a Mod y le dijo: “Vamos a un sitio más cómodo”.

En la sauna Pelayo los esperaba la ducha, el vapor y la cabina. Mod tenía ganas de charla y alternaba las mamadas a Lavetusta con disquisiciones acerca de lo terrible que era ser mariquita. Lavetusta le decía que no era para tanto y que, además, resultaba más inteligente pensar en las ventajas e ignorar los inconvenientes. Mod insistía en lo desgraciado que era ser joven y ser maricón.

Lavetusta le dijo que él a su edad pensaba lo mismo, pero no por maricón, sino por joven. Mod le confesó que se pasaba todo el tiempo pensando en la mejor manera de suicidarse. Lavetusta le dijo que hay dónde elegir y pasó a enumerarle unos cuantos sistemas con sus pros y sus contras. Mod le recriminó: “Te estoy hablando en serio”. “Y yo también”, contestó Lavetusta y le aseguró que pensar en el suicidio en la juventud es algo muy saludable pues revela conciencia de uno mismo... “y uno entiende que nadie puede hacerte nada peor que lo que tú puedes llegar a hacerte cuando lo decidas... Eso es genial, niño, si lo piensas un rato ya vas a ver cómo lo entiendes perfectamente...”.

Mod se tiró sobre la litera y atrajo a Lavetusta. Lavetusta empezó a besarle las diminutas tetillas mientras Mod seguía con sus preocupaciones existenciales y exigía respuesta inmediata: “¿Y por qué me siento tan desgraciado?”. Lavetusta decidió tenderse junto a Mod, imposible. La estrechez de la litera lo impedía. Mod solucionó el problema colocándose de canto. Lavetusta se deslizó a su espalda y lo rodeó con su brazo. Mod le indicó: “Pon tu polla entre mis piernas”.

Lavetusta lo complace y consuela acariciando el pecho de Mod y bajando hasta su polla. “Sigue”, dice Mod y Lavetusta comienza a masturbarlo. “Sigue...hablando”, aclara el impertinente suburbial. Lavetusta obedece sin soltar la polla de Mod: “Quiero decir que todo eso que crees que solo lo experimentas tú es más corriente, menos original de lo que piensas, ya le ha pasado a un montón de gente antes, y claro que ser maricón complica el asunto, pero no es el fondo del problema que, por otra parte, no es ningún problema ya que tiene solución: el tiempo que pasa inexorable... Mira, Andresito, no es que el joven sea desgraciado, es que en el fondo desea serlo. ¿Qué joven que merezca ser llamado así no ha querido ser James Dean o Raskólnikov, el príncipe Hamlet o River Phoenix... pero, ya lo decía Borges, con los años uno deja de ser tan ambicioso y se conforma cogiendo el capullo mientras puede... *Carpe diem*”, declaró Lavetusta acariciando el glande de Mod. “Quiero que me folles”, dijo Mod. “¿Seguro?”, contestó Lavetusta. “Sí, quiero sentir tu polla dentro”.

Un rato después, viendo a Mod en las duchas, Lavetusta recordó un pasaje del *Valentín* de Gil Albert: “Desnudo, en medio del agua, tuve la impresión de que contemplaba, en su marco apropiado, la figura de un dios”, y era cierto, un Dios de Leganés.

## CAPÍTULO XVIII

Mod, que debía volver a Leganés, se despidió de Lavetusta en el vestuario de la sauna Pelayo con un casto beso en la mejilla. “¿Es tu sobrino?”, preguntó la Daga, una loca famosa por su lengua afilada a la que Lavetusta detestaba cordialmente. “Algo así”, dijo el periodista y partió hacia el bar.

Las Puente Aéreo comentaban la conmoción que produjo en sus almas pecadoras la buena nueva de la aparición de Santa Marica en Sodoma. Lavetusta pidió una cerveza y se escabulló rumbo a la cabina (no estaba permitido llevar botellas) abrazado a su macuto. Solía encerrarse a escribir en las cabinas de las saunas. En un instante montaba su despacho. Esparcía sobre la litera sus papeles y sentado en posición de loto podía escribir durante horas. Tomó notas y escribió largo rato. Recogió todo y lo guardó en el macuto. Oscureció la cabina, se cubrió con la toalla y se quedó dormido.

A las dos de la mañana se despertó como un reloj. A las dos y cuarto abandonaba la sauna Pelayo y tomaba un taxi hacia Joy Eslava. Treinta minutos más tarde (tal era el atasco) el taxi lo dejó junto al callejón de San Ginés (en ese momento un grupo de turistas escuchaba las explicaciones de una loca-tour-operadora: “... aquí venía Ava Gardner a tomar chocolate con churros para rematar noches de flamenco y borrachera...”).

Saludó a la encargada de Joy con la frase de siempre: “¿Qué tal la noche?”. “Triste, como un sauce llorón”, dijo ella. En la barra lo esperaba el Gorila al que le gustaban los pendejos. “¿Qué te pido?”, dijo. “Una Mahou”, contestó Lavetusta. “¿Todo bien?”. “Todo bien”. Silencio hasta que llegó la birra. Lavetusta bebió y dijo: “El proveedor acepta el trato. Esta tarde, a las siete, en el Funicular de Rosales y solo”, dijo Lavetusta. “Allí estaré”, dijo el Gorila y agregó: “Esto hay que celebrarlo”. “Otro día”, dijo Lavetusta. Y agregó: “Ya cumplí con mi papel de intermediario, así que, de ahora en más, yo me borro”. “¿Y qué beneficio sacas?”, dijo el Gorila. “Lo mismo que tu jefe, una pequeña comisión por presentar gente”, respondió Lavetusta.

Abandonó Joy, caminó hasta Sol, compró la prensa y tomó un taxi . Al llegar a la cueva vio a Pepe el Cojo esperando en el portal. Subieron en silencio. Hicieron café y se pusieron a trabajar cada uno en lo suyo. Desenterraron el tesoro: Lavetusta colocó toda la documentación en un sobre marrón y Pepe el Cojo (después de reservar una generosa doble ración para consumo de ambos) preparó un paquete con las tabletas de perico. Terminaron el café y decidieron acostarse. Pepe el Cojo, ya en la cama, dijo: “Estoy muy tenso ¿sabes lo que viene bien en estos casos?”. “Sí, pero mejor que no”, dijo Lavetusta.

Antes de las nueve el periodista ya estaba en pie. Se duchó, afeitó y vistió con esmero en tiempo récord. Guardó el sobre marrón en el macuto, escribió una nota y (sin despertar a Pepe el Cojo que dormía con cara satisfecha) abandonó la cueva. Llegó a *Conmoción* antes que la telefonista y se dedicó a fotocopiar toda la documentación que Rody Bolívar Anchorena escondiera detrás de “Muchacho con cerezas” con la expresa intención de que fuera descubierta por la policía y llegara a manos del juez.

Cuando arribaron el director y la redactora jefe, Lavetusta escribía como un poseso en su ordenador y con la mesa cubierta de fotocopias. Director y redactora se ubicaron detrás de él y leyeron sobre su hombro sin emitir sonido. En silencio más que respetuoso, religioso.

Una vez que el periodista terminó y dio a editar, el director y la jefa de redacción preguntaron a dúo: “¿Puedes demostrarlo?”. “Sí, pero el informante quiere cobrar, que le garanticemos el anonimato, y que embaguemos la documentación hasta que se ponga a resguardo, un máximo de 24 horas”. “¿Cuánto pide?”, preguntaron. El periodista garabateó una cifra en un papel. El director exclamó: “¡¡¡Joder, joder, joder!!!”. La jefa de redacción dijo: “¿Hay margen de negociación?”. “No”, dijo Lavetusta. El director miró a la redactora jefe y asintió con la cabeza: “Vale, se puede asumir”, dijo la redactora jefe, “... pero queremos toda la documentación original y los negativos del material fotográfico”, agregó. “Eso, no sea que nos pillemos los dedos cuando intervenga el juez”, terminó el director, dando luz verde a la operación.

Con el “Sí” conseguido, Lavetusta procedió a informar que tenía que realizar una llamada. Marcó el número de Pepe el Cojo (sabiendo que este, a esa hora, dormía en la cueva) y tuvo una agradable charla con el contestador. A posteriori

comunicó al director y a la redactora jefe que el informante aceptaba el trato y estaba dispuesto a entregar la documentación en una hora, en el Retiro, previo pago en efectivo de la suma pactada. El director indicó a la redactora jefe que extendiera el talón.

Con el talón en la mano entró en la sucursal del banco. A regañadientes (“Cuando se retiran cantidades como esta hay que avisar con tiempo”) la cajera pagó. Lavetusta guardó los fajos de billetes en el macuto y volvió a la cueva, silbando “La Vie en Rose”.

Cuando entró en la cueva lo recibieron los ronquidos de Pepe el Cojo. Escribió una nueva nota, adjuntó dos fajos de billetes, los depositó en la almohada y volvió a salir rumbo a la revista.

Llegó a *Conmoción* y se encerró en el despacho del director con la redactora y el ludópata. Entre los tres se dedicaron a armar el puzle informativo y planearon el lanzamiento de la bomba.

“A ver si lo entiendo”, dijo el director, con un lápiz rojo, de carpintero, en la mano, “así que este pájaro se hace enjaular y fabrica las pruebas que incriminan a todos estos y a todas estas (el director apuntaba con su lápiz a las fotos desplegadas sobre la mesa) ¿Por qué (se preguntaba rascándose la cabeza con el lápiz de carpintero) y para qué monta este individuo semejante follón que le puede costar el cuello?”.

“¿Por qué? Está muy claro, por amor”, dijo la redactora jefa totalmente ganada por la causa del artista enchironado. “¿Para qué?”, agregó, “también está muy claro, para vengar la muerte de su novio”. Y concluyó: “Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo”.

El director agitó su lápiz como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible, llamó al maquetista, Pepe Botella (nada que ver con el hermano de Napoleón; es que se llamaba José y era alcohólico, como buena parte de los veteranos de *Conmoción*) y se dispuso a disfrutar de lo que más le gustaba en la vida (aparte de las maquinitas del Ruti): diseñar la portada.

Lavetusta preparó unos recuadros informativos sobre “¿QUIÉN ES QUIÉN?” en esta historia y muchos pies de fotos cargados de mala intención autorizados tácitamente por el director: “No te cortes, chaval... ¡¡¡Mete Caña!!! ¿Con qué no CONMOCIONÁBAMOS? Pues ahora van a ver esos cabrones que nos querían

cerrar... Señoritos de mierda... No te cortes chaval... y que salga el sol por Antequera...”.

Satisfecho con su profesión, Lavetusta abandonó la redacción no sin antes asegurarse de que tendría un fotógrafo para cubrir la peregrinación de las locas de Gays Crist a Santa Marica en Sodoma.

## **CAPÍTULO XIX**

Al entrar en la cueva, sobre la cama, encontró una nota de Pepe el Cojo: “Gracias por el regalito (los dos mazos de billetes). A las seis y media, en Debod” y una PD: “Llamó tu novio el fugitivo. Dice que está en Tenerife y que regresa pronto, está en lista de espera. Volverá a llamar. Creo que se mosqueó un poco por encontrarme aquí. Me parece que está celoso. Buena señal”.

Se desnudó y metió en la bañera. Abrió el grifo de agua caliente, lo reguló hasta lograr una temperatura adecuada, se sumergió y rememoró chapoteos memorables con el chico desmemoriado. Cerró el grifo (ya había experimentado algunas inundaciones por no hacerlo) y cerró los ojos (Lavetusta solía dormir largas siestas en la bañera). Se despertó temblando. El agua se había enfriado. Se dio una ducha hirviente para contrarrestar la desagradable sensación térmica. Y en eso sonó el teléfono.

¿Sería el chico llamando desde Tenerife? Cogió una toalla y secándose llegó al teléfono y levantó el auricular: “Bombón, qué suerte que te encuentre (Lavetusta reconoció inmediatamente a la Marchante Clandestina). Te llamo para anunciarte que ya está preparada la exhibición de ‘Variaciones’. Han confirmado su asistencia la mayoría de los convocados que figuraban en el mailing de Rody. Que respondan con esa inusual premura es señal inequívoca de que están acojonados. Por supuesto que garanticé discreción absoluta y nada de prensa..., pero, claro en tu caso es distinto. Ya sabes, a las 21 PM. Te espero. Ciao...”. La Marchante Clandestina cortó sin permitir a Lavetusta meter un bocadillo en el monólogo...

A las 18.30 PM (para usar la terminología horaria de la Marchante clandestina), Lavetusta subía “una de las escalinatas más horribles del planeta” (como dijo una vez el Ácido), entre pétreos sacos terreros híper-realista-fachas que

recuerdan que aquí estuvo el Cuartel de la Montaña... El templo de Debod se imponía con rotundidad sobre la explanada, trasplantado (por culpa de una presa que inundó su primitivo emplazamiento egipcio) al mirador más bello de Madrid.

Allí, en la zona de los azules catalejos para turistas, Pepe el Cojo miraba por uno. Se acercó. Pepe el Cojo enfocaba el catalejo hacia la Casa de Campo. Dijo a Lavetusta que pegara el ojo y mirara en la dirección indicada. Luego, dijo “Vamos” y caminando por pintor Rosales le explicó el plan.

Llegaron a la estación del teleférico y sacaron billetes de ida y vuelta. Una de las “unidades” entraba en ese instante. Subieron. Se sentaron el uno al lado del otro y vieron acercarse el abismo. Sobrevolaron las instalaciones ferroviarias de la estación del Norte, el “riíto” (como le llamaba el Ácido) Manzanares, las milagrosas huertas lindantes... e, inmediatamente, la Casa de Campo.

Pepe el Cojo indicó a Lavetusta el sitio. El periodista intentó fijar desde la altura el lugar indicado por Pepe el Cojo. Para situarlo con mayor precisión comenzó a contar las altas columnas que sostenían el cable por el que se deslizaba la vagoneta.

Entraron en la “nave nodriza” (así llamaba el Ácido a la estación del teleférico). Lavetusta descendió y Pepe el Cojo (después de entregar su billete de vuelta al encargado) continuó de regreso hacia Rosales.

A las 19 PM llegó el Gorila, de azul reglamentario y elegante ataché negro. Pepe el Cojo lo esperaba a la entrada del teleférico con los billetes en la mano. Se saludaron con total normalidad y subieron la escalera hacia la rampa donde se alineaban las vagonetas. Pepe el Cojo entregó los billetes al muchacho encargado de abrir y cerrar herméticamente la cabina y este se lo quedó mirando intrigado.

Entraron en el cubil y se sentaron frente a frente. Ni bien tuvieron el vacío a sus pies, Lavetusta bajó la cremallera de su chupa de cuero, extrajo el voluminoso sobre marrón que llevaba sujeto al forro de la chupa con cinta plástica, y se lo pasó al Gorila.

El Gorila sopesó el paquete, abrió una de las tabletas, raspó con la uña. Lamió, comenzó a pulverizar un trocito de cristal (así de pura venía la coca de Rody) sobre el plástico del envoltorio, esnifó y miró con fijeza a Pepe el Cojo, que mantuvo (con su dignidad habitual y un tanto chula) el duelo visual. El Gorila esboza una helada sonrisa y pasa a Pepe el Cojo el ataché.

Pepe el Cojo abrió el ataché y (sin contarlos) colocó los fajos de dólares en una bolsa de plástico de El Corte Inglés que extrajo como un prestidigitador de uno de los muchos bolsillos de su chupa. La cerró con un doble nudo. Se acercó a la ventanilla, divisó a Lavetusta, quieto como una diana, junto a la quinta columna que sostenía el tendido de los cables de acero del teleférico. “En un ver y no ver” (expresión de Emilio la Teóloga), Pepe el Cojo bajó la ventanilla y arrojó la bolsa de El Corte Inglés.

El Gorila se puso en pie y miró hacia abajo: la bolsa caía a plomo hacia un hombre que corría con los brazos en altos y las manos abiertas, agradecidas, dispuestas a recoger el maná que llovía del cielo. La bolsa cayó a pocos metros de Lavetusta. El periodista la recogió e introdujo en su macuto (vacío para la ocasión), miró hacia las alturas, envió un saludo a modo de reverencia del Siglo de Oro (“Hay que barrer el suelo con la pluma cuando uno se descubre ante una dama como usted”, dice la Peyreffite que dijo Cirano Dubois, un actor de la Comédie, al conocer a Jaumandreu) y se perdió entre las encinas y madroños (sin oso).

El Gorila se sentó y dijo: “¿Por qué lo hiciste?”. “Para evitarte la tentación de quedarte con todo”, dijo Pepe el Cojo. “Hiciste bien”, dijo el Gorila. Se mantuvieron la mirada hasta que la vagoneta entró en “la nodriza”. El encargado abrió la puerta. Pepe el Cojo descendió, entregó un billete de vuelta y dijo: “Yo me bajo aquí, pero el señor vuelve”. El encargado cerró la puerta con la cadena de seguridad y empujó la vagoneta hacia la rampa de salida. Pepe el cojo y el Gorila de azul continuaron con su duelo de miradas hasta que la vagoneta saltó al vacío.

Pepe el Cojo abandonó la terminal del funicular y atajó (conocía todos los atajos de la Casa de campo pues, como el Ácido y Lavetusta, también disfrutaba del follaje entre el follaje) hacia Lago. En el vestíbulo del Metro lo esperaba Lavetusta, fumando tras un periódico abierto, sospechosísimo, como escapado de una peli de espías. Pepe el Cojo le indicó que no fuera numerero y le ordenó que se comportara con normalidad. En el trayecto hasta Alonso Martínez apenas hablaron, pero al abandonar el Metro se quitaban las palabras de la boca el uno al otro, riendo, embistiéndose de lado, como adolescentes.

Caminando por la plaza Santa Bárbara hacia Hortaleza, imprevistamente, Pepe el Cojo se detuvo y se sentó en un banco. Lavetusta se sentó a su lado. Permanecieron un largo rato como si fueran buzos que se estuvieran

descomprimiendo de una bajada a los abismos submarinos... Pepe el Cojo, dijo: "Salió bien". Lavetusta asintió: "Salió bien". Como si estuvieran sincronizados (en muchas cosas lo estaban) se levantaron y caminaron hacia Hortaleza.

Al llegar a Gravina torcieron a la izquierda y al llegar a Pelayo el farolillo encendido de Leather, les indicó que ya estaba abierto. Entraron, pidieron cervezas y se metieron en una cabina. Comprobaron que las cabinas contiguas estaban vacías y repartieron el botín: Pepe el Cojo hizo desaparecer los fajos de billetes verdes en los bolsillos interiores de la chupa, y Lavetusta acomodó los suyos en el fondo del macuto. Decidieron separarse: acordaron no volver esa noche a sus respectivos domicilios. Pepe el Cojo decidió pedir "Santuario" a un amante de toda la vida y Lavetusta pensó que como en casa de el Ácido en ningún lado. Evocar al Ácido le recordó a la Marchante Clandestina. Miró el reloj: las 21 PM.

## **CAPÍTULO XX**

Abandonó Leather, corrió hacia Augusto Figueroa y en la esquina del Santander arrebató el taxi a una loca-fin de semana (así designaba el Ácido a este tipo de loca ejecutiva triunfadora que competía como fiera, muy viril, durante toda la semana, y el viernes al ponerse el sol se metamorfoseaba en libélula sobre plataformas y hacía la competencia desleal, dado el alto poder adquisitivo, que era su mejor adorno, a las locas de siempre, las de todos los días de la semana).

Mientras la loca-fin de semana protestaba airada, Lavetusta indicó al taxista que moría de risa: "a Antón Martín". Veinte minutos más tarde el taxista lo dejó en Atocha esquina Cañizares. Lavetusta se sorprendió del trajín inusual en la calle del Ácido y la Marchante Clandestina: un ejército de gorilas de azul reglamentario y personal de seguridad de variados colores (en sus vestimentas), con y sin gorras, la habían tomado literalmente: se alineaban junto a Casa Patas o se mantenían, muy tiesos y avizores, en la entrada del edificio, oteando y olfateando los peligros que acechaban a sus amos, o dentro de los BMW y Mercedes (con matrícula de Andorra) aparcados (mal, violando todas las ordenanzas municipales) con las ruedas sobre la acera.

Brocha Gorda, una loca pintora sin talento (contratada para la ocasión como azafata por la Marchante Clandestina) le franqueó la entrada ante la mirada inquisitorial de los gorilas, choferes y seguratas. Mientras subían la escalera, Brocha Gorda le entregó una carpeta con la documentación pertinente de la serie “Variaciones sobre muchacho con cerezas”, de Rody Bolívar Anchorena. Brocha Gorda exclamó: “La jefa me dijo que te dijera que este dossier tiene premio y que tú ya entenderías... cada vez está más misteriosa”. Lavetusta enrolló el dossier y lo encajó en un bolsillo exterior del macuto: “Mira que eres tosco, lo único que te mereces es que te salga un novio hiperrealista, de esos que se llevan ahora y que a ella le gusta tanto representar...”, dijo Brocha Gorda, resentida por partida doble: contra la Marchante Clandestina que se negaba a vender sus espantos tardo-impressionistas y contra Lavetusta, que en un maligno artículo publicado en *Conmoción* recogió y difundió su alias: Brocha Gorda ( “Se lo merece”, dijo el Ácido, cuando vio la revista).

En el piso-galería solo se escuchaba la voz de la Marchante Clandestina que, junto a los atriles expositores, glosaba cada obra y aportaba significativos datos sobre la evolución del artista, “al que por cierto tanto admiramos y más aún en estos momentos, en el penoso trance por el que está atravesando y que todos conocen...”.

Los potenciales compradores habían sido ubicados en dos hileras de incómodos bancos más propios de un juzgado de Plaza de Castilla que de una galería de arte, por más clandestina que fuera, y escuchaban petrificados a la Marchante. Nadie parecía darse por enterado de que en los cuadros, cada uno de ellos estaba retratado, o retratada. Como en *El rey desnudo*, pero socializando el despelote, solidarios: “Yo no te veo a ti y tú no me ves a mí”, en un elegante cerrar filas.

Era imposible que la distinguida señora filantrópica, sentada muy rígida junto a su secretaria-amante, no se reconociera en “Las tentaciones de Alexander”, fotografiada junto al narcotraficante (y secuestrador de cruceros de lujo) Mohamed Al Kassar, brindando con la bisnieta del canciller de hierro, Bismark, y un chulo italiano, Luigi, en una fiesta en Marbella digna del rey Orondo Faruk ...

Era imposible que el Banquero no se reconociera en la misma obra, rodeando la cintura de Amira Yoma, la cuñada del presidente sirio-argentino Carlos Menem, lavadora de dinero del cartel de Pablo Escobar...

Era imposible que el Asesor (de varios ministerios y en nómina) no se reconociera como uno de los principales retratados en los lienzos de Rody Bolívar Anchorena ni reconociera el número de varias de sus cuentas corrientes grabadas a fuego sobre la Cruz de San Andrés ...

Era imposible que el Ministro (ex) no se reconociera en el personaje que observa babeante al boy-Alexander que se pasea entre las mesas...

Y así todos y todas...

El que sí se reconoció (y no le hizo ninguna gracia, aunque lo disimuló) fue el Consejero del ex-director de la Guardia Civil, la Benemérita, en calzoncillos (con un huevo fuera) "franeleando" (según traducía 'magreando' al lunfardo porteño Pija de Oro) con dos putas, junto a una mesilla ratona en la que se aprecia claramente una bolsa de plástico con perico...

Los potenciales compradores (y presuntos implicados) no pasaban de la docena: muchos de ellos representados por sus 'asesores' (ahorrándose el mal trago de la comparecencia). Se evitó elegantemente una subasta al uso y la Marchante informó que el artista imponía como condición que la serie no fuera dividida. Comunicó además que tras un breve receso en el que podían degustar un refrigerio mientras reflexionaban las ofertas, recibiría a los interesados en su despacho. Al pasar junto a Lavetusta dijo: "Esto marcha".

En el salón del refrigerio el ambiente estaba refrigerado. La tensión se cortaba con un cuchillo. Lavetusta buscó un rincón tranquilo y extrajo el dossier que le pasó Brocha Gorda al llegar. Junto a los datos del autor encarcelado y la reproducción (en fotocopias a color) de "Variaciones sobre Muchachos con cerezas", unos folios grapados y un posit: "Para que te luzcas en *Conmoción* con la primicia... y no me preguntes nunca cómo llegó a mis manos esta pieza del sumario... ya sabes que no puedes revelar tus fuentes... Y no lo dudes: ¡¡¡Venceremos!!!".

## Informe Psicológico

**de Enriqueta García-Chueca**  
**(Psicóloga Clínica)**

Aportado a la causa a petición del Juez Baltazar Terón

Rodolfo Bolívar Anchorena

*El paciente, en la primera entrevista, en el Centro Penitenciario de Carabanchel, se mostró sereno y colaborador. Transcribo (a petición del juez que entiende en la causa) la grabación de la entrevista y la cinta magnetofónica correspondiente solicitada.*

**CINTA Nº 1**

*Presentación y saludos de rigor. El paciente se comporta como si fuera otro y viviera en otra época. Dice llamarse Édouard Manet y asegura que estamos en París, en 1864.*

Psicóloga: ¿Es usted el pintor Rodolfo Bolívar Anchorena?

Paciente: No, soy el pintor Édouard Manet y ya no tengo ilusiones...

Psicóloga: ¿Las tuvo alguna vez?

Paciente: Sí

Psicóloga: ¿Hable de ello?

Paciente: Las ilusiones, dice un amigo poeta, son tan innumerables, quizás, como las relaciones de los hombres entre sí, o de los hombres con las cosas. Y cuando la ilusión desaparece, es decir cuando vemos al ser o al hecho tal como existe por fuera nuestro, experimentamos un sentimiento extraño, complicado, mitad lástima por el fantasma desaparecido, mitad agradable sorpresa ante la novedad, ante el hecho real. Si existe un fenómeno evidente, trivial, siempre semejante, y cuya naturaleza es imposible confundir, es el amor materno. Es tan difícil imaginar una madre sin amor materno como una luz sin calor; ¿no es entonces perfectamente legítimo atribuirle al amor materno todas las acciones y

palabras de una madre relativas a su hijo?" Y sin embargo, oiga esta breve historia, en la que fui notablemente engañado por la más natural de las ilusiones.

PSICÓLOGA: No entiendo adónde quiere ir a parar.

PACIENTE: Usted me preguntó si alguna vez tuve ilusiones y sí, las tuve y las perdí y ahora, si usted me lo permite, le explicaré el motivo...

PSICÓLOGA: Continúe.

PACIENTE: Gracias, García (dijo Rody-Manet, leyendo el cartelito que la psicóloga clínica, llevaba sujeto a la solapa de su Chanel). Continúo: mi profesión de pintor me lleva a observar atentamente los rostros, las fisionomías que se cruzan en mi camino, y usted sabe el goce que sacamos de esta facultad que nos hace ver la vida más viva y más significativa que para el resto de los hombres. En el barrio alejado en el que vivo y tengo mi atelier, en la rue Lavoisier, donde vastos espacios verdes aún separan a los edificios, solía observar a un niño cuya fisionomía ardiente y traviesa, más que todas las otras, me sedujo desde el primer momento. Posó más de una vez para mí, y unas veces lo transformé en pequeño bohemio, otras en ángel y otras en Amor mitológico. Le hice llevar el violín del vagabundo, la Corona de espinas y los Clavos de la Pasión, y la antorcha de Eros. Disfrutaba tanto de la gracia de este muchacho que un día le rogué a sus padres, gente pobre, que por favor aceptaran cedérmelo, prometiéndoles que lo vestiría bien, que le daría algo de dinero y que no le impondría otro castigo más que el de limpiar mis pinceles y hacer mis mandados. El niño, una vez aseado, se volvió encantador, y la vida que llevaba en mi casa le parecía un paraíso, en comparación con la que hubiera sufrido en el tugurio paterno. Solo debo decir que este pequeño hombrecito me sorprendía a veces con algunas singulares crisis de tristeza precoz, y que pronto manifestó un gusto desmedido por el azúcar y los licores; a tal punto que un día al constatar que, a pesar de mis numerosas advertencias, había vuelto a cometer otro latrocinio de este tipo (marrón glacés y absenta), amenacé con devolverlo a sus padres. Luego salí, y mis asuntos me mantuvieron fuera de casa por un largo tiempo.

PSICÓLOGA: ¿Desde cuándo tiene problemas con la bebida?

PACIENTE: Nunca he tenido problemas con la bebida, los problemas los he tenido siempre con las personas y conmigo. La bebida es mi hermana querida, mi fiel amante que jamás me defrauda, la que consuela mi *spleen*...

PSICÓLOGA: Disculpe la interrupción, habíamos quedado en que usted castigó a su ayudante, pero no me ha dicho el nombre del “hombrecito”.

PACIENTE: Alexander.

PSICÓLOGA: Ha dicho que castigó al chico y salió a realizar gestiones ¿qué pasó a su regreso?

PACIENTE: Cuál no fue mi horror y mi sorpresa cuando, al entrar a casa, el primer objeto que impactó mi mirada fue mi pequeño muchachito, mi travieso compañero de aventuras, ¡colgado del tablero de aquel armario! Sus pies casi tocaban el suelo; una silla -que sin dudas había pateado con el pie- estaba tirada a su lado; su cabeza colgaba convulsivamente de un hombro; su rostro, hinchado, y sus ojos, abiertos de par en par con una fijeza escalofriante, al principio me hicieron sentir la ilusión de la vida. Descolgarlo no era un trabajo tan fácil como usted podrá creer. Ya estaba muy tieso y la idea de hacerlo caer bruscamente al piso me parecía inexplicablemente repugnante. Hacía falta sostener todo su cuerpo con un brazo y, con la mano del otro, cortar la cuerda. Pero esto no era todo; el pequeño monstruo había utilizado un hilo muy fino que había penetrado profundamente en la carne, y ahora hacía falta, con unas tijeras bien pequeñas, buscar la cuerda entre los dos bultos de la hinchazón, para liberarle el cuello.

PSICÓLOGA: ¿Solicitó ayuda?

PACIENTE: Olvidé decirle que pedí socorro, pero ninguno de mis vecinos se dignó a ayudarme, fieles a las costumbres del hombre civilizado, que no quiere nunca, no se por qué, involucrarse en asuntos de ahorcados. Finalmente, vino un medico que declaró que el niño estaba muerto desde hacía varias horas. Cuando, más tarde, nos dispusimos a desvestirlo para el entierro, la rigidez cadavérica era tal, que, desesperados por no quebrar sus miembros, debimos desgarrar y cortar sus ropas para poder quitárselas.

PSICÓLOGA: ¿Qué pasó a continuación?

PACIENTE: Denuncié el hecho, claro. El comisario, ante quien, naturalmente, tuve que declarar el accidente, me miró con mala cara y me dijo: “¡Aquí hay algo raro!”, motivado sin dudas por un deseo inveterado y un hábito profesional de asustar,

indiscriminadamente, tanto a inocentes como a culpables. Solo quedaba pendiente una tarea suprema, y que de tan solo pensar en ella me producía una terrible angustia: había que avisarle a los padres. Mis pies rehusaban llevarme a hacerlo. Finalmente, logré reunir el coraje suficiente. Pero, sorprendentemente, la madre se mostró impasible, ni una sola lágrima se deslizó de sus ojos. Pensé que tal extrañeza se debía al inmenso dolor que sentía, y recordé la célebre frase: “Los dolores más terribles son los dolores mudos”. En cuanto al padre, le bastó con decir, con aspecto mitad embrutecido, mitad ensimismado: “¡Al fin y al cabo, quizás sea mejor así; hubiera terminado mal de todas formas!”. Mientras tanto, el cuerpo yacía en mi sofá. Regresé a la rue Lavoisier y, con la ayuda de una sirvienta, me ocupaba de los últimos preparativos, cuando la madre entró en mi atelier. Decía que quería ver el cadáver de su hijo. Yo no podía, realmente, impedir que se embriagara de su desgracia, negándole aquel supremo y oscuro consuelo. Luego me rogó que le mostrara el lugar donde su pequeño se había ahorcado. “¡Oh! ¡No! Señora -le respondí- eso le hará mal”. Y cuando involuntariamente mis ojos se tornaron hacia el fúnebre armario, me di cuenta, con un disgusto mezclado de horror y enojo, que el clavo había quedado metido en la pared, con un largo trozo de cuerda aun colgando. Me precipité con presteza para arrancar aquellos últimos vestigios de desgracia, y cuando estaba por tirarlos por la ventana abierta, la pobre mujer me tomó del brazo y me dijo con una voz irresistible: “¡Oh! ¡Señor! ¡Déjemelo! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico!”.

PSICÓLOGA: Pobre mujer, no hay dolor como el dolor de madre... siga, siga...

PACIENTE: Es verdad, amor de madre, allí en el atelier de la rue Lavoisier, su desesperación la había, sin dudas, me pareció, trastornado a tal punto, que ahora le tomaba cariño a aquello que había servido como instrumento para la muerte de su hijo, y deseaba guardarlo como una horrible y preciada reliquia. Y se apoderó del clavo y del cordel. ¡Por fin! ¡Por fin! Ya todo estaba hecho. Solo me quedaba retomar el trabajo, con aún más ganas que de costumbre, para ahuyentar poco a poco a ese pequeño cadáver que frecuentaba los rincones de mi cerebro, y cuyo fantasma me fatigaba con sus grandes ojos fijos. Pero al día siguiente recibí un paquete de cartas: unas, de los inquilinos de mi casa, otras de las casas vecinas; una, del primer piso; otra, del segundo; otra, del tercero, y así sucesivamente, algunas escritas con un estilo chistoso, como buscando disfrazar, tras supuestas

bromas, la sinceridad del pedido; otras, sin vergüenza alguna y con faltas ortográficas, pero todas con el mismo objetivo, es decir, obtener de mí un trozo de la funesta y beatífica cuerda. Entre los firmantes había, debo decirlo, más mujeres que hombres; pero no todos, créame bien, pertenecían a la clase ínfima y vulgar. Guardé las cartas. Y entonces, de repente, se prendió una luz en mi cerebro, y comprendí por qué la madre insistía tanto en arrancarme el cordel y a través de qué negocio buscaba consolarse. ¿No le parece a usted, doctora García Chueca, que es como para perder las ilusiones.....?

## **FIN DE LA PRIMERA CINTA**

APORTADA A LA CAUSA POR LA PSICÓLOGA CLÍNICA ENRIQUETA GARCÍA CHUECA

“Esto se acaba”, dijo Brocha Gorda (que había abandonado su papel de azafata y ahora se dedicaba a beber champán en alta copa). “¿Quién ganó?”, dijo Lavetusta. “Qué tosco eres, hijo, parece mentira que no te des cuenta que aquí todos pierden. Si lo que quieres saber es quien pujó más alto, la cosa estaba clara desde el principio... “¿El Banquero?”, dijo Lavetusta. “Bingo”, confirmó Brocha Gorda.

El Banquero, en nombre de su grupo, adquirió “Variaciones sobre muchacho con cerezas”, de Rody Bolívar Anchorena, destinada a incrementar el valioso patrimonio artístico de la institución que tan dignamente preside su familia desde la Restauración. Gruñendo, El Banquero pasó junto a Lavetusta. Uno de los gorilas de azul le abrió paso hacia la escalera. Tras él y con caras de pocos amigos fueron desapareciendo todos los convocados...

## **CAPÍTULO XXI**

Lavetusta subió al piso del Ácido (que permanecía en voluntario arresto domiciliario junto al goloso soldado de El Goloso que renunció a volver a Jerez de los Caballeros y agotaba su permiso entre los brazos de su solícito y recién

estrenado amante-protector) y le preguntó si le daba asilo por esa noche: “no es conveniente que vuelva a la cueva... ya te explicaré después... tengo que llamar urgente a *Conmoción*”.

En *Conmoción* solo estaban el redactor de cierre, Pepe Botella (el maquetista) y el director. Las noches de cierre el director se olvidaba totalmente de las maquinillas del Ruti y la adrenalina le salía hasta por las orejas siempre alertas para cazar rumores. Para el director hacer una portada impactante era lo más, nada podía compararse a ese momento, ni siquiera un premio gordo en el Ruti. A pesar de que hacía casi cuatro décadas que se había estrenado en esto del periodismo (“En la mejor escuela, el reportero que hacíamos en *Informaciones*”, decía orgulloso) su entusiasmo no había decaído, todo lo contrario, se había multiplicado en forma exponencial.

Lavetusta le informó sobre los resultados de la subasta-chantaje que acababa de celebrarse en la galería-clandestina de la calle Cañizares. Cuando pronunció el nombre del comprador de la serie “Variaciones sobre muchacho con cerezas” de Rody Bolívar Anchorena, escuchó el alarido del director: “¡¡¡EL BANQUERO!!!”

“Sí (dijo Lavetusta), el mismo, puedes destacarlo en portada... Otra cosa, tengo una pieza del sumario, un informe psicológico solicitado por el juez Terón, que llegó a mis manos no me preguntes cómo, ya te diré cuánto cuesta, claro... Pienso que después de lanzar la bomba, tenemos que seguir alimentando el fuego y este documento va a sorprender, te lo aseguro...”. “Bien, chaval... Lo dejo en tus manos... El tema es tuyo...”

Lavetusta se despidió recordando que necesitaba a Wally, el fotógrafo, para la peregrinación a Sodoma de las Gays Crist. El director dijo que ya estaba todo controlado y agregó, transformado de pronto en una *idishe mame*: “¿Has comido hoy?”. Lavetusta dijo que sí y devolvió la pregunta: “¿Y tú?”. El director contestó: “Ahora que lo dices... creo que no”. Lavetusta pensó que no estaría nada mal parecerse al director cuando llegara a viejo; decidió desconectar y marchó a reunirse con la feliz pareja que reía en la cocina.

Desde su encuentro en El Brillante, el Ácido y el soldado no habían pisado la calle. La despensa y bodega bien surtida y la provisión de chocolate, perico y condones aportada por Lavetusta podían garantizar perfectamente un placentero

encierro prolongado. El Ácido preparaba una carne al horno rellena, puré de manzanas y una ensalada de apio, aguacate, palmitos y nueces. De postre: piña con canela y rodajas de naranja al cointreau.

El Ácido estaba en vena y hacía reír al soldado (en pantalón corto y camiseta de Amnesty International) con sus historias de humor negro. Cuando Lavetusta entró en la cocina cabalgaba sobre uno de sus caballitos de batalla más festejado.

*(Una anciana elegante entra en un tanatorio para pactar un lujoso entierro para su marido. Elije una espléndida caja, los mejores coches para el cortejo fúnebre y, finalmente, solicita hablar en privado con el encargado de “presentar el occiso” ante el público. La anciana cuenta su problema: resulta que su marido, desde muy joven, ha disimulado su calvicie con un peluquín especialmente diseñado para él con el que ha dado el pego hasta el día de su muerte, fardando de cabellera ante amigos y colegas. El deseo de la doliente viuda era que en la última comparecencia pública del occiso no fuera descubierto el fraude: que el peluquín permaneciera en su lugar era fundamental para la que impostura no fuera descubierta. Todo salió perfecto; el velatorio, un éxito, y el muerto lució mejor que vivo, coronado por una envidiable mata de pelo natural. Amigos y familiares felicitaron a la viuda por el inmejorable aspecto de su cónyuge ... y se cerró la caja sin mayores sobresaltos. Al día siguiente la viuda regresó a la casa de pompas fúnebres y pidió hablar con el “presentador de cadáveres” para agradecerle “lo bien que nos ha hecho quedar a mi difunto y a mí”. Quería premiar en contante y sonante al artífice del póstumo triunfo social de su ex y pidió al presentador de cadáveres que fijase la cifra. El presentador de cadáveres se negó. La viuda insistió. El presentador volvió a negarse. La viuda abrió la cartera y esperó... El presentador de cadáveres se rascó la cabeza dubitativo y dijo: “Es que no sé cuánto cobrarle por un clavo”).*

El soldado tarda en caer, pero cuando lo hace, al grito de “¡¡¡JODER, QUÉ BESTIA!!! UN CLAVO, UN CLAVO”..., la cocina retumba. El Ácido indica a Lavetusta que ponga la mesa, este se hace el distraído y responde liando un canuto. El soldado asume la tarea mientras el Ácido y Lavetusta comentan las incidencias de la subasta en casa de la Marchante Clandestina. Cuando el soldado anuncia que ya

está todo dispuesto pasan a la sala. Efectivamente la mesa estaba puesta, impecablemente puesta. Lavetusta felicitó al soldado (que partió a buscar bebida a la cocina) y el Ácido dijo: “Aprende rápido”.

En eso estaban, comentando las virtudes del soldado, cuando en la escalera se escucharon ruidos y voces. Lavetusta abrió la puerta, salió al rellano y presenció dos pisos abajo el trasiego de gorilas de azul y transportistas con mono naranja que, guiados por Brocha Gorda, entraban y salían de la galería-clandestina portando los cuadros (mal embalados, a toda prisa) de la serie “Variaciones...”.

Lavetusta cierra la puerta y se dirige hacia el balcón de la sala. Se asoma y ve cómo los cuadros de Rody Bolívar Anchorena son introducidos en un furgón de seguridad que lleva rotulado el anagrama del banco del Banquero.

Después de la cena, el Ácido y Lavetusta contaron batallitas para impresionar al soldado que, poco a poco, recostándose en el Ácido, se fue quedando dormido. El Ácido lo cubrió con una manta, le colocó un cojín como almohada e indicó a Lavetusta que lo siguiera. Continuaron en la confortable habitación de huéspedes. El Ácido se tiró en la cama y Lavetusta sentado a su lado lió otro canuto. El Ácido preguntó: “¿Cómo van las cosas?”. Lavetusta (obviando, claro, ciertos detalles delictivos) hizo un apretado resumen de los últimos acontecimientos. El Ácido, después de escuchar con atención a su amigo, dijo: “No sé como soportas ese ritmo que llevas”.

Después hablaron sobre la excursión a Sodoma. El Ácido se retorció de risa imaginando a las Gays Crist en trance místico. Lavetusta le invitó a sumarse a la expedición con el soldado “para que esas perras mueran de envidia”. El Ácido rechazó la oferta y confesó a su amigo que el soldado lo tenía loco perdido y que no pensaba abandonar el edén hasta que su objeto de deseo y causante de su demencia transitoria no agotara su permiso. Lavetusta se desnudó y metió en la cama al lado del Ácido y a los pocos minutos se quedó dormido. El Ácido lo arropó (se le daba muy bien abrigar gente: llevaba en los genes la proverbial hospitalidad euskalduna), apagó la luz y salió del cuarto.

Lavetusta soñaba su recurrente sueño: esta vez la escena en la que él se folla al chico o en la que el chico se lo folla a él (“es totalmente ´redondo`, yo ya no entiendo nada”, dijo una vez la Peyrefitte cuando se enteró que a Ibrahim le daba

igual follar que ser follado), tenía como escenario una cabina del teleférico. Fuera de la cabina, aferrado a la ventanilla e intentando entrar, el Gorila al que le gustaban los pendejos. La cabina se deslizaba a gran velocidad sobre el cable cuando el cielo ennegreció de golpe: un rayo rasgó la montaña de nubes que cubría la Casa de Campo y alcanzó de lleno a la quinta columna de sustento del teleférico. La cabina se detuvo y empezó a balancearse en el cable-riel. Lavetusta se vio en el sueño abandonando el abrazo del chico, bajando la ventanilla y cogiendo la mano del Gorila...

El rayo, los rayos se lanzaron en zigzag sobre la Casa de Campo y el resto de Madrid. Lavetusta despertó sobresaltado. Tardó unos minutos en orientarse. ¿Dónde estaba? Intentó dar la luz, pero la tormenta había provocado un apagón. A tientas encontró el mechero y a la luz de la llama “cuarto-oscureta” reconoció la habitación de huéspedes del Ácido (cuando el chico desapareció, se refugió aquí una semana sin hablar con nadie, ni siquiera con el Ácido, consumiendo todos los Tranxilium que encontró en el botiquín).

Un relámpago y otro más lo fueron guiando hacia la cocina. Tenía una sed de pesadilla. Abrió la nevera y se bebió medio litro de Coca Cola. Otro relámpago lo guió de regreso. Desde la habitación del Ácido, un resplandor de vela se filtraba por la rendija debajo de la puerta. La tentación estaba allí y Lavetusta, ya se sabe, siempre caía en ella. Pegó el ojo a la cerradura y miró: el Ácido, de rodillas frente al soldado reglamentariamente vestido, el uniforme impecable... y las botas brillantes por la saliva del esclavo...

Un nuevo relámpago proyectó la sombra de Lavetusta, agigantada contra una de las paredes del pasillo. Se dirigió al cuarto de huéspedes y al abrir la puerta: “Fiat Lux”: el alumbrado público se había restablecido y su fulgor entraba por la ventana.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche, abrió el macuto, contó los fajos de billetes... e hizo algo que jamás hubiera imaginado: los olió, los contabilizó con el olfato. Guardó los fajos en el fondo del macuto, apagó la luz y se quedó con los ojos abiertos haciendo cálculos, pasando dólares a pesetas, pensando en la mejor forma de dilapidar junto al chico la fortuna caída del cielo (nunca mejor dicho).

## **CAPÍTULO XXII**

La lluvia continuó cayendo durante toda la noche, amainó a media mañana y, a las doce del mediodía del sábado, reapareció con furia, escoltada por rachas de viento huracanado, justo en el momento en que Lavetusta bajó del taxi en Plaza España.

El periodista descubrió el autobús aparcado en la esquina de Leganitos y corrió hacia él bajo una cortina de agua protegiendo el macuto con el cuerpo. Emilio la Teóloga le dio la bienvenida en la escalerilla (se había adjudicado el papel de azafato) con gesto cariacontecido: “Hace seis meses que no llueve y justo hoy se le ocurre... mira por dónde...”. Lavetusta pasó de las quejas meteorológicas de la Teóloga, saludó cortés al conductor (a primera vista distinguió que era un honesto padre de familia, todavía de buen ver y, por la actitud complaciente que demostraba ante el pasaje, susceptible de ser corrompido) y observó con deleite el interior del vehículo. A pesar de las inclemencias del tiempo la convocatoria había sido todo un éxito y el autobús estaba casi completo. Gays Crist en pleno y la flor y nata del loquerío de ayer, de hoy y de siempre.

En las primeras filas divisó a mosen Antoni, la Moreneta y sus amigas catalanas, las Puente Aéreo, que aseguraban que, para ellas, la excursión a Sodoma era como dejar Barcelona para ir de castañada a Olot; a Pepa Lamarcova dirigiendo su cámara hacia la Condesa que confesó haber escuchado la llamada de Santa Marica en plena actuación, mientras la taladraban doblemente los Karamazov Brothers; a la Susy, la encargada de guardarropa en el Berlín Cabaret, afectada por el Síndrome Bola de Cristal, que cantaba: “Quiero ser santa, quiero ser beata, quiero ir a Roma y ver al Papa”; a Brenda, la mulata de fuego criminalista que lo cauterizó con la mirada y le dijo, rencorosa: “Ya lo ves, como te dije la otra noche: los domingos voy a misa y el lunes al cabaret”; a la Zorro Gris y sus amantes-enemigas, las locas-fidelistas, discutiendo sobre la sexualidad obesa de Lezama Lima y su influjo sobre los efebos sensibles; a Manos y Puño, los castigadores de Villacañas, con dos de sus mejores clientes, la Ratzinger y la Almudena (las locas pro-catedral), debatiendo sobre las virtudes del azote y los riesgos del fist-fucking; a Fallera Mayor y el chulillo portugués de la sauna Adán que aseguraba, con conocimiento de causa, que Fátima era un buen lugar para ejercer el chaperío con los extranjeros; al tenor Rodica la rumana, diciendo lo que siempre decía: “Yo cuando canto a gusto la boca me sabe a sangre”; a la Vietnam (la veterana hetaira de la calle Montera) y su chulo, el Rufián melancólico, que

comentaban que pedirían a Santa Marica que intercediera ante el concejal Ángel Matanzo, tan católico, para que no los expulsase de la Red de San Luis, “meca de la putañería” desde tiempos inmemoriales; a la gordita Loewe y su grupo de fatuas expertas en banalidades, comentando la subasta habida en la galería clandestina de la calle Cañizares y el pánico que había desatado en la villa y corte (“En Casadecor y en el Rastrillo, según me cuentan, no se habla de otra cosa”) la exhibición de la serie “Variaciones...” (“donde parece que sale todo el mundo que de verdad importa”); a la novicia Bernardette acariciando tiernamente a la Atea, su novio anticlerical (uno de los líderes más activos de “Arrasemos la Almudena”, la asociación de extremo-gay, que apostaba por pasar a la Acción Directa contra el templo), mientras le aseguraba que Santa Marica bendeciría el amor que les unía más allá de cualquier discusión sobre asuntos sobrenaturales; a Agustina de Aragón, mostrando a Juana de Arco sus antiguos tatuajes de legionario (“Amor de Madre”; “A mí la Legión” y “La cabra y yo”) a los que pensaba sumar “Viva Santa Marica”; a miembros del COGAM, de la Radical Gay, de Solidaridad Gay, del colectivo Safo, del Grupo Bear (Osos Amorosos) ..., representando a las distintas asociaciones vinculadas a la causa y que, en calidad de observadores habían sido especialmente invitados por las Gays Crist...

En las últimas filas Lavetusta encontró lo que andaba buscando: Wally, el fotógrafo de *Conmoción*, charlaba con Bárbara Plash, la corresponsal teutona, y con el equipo de Telemadrid (única televisión convocada) compuesto por un cámara y por el chavalín que tanto impresionara a Lavetusta en el Berlín Cabaret. “¿Estamos todas?”, preguntó, micrófono en mano, Emilio la Teóloga. Difícil saberlo. El pasaje decidió ignorar al voluntarioso azafato que, después de dar una última ojeada, dijo: “Pues, entonces, adelante conductor, la carretera nacional es nuestra... y que Santa Marica nos proteja”.

Pasando Aldea del Fresno la lluvia cesó y el sol, como un milagro, iluminó el autobús (como si fuera un platillo volante de los de Spielberg) de locas impresionables y siempre dadas a creer en los prodigios. Emilio la Teóloga, desde el micrófono indicó: “Chicas, el arco iris...”. Indudablemente Santa Marica les estaba dando la bienvenida. Brenda, la mulata panameña, comenzó a cantar “Over the rainbow” y Judy Garland se instaló entre el pasaje como una peregrina más hacia Sodoma.

El autobús abandonó la carretera principal y se adentró en un paisaje verde esmeralda bordeado de álamos que anunciaba la presencia del río Alberche

y la cercanía del albergue rural gay. Quedó aparcado junto al cartel anunciador del establecimiento: “SODOMA- ALBERGUE RURAL PARA GENTE QUE ENTIENDE”, y desde allí los peregrinos tuvieron que continuar a pie por un sendero escabroso, en pendiente y “destroza tacones” (como dijo Agustina de Aragón balanceándose sobre los suyos). A medio camino apareció la Paleojipi con un canuto en la mano y los guió el resto del trayecto.

Los primitivos dueños de la casona transformada en albergue rural gay eran una pareja de locas arquitectas. Fue el sueño (“La pesadilla”, según el Ácido) de dos desafortunadas en tripi enamorado que dieron rienda suelta a su fantasía y lograron perpetrar (tras años de esfuerzo y una enorme inversión) una especie de Tara (bautizada así por el Ácido) con columnas tipo sur secesionista (como las existentes en la residencia de Scarlett O’Hara) interpretada con mentalidad fallera: las dos locas arquitectas eran valencianas. En cuanto terminaron el despropósito, arruinadas y harta la una de la otra, las locas arquitectas se separaron. Tara se puso en venta y, finalmente, con el producto de algunos negocios ilícitos, la Paleojipi y el Situacionista Francés la compraron y montaron Sodoma.

Bárbara Plash, caminando del brazo de Lavetusta, pidió al periodista información sobre la pareja y el periodista accedió a dársela, advirtiéndole que era confidencial y no debía ser divulgada.

“La Paleojipi y el Situacionista Francés se conocieron en Marruecos, en la prisión de Malabata. El Situacionista (que había abandonado el activismo revolucionario y practicaba el delito común) estaba en chirona por un asunto bastante gordo y la Paleojipi por tonta (al pillarle una china de ná a punto de embarcar en el ferry de Tánger a Algeciras). Se conocen y se enamoran en la celda compartida con otros quince presos. Se comen un montón de meses hasta que los respectivos cónsules logran liberarlos. El Francés regresa a París y atraca dos o tres bancos con éxito y con el botín conseguido se viene a España y empieza a buscar a la Paleojipi. Lo encuentra en la Plaza Santa Ana vendiendo artesanías. Era en plena batalla por la plaza: Matanzo versus Artesanos. Ganó Matanzo (el concejal más votado, por cierto) y la Paleojipi perdió su puesto de venta. Fue entonces cuando el Situacionista Francés le propuso el negocio”.

“Ah, yo creía que el Francés Situacionista era el chulo de la Paleojipi”, dice Bárbara Plash. “Eso es un rumor que hicieron correr por motivos de seguridad”,

dice Lavetusta... “¿Qué dices?”, dice la corresponsal teutona. “Cuenta, que soy toda oreja”, le incita. “Resulta que, natural, el Situacionista Francés no podía justificar el dinero para comprar Sodoma ni presentar documentación alguna (después de los fructíferos atracos y la desvinculación de su activismo situacionista por divergencias insalvables con Guy Debord, su gurú de entonces, decidió borrar sus huellas, empezando por su identidad) y, por eso, la Paleojipi figura como única propietaria de Sodoma. Se inventaron la historia (mejor dicho el Situacionista se la inventó y la Paleojipi la interpretó) de una imprevista herencia recibida de un desconocido tío abuelo exiliado en México y muerto sin descendencia ni familiares cercanos, salvo, claro está, su sobrino madrileño, la Paleojipi. Así, de tal modo, justificó su repentino poderío económico que le permitiría emprender una carrera de hostelera-rural-gay y, además, echarse un chulo-novio-socio como el Situacionista Francés”. “¿Y cómo les va el negocio?”, preguntó Bárbara Plash. “Al principio, bien, pero últimamente...”, contestó Lavetusta. “Entiendo”, dijo Bárbara Plash, apoyándose en el brazo de su colega mientras caminaban hacia Sodoma que, finalmente, emergía (afrentando el paisaje) tras el último recodo del sendero.

Se escucharon chillidos de exclamación. Las más entusiastas, entre las que se encontraban la gordita Loewe y las fatuas decoradoras; Susy, la encargada del guardarropa afectada por el síndrome Bola de cristal; la novicia Bernardette y su ya íntima amiga, la Vietnam; Agustina de Aragón con los zapatos en la mano y Emilio la Teóloga, corrieron hacia Tara, como Hansel y Gretel hacia la casa de chocolate de la malvada bruja.

## **CAPÍTULO XXIII**

En lo alto de la escalinata el Francés Situacionista esperaba escoltado por media docena de jovencitos que parecían salidos de un lienzo de Caravaggio... Bárbara Plash dijo: “tiene un morbo que te cagas, no es tonta la Paleojipi ¿sabes a quién me recuerda?”. Paco Lavetusta respondió: “conociéndote como te conozco y compartiendo tu gusto en esta materia, creo que puede recordarte a Jean-Louis Trintignant de joven, el de *La estrategia de la araña* de Bertolucci”. “Me conoces bien”, dijo Bárbara Plash. “Me parece que es tan retorcido como el personaje que

interpreta en esa película inspirada en un cuento de Borges ¿es así?...". "Así es: 'Tema del traidor y del héroe'....", confirmó Lavetusta.

El Francés Situacionista (Jean-Louis Trintignant, para Lavetusta y la Plash) levantó los brazos ante el contingente reunido de locas, prensa y transportista (el chofer del autobús se sumó como uno más a la experiencia) y dijo lo previsible, lo que todos y todas esperaban que dijera: "BIENVENIDOS A SODOMA"...

Los jóvenes-Caravaggio guiaron a las locas hacia el interior del albergue. En el Salón Cereza, pintado de dicho color y dedicado a Manet, un enorme fresco de Rody Bolívar Anchorena (íntimo amigo-amante del Francés Situacionista en el pasado) presidía la estancia (Alexander, el suicida modelo-muso-amante-hijo del pintor residente en Carabanchel, sodomizaba a 'El Bebedor de absentá' junto al Alberche, con Sodoma al fondo mancillando el paisaje velazqueño) donde las mesas, cubiertas por manteles arco-iris, esperaban a los comensales.

En cada mesa, centros con flores y cerezas y un menú vegetariano (que entusiasmó a Wally el fotógrafo de *Conmoción*, vegetariano por amor: la única carne que comía su novia era la suya, decía presumiendo): Espárragos de Aranjuez, ensaladas variadas, arroz con setas, aguacates rellenos, berenjenas al horno, puerros al gratén, níscalos a la parrilla...

La comida fue excelente. Y el postre aún mejor: enorme tarta de chocolate-chocolate, el derivado del cacao y el derivado del cannabis, amorosamente mezclados, enredados, mixturados, por las expertas manos de la Paleojipi, excelsa repostera. Y la bebida, claro: orujo verde de María bendita; pacharán de arándanos, cañamones y estramonio del Pater monte, absentá... y licor de cerezas...

A la hora del café y el té (y cien infusiones de procedencias miles) un agradable colocón generalizado predisponía a la siesta compartida más que a presenciar la anunciada (por Emilio la Teóloga mesa a mesa y por la megafonía *urbi et orbe*) e inminente intervención del Situacionista Francés (J.L. Trintignant) en el Salón Azul Sicilia (dedicado al barón Von Gloeden), en el que explicaría las apariciones de Santa Marica en Sodoma.

El Situacionista (J.L. Trintignant) se retiró a prepararlo todo en el Salón Azul Sicilia, decorado con murales de los famosos chicos fotografiados por el perverso barón Von Gloeden en Taormina, recreados por Rody Bolívar Anchorena en Sodoma. Fue seguido, poco a poco, con desgana y sopor, por las locas de Gays Crist y el resto de participantes del evento. Sobre la tarima, metido ya en su papel

de conferenciante, ayudado por un chico-Caravaggio (encargado de colocar las transparencias en el retroproyector), el Francés (J.L. Trintignant) explicó el prodigio que tenía lugar (con precisión suiza) a la caída del sol, a lomos de su último rayo.

La fotografía, en la pantalla, reflejaba el sitio en que tenía lugar la aparición: una encina a pocos metros del río Alberche. La aparición -Santa Marica, claro-, coincidiendo con el último rayo del astro rey, se posaba agitando las ramas superiores de la encina, y desde allí se comunicaba con el Situacionista Francés (J.L. Trintignant), enviándole mensajes encriptados (“cual si fuera un morse celestial”, dijo el destinatario) que solo él podía descifrar y transmitir.

Según dicho mensaje la hora de la redención estaba próxima: las puertas del cielo se abrirían (“de par en par”) para los hombres que aman a los hombres y para las mujeres que aman a las mujeres. La Ratzinger y la Almudena exclamaron “Patrañas”, pero un chistido general las dejó mudas y fuera de juego. El Situacionista Francés (J.L. Trintignant) contó como inició su personal “Camino de Damasco” cuando él, ateo irreductible, una tarde, a la puesta del sol, paseando con Gräbo (mestín austro-húngara) por la orilla del Alberche sintió la llamada... y escuchó el lamento, el gemido, como un llanto ahogado... levantó entonces la vista hacia la encina y cayó de rodillas y en trance continuó hasta el amanecer, conversando con la nivea aparición que, desde las alturas, le tendía sus blancos e inmaculados brazos.

El Situacionista (J.L. Trintignant) le preguntó cuál era el motivo del llanto: la virgen le dijo que vertía lágrimas de madre, que ella sabía lo que se sufre cuando a un hijo lo persiguen por ser, como el suyo, “pescador de hombres” y por andar por las tabernas palestinas en compañía de putas como la de Magdalena y ladrones por más buenos que digan ser... Ella, al fin y al cabo, era la madre de Dios Hijo (“...con Dios Padre es imposible hablar y en cuanto al Espíritu Santo todos sabemos que es un mandado que no pinta nada”) y alguna influencia todavía tenía en el Cielo. Decidió implicarse personalmente y convocó una reunión familiar de urgencia, con un objetivo único: lograr la derogación definitiva del anatema: “Y cualquiera que tuviera ayuntamiento con varón como con mujer, abominación hicieron y han de ser muertos...”

Dios Hijo, como siempre, en la posterior y acalorada discusión, hizo causa común con su señora madre, y dijo a Dios Padre que había llegado la hora de *aggiornarse*, de ponerse las pilas, de ir con los tiempos y aceptar la evidencia: hay

tíos a los que le van tos tíos y tías a las que les van las tías, así de sencillo... Por otra parte, insistió Dios Hijo, “¿acaso no se había derogado aquel otro pasaje del Antiguo Testamento: Y el hombre que adulterare con la mujer de otro, el que cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, indefectiblemente se hará morir al adúltero y a la adúltera?”. Dios Padre dijo que ni hablar y menos ahora con la Polaca en el trono de Pedro y a punto de cargarse el comunismo de la faz de la tierra... Como para ocuparse de maricones estaba él. La virgen se echó a llorar; Dios Hijo le reprochó a Dios Padre su carácter de mierda, y este terminó (“para no discutir”) “suspendiendo” el anatema antimarica y autorizando la intermediación de María con la grey gay a la que haría llegar la buena nueva a la brevedad.

Después de meditar sobre cuál sería el lugar más idóneo para dar la noticia, la virgen se decantó por Sodoma (desechando Sitges, San Francisco, Ibiza, Ámsterdam, Río de Janeiro, La Habana, Berlín y Nueva York), por la carga simbólica del nombre y su campestre ubicación (en cuanto a apariciones se refiere ella era muy tradicional: gruta, árbol o arbusto). La relación con el Situacionista Francés (J.L. Trintignant) parece ser inmejorable y de absoluta confianza. Tanto es así que la virgen le ha pedido que le construya una ermita junto a la encina como segunda residencia.

La última transparencia proyectada mostraba con todo detalle el templo (dibujado por Rody Bolívar Anchorena sobre indicaciones que la virgen diera al ex ateo y ex atracador de bancos francés): ermita en forma de falo rematado con un moño tremendamente mariquita y modernista con los colores del arco iris, como huido del árbol de navidad de la Sagrada Familia de Gaudí...

Las preguntas de dispararon. El Francés Situacionista (J.L. Trintignant) contestó unas pocas y se retiró a meditar en sus aposentos antes de la entrevista con la virgen. Las locas se dispersaron por la espesura comentando la ponencia. Lavetusta y el resto de la prensa acreditada se quedaron en el bar del albergue bebiendo y fumando los canutos que florecían sin cesar entre los amarillos dedos de la Paleojipi.

## **CAPÍTULO XXIV**

Exaltados por la buena nueva, por el postre levemente alucinógeno, por el alcohol perfumado a las finísimas hierbas, prácticamente libres de pecado, los peregrinos

se dispersaron entre las florestas verdes. Y allí se entregaron a las más inverosímiles copulaciones: Manos y Puño taladraban y azotaban a la Ratzinger y la Almudena (que habían pagado lo suyo por la compañía de los castigadores de Villacañas) sobre un terraplén tapizado de violetas palustres; junto a la encina de la aparición mariana, a la vera de un sendero bordeado por matorrales de endrinos y retamas, una del COGAM era follada por una de Solidaridad Gay que era follada por una de la Radical Gay que era follada por Agustina de Aragón que era follada por un chico-Caravaggio que era follado por uno de los Osos Amorosos...

Enculadas contra una enorme roca cubierta de enredaderas y madre selvas en flor, las Puente Aéreo se masturbaban mutuamente mientras eran folladas alternamente por el chulillo portugués de Fallera Mayor que a pocos metros chupaba con unción la polla de mosen Antoni, la Moreneta...

La gordita Loewe y las fatuas decoradoras bajaron a la extensa playa de arena dorada en la que dos Caravaggio jugaban al tenis. Las locas expertas en banalidades y afeites se sentaron sobre un tronco arrastrado por la última creciente del Alberche y babearon observando a las formidables criaturas portadoras de raquetas que, de pronto, dejaron de jugar, paralizados por la aparición: Brenda, como una pantera, como una reina de Saba panameña y criminalista, como una Grace Jones masai, descendía a la arena y caminaba hacia las aguas del Alberche... y los tenistas, obnubilados, corrieron tras ella para desesperación de la gordita Loewe y su absurdo séquito...

Emilio la Teóloga descubrió al conductor del autobús (a la sombra de una enorme morera, ajeno al aquelarre que le rodea, presuntamente dormido), y ni lerda ni perezosa, se tendió a su vera, inmóvil, poco a poco, desplegó la técnica de aproximación que tan buenos resultados le diera en el Carretas, y, efectivamente, acertó: fue ultrajada convenientemente por el transportista, que aseguró al estudioso de las Santas Escrituras en el Vaticanito de Las Vistillas que era la primera vez que se lo montaba con un tío; que tenía que reconocer que era cierto aquello de que los maricas sabían chuparla mejor que las tías, que su mujer no se dejaba dar por culo (aunque su cuñada, sí) y que a él, para ser sincero, le estaba picando el gusanillo de saber qué es lo que se siente y que “quién sabe, quién sabe”...

Sobre la loma de una duna, cuatro chicos-Caravaggio hacían de coristas-boys de la Susy que, como siempre, cantaba lo que mejor canta: “Quiero ser santa,

quiero ser beata, quiero ir a Roma y ver al Papa"... La novicia Bernardette, la Atea, el Rufián melancólico y la Vietnam, intercambiaban parejas sobre el trébol, en juegos preliminares que prometían futuras combinaciones e intercambios de fluidos corporales... La Condesa Grushenka, mientras tanto, era retratada por Pepa Lamarcova, como una reencarnada bruja de Macbeth, en un recodo de río, mirando amenazante al objetivo mientras que, en segundo plano, a su espalda, un águila real levantaba el vuelo entre los árboles de la orilla opuesta: contra el fondo verde-pardo de la espesura destacaron los colores rosas y grises de las patas y el blanco plumaje...

A las 19:30 PM (en Sodoma medían las horas como lo hacía en la calle Cañizares la Marchante Clandestina), por megafonía se dio el aviso: "El albergue rural gay Sodoma os recuerda que en pocos minutos dará comienzo la representación junto a la encina milagrosa que encontrarán siguiendo las flechas indicativas. Dadas las características del espectáculo se ruega puntualidad. Muchas gracias".

Lavetusta, Bárbara Plash, Wally, Pepa Lamarcova, el equipo de Telemadrid y dos chicos Caravaggio (especie de guardia pretoriana que los custodia cordialmente), se instalaron en el promontorio desde donde se tenía una vista privilegiada (su espacio estaba acotado por una cinta de plástico: RESERVADO-PRENSA) del escenario (la encina milagrosa). Desde esa posición el sol cayendo daba en los ojos y la encina (para la PRENSA) era una silueta fileteada en dorado. El cámara de Telemadrid aseguró que el contraluz podía agregar misterio al encuadre y Wally estuvo absolutamente de acuerdo. Pepa Lamarcova ("El diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo") se escabulló (en un descuido de los chicos-Caravaggio, perturbados por la presencia de Bárbara Plash que no dejaba de coquetear con ellos) hacia un matorral y evitando el contraluz gracias al uso de un madroño como pantalla, dominó desde allí la visión de la copa frondosa de la encina donde, presuntamente, debería posarse la virgen, a las 19, 45 PM...

A las 19:40 el Francés Situacionista (J.L. Trintignant), vestido de riguroso cuero negro, escoltado por seis chicos-Caravaggio, cada uno de ellos respondiendo al "Estricto Código de Ropa/Enforced Dress Code" exigido en los más exclusivos garitos castigadores del planeta (Leather, Rubber, Militar, Industrial, Fetish y Camionero-Jean) , descendió las escalinatas de Tara y marchó hacia el promontorio en el que esperaban las locas.

A las 19:43 el Francés Situacionista (J.L. Trintignant) se arrodilló en un reclinatorio barroco ubicado ante la encina; detrás de él, en semicírculo, los chicos-Caravaggio; y a continuación, la prensa y todo el loquerío aguantando la respiración, esperando el milagro.

A las 19:44 el sol transformó la encina en un copón dorado y provocó un “¡¡¡aaahhh!!!” colectivo (que recordó a Lavetusta las exclamaciones del chico ante los juegos artificiales). La luz fue descendiendo a inquietante velocidad. El dorado de la encina, en segundos, cambió a un negro azulado con matices de tinta china y bordes de plomo.

A las 19:45, puntual, la virgen arborizó en Sodoma. La vieron los congregados y la filmó la cámara de Telemadrid: suspendida un instante sobre la copa de la encina, con los velos blancos de la túnica destacando sobre los bordes retinto-azulados de los contornos del follaje, levitando. Y, a continuación, estática, la dama blanca, observando desde la altura majestuosa el ramillete de locas que la adoraban. (A la misma hora en que las idólatras admiraban el arborizaje de la madre de Cristo, Pepa Lamarcova, a través del visor de su Nikon la observó: suspendida un instante sobre la copa de la encina, destacaron claramente los colores grises de las patas y el blanco plumaje del águila real... y, a continuación, Pepa Lamarcova vio y registró en película sensible como el ave protegida, orgullo del Alberche, se acomodaba entre el ramaje)

De 19:45 a 20, la Secretaria de Actas de Gay Crist (a la que no se le aceptó la dimisión presentada en la anterior asamblea) transcribió taquigráficamente el mensaje que la madre del “pescador de hombres” envió a sus colegas y que (con pocos añadidos) repetía lo dicho por el Francés Situacionista (J.L. Trintignant) en la ponencia previa impartida en el Salón Von Gloeden.

A las 20, el Francés Situacionista (J.L. Trintignant) indicó que la virgen escucharía la voz de sus fieles y comenzaron los turnos de súplicas (que debían elevarse individualmente y en silencio)

A las 20:05, el Francés situacionista (J. L. Trintignant) anunció que la virgen intercedería personalmente por la libertad de Rody Bolívar Anchorena atendiendo las súplicas que sobre ese asunto habían elevado los asistentes.

A las 20: 10, coincidiendo con un inesperado aparato eléctrico, que incluyó truenos y rayos cercanos, la virgen dio por terminada la entrevista elevándose sobre la encina.

A las 20:15 (mientras que Emilio la Teóloga terminaba de arreglar cuentas con la Paleojipi) el tropel de locas pasadas por agua trepaba al autobús y ocupaba sus asientos.

A las 20:20, la Paleojipi, el Francés Situacionista (J.L. Trintignant) y todos los chicos-Caravaggio, junto al cartel anunciador del albergue rural gay, despedían al autobús que, a las 21, 30, bajo un diluvio, aparcó en Plaza España, según lo previsto en el programa de Gays Crist.

Durante el trayecto se elaboró un documento solicitando la inmediata puesta en libertad de Rody Bolívar Anchorena. El escrito fue refrendado por la firma de todo el pasaje, incluido el conductor y los representantes de la prensa, con las únicas excepciones (previsibles, por otra parte) de la Ratzinger y la Almudena.

## **CAPÍTULO XXV**

Piiiiiii... Soy Pepe ¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas? ¿Qué tal Santa Marica? Sigo en casa de mi antiguo protector. Todo tranqui, recordando viejos tiempos... Te vuelvo a llamar y quedamos...

Piiiiiii... Hola bombón, soy la Marchante Clandestina, como sé que me llaman tú y tus locas amigas, ya veo que es imposible hablar contigo, ¿no estás nunca en casa? Si por un milagro escucharas este mensaje no dejes de llamarme, tengo que ponerte al corriente sobre la repercusión que ha tenido la subasta... no ha dejado de sonar el teléfono en todo el puto día... la señora filantrópica está de los nervios y me ha comunicado que piensa iniciar acciones legales si su nombre sale a relucir...

Piiiiiii.... Hola, hola, hola... Soy la Peyreffite, estoy intentando hablar con Pepillo, pero me es imposible, querido... Si lo ves, dile que me telefonee, es por el asunto de esa amiga narco presa, Rody o como se llame... Mi hermanito, Lola Penales, me comentó que hay muy buenas noticias...

Piiiiiii... Hola, love, veo que no estás... no he conseguido billete para mañana, puta Iberia, pero ya tengo plaza para el lunes, el vuelo sale del aeropuerto del sur a las nueve y media, así que ya sabes, estaré en Barajas al mediodía... ¿te llegó mi postal?...

Piiii... Pero, bombón ¿qué pasa?... ni siquiera a través del contestador se puede hablar tranquilamente contigo... la señora filantrópica está de los nervios y el BANQUERO, furioso, porque tuvo que soltar la pasta gansa... sé que me odia y eso me congratula, no te olvides que fui de la ORT... el lunes viajo por motivos bancarios ya imaginas dónde, así que estaré fuera de Madrid una buena temporada... te escribiré... Besos, ciao...

Coincidiendo con el último ósculo telefónico de la Marchante Clandestina, Lavetusta abandonó la cueva y corrió al buzón (sobrecargado, ya que siempre olvidaba mirarlo). Allí, entre los sobres de extractos bancarios y folletos, el sobre con la inconfundible letra del chico que volvía el lunes.

Se metió en el ascensor y abrió el sobre. La postal: surfista de insolación en la playa del Médano. Se reservó el texto para saborearlo en la cueva. En la diezmada nevera resistía una salvadora lata de cerveza Mahou. La abrió, lió un canuto, se tiró en la cama y leyó: "Love, no pienso en lo venidero, aunque me gustaría que tu formases parte de mi vida por cuanto sea posible y tengan a bien las estrellas, las nubes y las mariposas el permitirnoslo. Ich liebe dich, Je t'aime, Ti amo, un beso descerrajado en la sien, recostados en el campo de los tréboles locos..."

La euforia se instaló de cuerpo entero en Lavetusta y en eso sonó el teléfono. Era Pepe el Cojo. Lavetusta le informó que la Peyrefitte lo andaba buscando para darle buenas noticias sobre el tema de Rody, le comentó que la excursión a Sodoma había sido un éxito y, lo más importante, que el chico llegaba el lunes. Pepe el Cojo, a su vez, le dijo que había decidido volver a la circulación de inmediato. Ibrahim le había explicado (por teléfono) que en Chueca ya no había "moros en la costa" (sic), y en cuanto al mensaje de la Peyreffite, lo estaba esperando, "ya sabía por Lola Penales que muy pronto tendríamos novedades". Continuaron hablando un rato y Pepe el Cojo, antes de cortar, dijo: "Y, ahora, te metes en la bañera, te haces una buena gayola y a la cama".

Lavetusta se quedó dormido en la bañera. Despertó helado, se aplicó una ducha hirviente y se acostó, pensando que aún faltaba un día para ver al chico. Recordó un recital de Celtas Cortos, cantando los dos bajo la lluvia: "Cuéntame un cuento y verás lo que siento/ me voy a la cama y tengo lindos sueños..."

El domingo, a las 14, Lavetusta despertó sobresaltado. Se levantó de la cama y encendió el televisor. Telemadrid. Noticias. "Apariciones milagrosas en Sodoma, un albergue gay a orillas del río Alberche", abría el telediario.

Declaraciones del Francés Situacionista (J.L. Trintignant); de mosen Antoni, la Moreneta, representando a Gays Crist; de la Condesa Grushenka, representándose a sí misma; y del cardenal Ángel Suquía, negando el fenómeno. Imágenes de la (presunta) virgen posándose en la encina. Lavetusta, una vez más, admiró la naturalidad ante la cámara del chavalillo de Telemadrid, y se divirtió viendo primeros planos de Emilio la Teóloga en pleno trance ante la aparición alada...

A las 15 sonó el teléfono: era el Ácido, por los suelos. El soldado, agotado su permiso, debía presentarse en El Goloso esa misma noche. Lavetusta rehusó la invitación a comer y le recomendó aprovechar las horas antes de la inevitable despedida: “a no ser que lo convenzas y decida desertar...”

A las 15:30 llamó Pepe el Cojo: “Te invito al cine”, dijo Lavetusta, se afeitó y salió a la calle. La lluvia continuaba, pero ahora era una llovizna tenue, un txirimiri, un orbayo, una garúa melancólica como un fado. Caminó por O’Donell hacia el VIPS. Compró El País, ABC, El Mundo, La Vanguardia, El Diario Vasco y Sur (y sus respectivos suplementos). Con la montaña de papel se dirigió a la cafetería. Pidió un café doble y un sándwich mixto y empezó a ojear los titulares. El tema Rody y las conjeturas que rodeaban el caso habían desaparecido de las portadas, pero era la estrella en los suplementos dominicales. En todos se destacaba lo singular del suceso y se elogiaba el talento del artista plástico encerrado en Carabanchel...

Al salir del VIPS paró un taxi y ordenó: “Al cine Doré”. En la puerta, con las entradas en la mano, esperaba Pepe el Cojo: “Para que después digas que no pienso en ti”. A Lavetusta siempre le sorprendían los detalles que podía tener Pepe el Cojo con los amigos. “Es una inteligencia natural y da importancia a lo importante”, decía el Ácido, que también era de una delicadeza extrema en el trato con los amigos del alma y de una brutalidad equiparable con los enemigos.

Pepe el Cojo conocía al dedillo todas las fobias y filias cinéfilas de Lavetusta y sabía que la película que verían a continuación era una de las preferidas del periodista: *El lugar sin límites*, de Arturo Ripstein (“el hijo de Buñuel”, decía el Ácido, que también admiraba al director mexicano), sobre la novela de José Donoso (una chilena perversa y maravillosa, exiliada en España durante años, merodeadora en El Retiro, autor de un libro con, según la Zorro Gris, “el más hermoso título que nadie pueda soñar”: *El obscuro pájaro de la noche*), con guion de Manuel Puig (“La Puig es la más loca y también la más

valiente, por eso la odian tanto”, decía Lavetusta, admirador incondicional del autor de *El beso de la mujer araña*).

Los dos amigos volvieron a disfrutar y a estremecerse con la historia de la Manuela, una loca palanganera de burdel en un pueblo mexicano, y su hija, la Japonesita, fruto de un polvo de la Japonesa, la antigua dueña del burdel, y la pobre loca: polvo obligado para satisfacer los caprichos del cacique del pueblo, que ha apostado fuerte a favor de las bellas artes amatorias de la Japonesa, capaz incluso de hacer funcionar a la Manuela. Muchos años después, ya muerta la Japonesa, convertidas la Manuela y la Japonesita en las herederas del negocio, aparecerá en sus vidas un camionero, pintón y brutal, que las acosará, morboso y despiadado. El calvario de la Manuela, la más heroica de las padras, se concretó en la pantalla y Lavetusta y Pepe el Cojo dejaron el cine y se metieron en el bar de enfrente.

Desde su mesa, vieron tras los cristales, a el Ácido y al soldado caminando hacia el metro de Antón Martín. El Ácido llevaba el macuto del soldado colgado del hombro y cada dos pasos abrazaba al chico un instante y lo volvía a soltar. Lavetusta y Pepe el Cojo se miraron conmovidos. “¿Por qué seremos tan maricones?”, dijo Pepe el Cojo. “Por convicción y vocación”, dijo Lavetusta. Se despidieron sin quedar en nada: “Nos llamamos” y se fueron caminando, cada uno por su lado.

## **CAPÍTULO XXVI**

A las 9 de la mañana del lunes el despertador sonó en la cueva. Se levantó, abrió el armario y sacó un bolso de cuero comprado en Marrakech, su preferido. En el fondo del bolso, entre calcetines y calzoncillos, acomodó cuatro fajos de dinero (y escondió el resto), agregó un par de camisas, un vaquero, zapatillas y el macuto vacío.

A las 9:30 Lavetusta entró en la redacción de la revista. La telefonista (entregándole un ejemplar de *Conmoción*), sin dejar de atender la centralita que estaba al rojo vivo, le saludó: “Hijo, la que has armado...”.

“INFORME EXCLUSIVO: Rody Bolívar Anchorena ¿Delincuente o justiciero?” “¿Qué se oculta detrás de la detención del misterioso artista?” “*Conmoción* se lo cuenta”. “La documentación a la que ha tenido acceso *Conmoción*

involucra a personajes de las finanzas, el arte y la política en una trama de lavado de dinero negro”.

Pepe Botella se había lucido. “Esta portada se estudiará en las escuelas de periodismo de mañana”, dicen que dijo el director, felicitando al maquetista (le regaló tres botellas de su mejor bourbon), en cuanto tuvo el ejemplar en sus manos: letras rojas de tipografía clásica sobre la foto en blanco y negro (que Europa Press distribuyó en exclusiva) de Rody Bolívar Anchorena, captada en el momento de la detención en Barajas.

Lavetusta no tuvo tiempo de pasar a las páginas interiores: la jefa de redacción, exultante, lo llamó a gritos desde su despacho. Lo besó repetidamente y lo puso al tanto de la repercusión que había tenido el INFORME EXCLUSIVO (en ese preciso instante el director de *Conmoción* se encontraba en la Audiencia Nacional entregando toda la documentación al juez Baltazar Terón, que la requirió a primera hora por teléfono y fax).

Lavetusta (señalando el bolso) informó a la jefa de redacción que tenía una pista nueva que debía seguir YA (“si no queremos que nos roben la noticia”), inmediatamente, y agregó en plan susurro: “lo que hemos publicado se queda en nada al lado de lo que vamos a publicar... ya verás... tendría que estar fuera una semana ... no me preguntes dónde”. La jefa de redacción contestó, cómplice: “No hay problema, pero te mantienes en contacto con la redacción”.

Lavetusta se sentó frente al ordenador de la jefa de redacción y le fue contando-redactando los prodigios acaecidos en Sodoma y pormenores (no publicables) de la excursión. La redactora jefe le festejó todas las irreverencias y prometió no ejercer la censura. Lavetusta le informó que Wally traería las fotos y tituló: “A LAS 7:45 LA VIRGEN ARBORIZÓ EN SODOMA”.

La redactora jefe, después de disfrutar plenamente del relato, le preguntó: “Y, entre nosotros, se aparece o no se aparece Santa Marica?” “¿Y tú qué crees?”, contestó Lavetusta. “Que es un montaje”, dijo la jefa de redacción. “Como todos”, contestó Lavetusta. “¿O tú te crees que la virgen se apareció a Bernadette en Lourdes y a los pastorcillos portugueses en Fátima?... Por favor, seamos serios y hagamos unas risas que los lectores lo agradecen...”. “Eres peor que Hearts”, dijo la jefa de redacción, “cada día te pareces más al director, sois de lo que no hay, no respetáis nada, estáis enfermos ¿será por eso que me gustáis tanto?... La verdad es que tendría que hacérmelo ver ¿no crees?”. “Es evidente”, dijo Lavetusta. Dio a

imprimir, la jefa de redacción cogió los folios y salió de su despacho: “Tú sigue... voy a ver si ya llegó Pepe Botella a ver que hacemos con esto... Tú sigue”.

Lavetusta creyó percibir unas lágrimas traidoras asomando en los ojos de la redactora jefe, “otra yonqui enganchada a la droga dura de esta puta profesión de notarios de las miserias humanas en tiempo real... y el resto es literatura, como decía la Verlaine”, pensó Lavetusta antes de lanzarse de nuevo contra el teclado para cumplir con los amigos en su columna fija “Lo Que Hay Que Ver”: “El Cardenal: la obra del colectivo Caín-Lillith arremete contra el cardenal de Madrid, Ángel Suquía, y el concejal Ángel Matanzo, en La Ruina”; “Erotismo sobre patines en el Berlín Cabaret con la sin par e inmarchitable Condesa Grushenka y los Karamazov Brothers”.

Cumplida con creces su jornada laboral, Lavetusta se despidió de la (ya repuesta) jefa de redacción prometiendo llamar diariamente. “Aunque no me digas donde estás, tú me llamas... No olvides de pedir facturas que después no me autorizan los pagos... ¿Cuánto necesitas?”. Lavetusta cobró el talón en el banco de la esquina de *Conmoción*. Se sintió Midas y reflexionó sobre la sabiduría del Ácido que solía recitar su regla de oro: “Si no pides, te ofrecen; si no lo necesitas, te dan”. Antes de las doce cogió un taxi hacia Barajas. Descendió en la terminal de vuelos nacionales. Consultó el tablero de Llegadas y Salidas. Como siempre: el vuelo de Tenerife Sur venía con retraso. Consultó en Información: el retraso no sería menor a tres horas “si hay suerte”.

Lavetusta decidió aprovechar el tiempo y se dirigió a la agencia de alquiler de coches AVIS. Lo derivaron a la oficina de la terminal internacional, ya que no funcionaban los ordenadores. Fue a la terminal de internacional y entró en la oficina de AVIS indicada. Había un par de turistas antes que él, atendidos por dos señoritas uniformadas. Se sentó y se entretuvo consultando un catálogo con fotografías de los distintos coches en alquiler. Cuando estaba evaluando las bondades de un Alfa Romeo, levantó la vista y vio pasar hacia los mostradores de facturación de Swaisair, elegante en su impecable Chanel, a la Marchante Clandestina.

Una de las señoritas uniformadas le indicó que era su turno y Lavetusta, como era previsible, se lió con los formularios de alquiler y seguros varios, dando prueba de ineptitud y listeza (“en sociedad no demuestres habilidad” era el lema de Emilio la Teóloga, una partidaria de la ley del menor esfuerzo, que seguía a rajatabla en el desempeño de su puesto de funcionario en el Ministerio de

Hacienda). Lavetusta logró que la señorita uniformada se ocupara de todo. Entregó DNI, carnet de conducir (aunque detestaba hacerlo), firmó pólizas de seguros y adelantó la fianza en efectivo.

Ya en poder de las llaves y un sobre con la documentación abandonó la oficina de AVIS con la intención de volver a la terminal de vuelos nacionales, pero al ver al Viejo, escoltado por los gorilas de azul reglamentario, a Pija de Oro (el Gorila enamorado de Putón Caro que no les acompañaba) y al Gorila al que le gustaban los pendejos dirigirse hacia el Control de Pasaportes, cambió de idea.

Lavetusta vigiló a distancia al trío que hacía cola en fila india ante la Policía Nacional, que iba comprobando y sellando pasaportes con exasperante lentitud. Desde el lugar en que se encontraba percibió la furiosa impaciencia en la cara del Viejo, más Orson Welles que nunca; la impavidez del rostro del Gorila al que le gustaban los pendejos, y hasta un temblor en la comisura de los labios de Pija de Oro... Cuando les llegó el turno de entregar los pasaportes fueron rodeados y reducidos por una nube de policías camuflados de pasajeros que, en volandas, los llevaron hacia la salida más próxima y los introdujeron en un furgón policial.

Todo fue tan imprevisto que Lavetusta tardó en reaccionar un par de minutos, e inmediatamente corrió hacia el teléfono público y marcó el número de *Conmoción*. Pidió que le pusieran con la jefa de redacción y esta le dio con el director en cuanto escuchó las primeras palabras aceleradas del periodista. Informó al director que acababa de presenciar la detención del Viejo y los gorilas en el aeropuerto. Le comunicó que estaba a punto de confirmar una pista y tomar un avión y que no insistiera, porque ni a él le iba a decir hacia dónde, “podría poner en riesgo toda la operación”.

“Claro, chaval, como ya te dije el tema es tuyo y tú lo gestionas, eso sí, chaval, ninguna exclusiva vale un riesgo innecesario, piensa que en este puto oficio, jamás se reconocen los servicios prestados y te olvidan en cuanto dejas de firmar una temporada por fuerza mayor... en fin, que cuídate, chaval”, dijo el director y le pasó el teléfono a la redactora jefe: “Cada día está más sensible..., quién lo ha visto y quién lo ve... parece humano... pues eso, te digo lo mismo, cuídate...”. El director arrebató nuevamente el teléfono a la redactora jefe y dijo: “Por cierto, chaval, no te pierdas el Telediario”.

Lavetusta corrió hacia la terminal de vuelos nacionales. Al llegar al punto de encuentro vio a la señora filantrópica y su secretaria-amante-guardaespaldas, ambas con gafas oscuras, perderse rumbo al embarque de un vuelo destino

Málaga. Sin éxito: un enjambre de periodistas las rodeó solicitando declaraciones. La señora filantrópica intentó guardar el tipo; su secretaria-amante-guardaespaldas, en cambio, luego de enviar, literalmente, “a la mierda”, a los representantes del cuarto poder destacados en Barajas, buscó una brecha entre el cerco de los periodistas, cogió de la mano a su jefa, y embistió: un par de paparazzis de la agencia Corpa rodaron por el suelo y un cámara de Tele 5 resultó herido de consideración, sepultado en la avalancha que se produjo como consecuencia de la estampida. Intervino la autoridad y la señora filantrópica, dado su rango, fue conducida al Salón VIPS donde, tras una primera toma de contacto con las fuerzas de seguridad (Guardia Civil y Policía Nacional) hubo de suspender su proyectado retiro en Marbella por causa mayor: fue conducida directamente a comisaría, acompañada, eso sí, de su fiel servidora, acusada a su vez de agresión a la prensa y lesiones aún por evaluar...

Lavetusta comprobó en el panel que el vuelo del chico continuaba retrasado y, deformación profesional, casi se alegró, por una vez, de que Iberia existiera. Voló al teléfono. Pidió con la jefa de redacción que le pasó con el director: “Fantástico, chaval, la señora filantrópica y su chorba ¿qué dirá su marido, el marqués? No gana para disgustos el pobre y ya no está Paquito... Vivir para ver, chaval... Ahora mismo lo metemos en la nueva edición, te comunico que *Conmoción* se agotó en los kioscos y vamos a por la segunda... Ah, y no olvides de mirar el Telediario y sigue así, chaval, joder, no sabes lo que te envidió, puta vida, cuando más o menos entiendes por dónde va esta vaina, el cuerpo no acompaña, por eso, chaval, carpe diem, carpe diem...”.

A las 15 Lavetusta se ubicó frente al televisor en el Salón VIPS (hizo valer su condición de periodista). TVE 1. Telediario. Primera Edición. Titular de apertura: “El juez de la Audiencia Nacional, Baltazar Terón, ordena la libertad inmediata de Rody Bolívar Anchorena basándose en pruebas documentales aportadas por el director de *Conmoción* a primera hora de la mañana de hoy. Asimismo, el juez ha librado varias ordenes de búsqueda y captura de relevantes personajes públicos, aunque no se han revelado nombres para no entorpecer la investigación que sigue en curso. El juez también ha ordenado el secuestro de una prueba clave en esta historia: la serie ‘Variaciones sobre muchacho con cerezas’, de Rody Bolívar Anchorena, verdadero testigo de cargo en este insólito caso. La serie fue adquirida recientemente por un conocido banquero y permanece en las cámaras blindadas de la institución que preside el presunto implicado.

Ampliaremos la información después de nuestro sumario: “Apariciones marianas en un albergue rural gay cercano a Madrid”... Lavetusta se saltó las imágenes de Sodoma y corrió a controlar el panel. Nada: el chico seguía en el aire...

Regresó frente al televisor, en el que, tras unas ráfagas de hambruna en África; un informe de la OMS en el que se aseguraba que, de no tomar medidas urgentes, la pandemia del SIDA dejaría cuarenta millones de muertos antes de que termine el siglo XX; y una fuga radioactiva en un reactor nuclear en Bielorusia, el tema de Bolívar Anchorena fue ampliado en una conexión en directo.

A las 14:30, por orden del juez Baltazar Terón, fue puesto en libertad Rody Bolívar Anchorena. El artista plástico, que en todo momento estuvo flanqueado por un amigo íntimo (Lavetusta admiró el “bien estar ante la cámara” de Pepe el Cojo) y su abogado (distinguido Lola Penales) fue recibido en las puertas de Carabanchel por activistas de Gays Crist que atribuyeron a un milagro de su patrona de honor, Santa Marica, la sorprendente puesta en libertad del artista.

Bolívar Anchorena dio una improvisada rueda de prensa a las puertas de la prisión (Lavetusta distinguió entre los periodistas a Bárbara Plash, al chavalín de Telemadrid y a Wally): agradeció la intersección de Santa Marica y anunció que, inmediatamente, se pondría a trabajar para devolverle el favor. Informó que se desplazaría a la brevedad a Sodoma para participar activamente en la erección del templo proyectado por su amigo, el Francés Situacionista (J.L. Trintignant) que soñaba con crear la Capilla Sixtina gay en la cúpula del templo... Rody, muy gentil, se disculpó por no poder hacer más declaraciones... El bloque se cerró con imágenes de Bolívar Anchorena introduciéndose en un coche junto a su abogado Lola Penales y a su amigo-no-novio Pepe el Cojo... y con Emilio la Teóloga, la novicia Bernadette y su amiga la Vietnam... y Agustina de Aragón, corriendo tras el coche hasta el fundido en negro... El Telediario pasó a publicidad y Lavetusta corrió hacia el tablero informativo. Vuelo Iberia. Tenerife Sur. En Tierra. Puerta 6.

Buscando la puerta 6 se cruzó con mosen Antoni la Moreneta: “ja parlarem, noi”; y con las Puente Aéreo: “Visca Santa Marica”, una. “Inolvidable, maco... i quina elegancia”, otra. Y, por fin, allí está, saliendo de la puerta 6, con una mochila a la espalda que dificulta el abrazo del encuentro.

Ya repuestos, Lavetusta dijo que le tenía preparada una sorpresa. Le entregó las llaves del coche y se dirigieron al parking de AVIS. Retiraron el vehículo. El chico se puso al volante (le encantaba conducir). Abandonando el

aeropuerto, preguntó cuál era la sorpresa que le tenía preparada. “Nos vamos de viaje”, dijo Lavetusta. “A dónde”, preguntó el chico. “A Portugal”, contestó Lavetusta. “¿Por y para qué?”, se sorprendió el chico. “Quiero presentarte a Alexander, te va a gustar, es un muchacho precioso”. “¿Dónde lo conociste?”, preguntó (un poco mosqueado) el chico. “En el museo Gulbenkian de Lisboa”, contestó Lavetusta.

**FIN**

Calalberche, 1999 - Aranjuez, 2015